

Arturo Campión

NARRACIONES BASKAS



MCMXXIII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

ARTURO CAMPION

Narraciones baskas

El bardo de Itzaltzu.—Roedores del mar.—Pedro Mari.—Gachina.—El último tamborilero de Erraondo.



MADRID, 1923

alleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

V. QUIROGA

EL BARDO DE ITZALTZU

A Emilia Galdiano de Campión.

Sin hacer la cuenta del tiempo que corría, contemplaba yo el grandioso paisaje severo: delante, la sierra de Abodi, y sus negras faldas silvosas por entre los valles tendidas; a la derecha, la cumbre de Orhy, y su resplandescencia de nieve sobre el horizonte borrascoso. El frío anochecer esfumaba las formas particulares de las rocas peladas, de los árboles copudos y de los broncos altibajos. Muzkilda, la gentil *unaya* (1), cachazuda y un tantico bur-lona, prendida a los ojos la sorpresa que la contemplación embelesada del campo, por gente de la ciudad, causa a los rústicos, aguardaba a que yo me retirase para cerrar la ventana. De súbito el aire glacial bramó como un toro que rompe el vallado; escarcháronse de plata los torrentes y tiritaron las hayas; a lo lejos, cerca de las cimas, el huracán pareció lanzar tres o cuatro alaridos lastimeros que repitió lúgubrementemente el eco. Como si esos alaridos

(1) *Unai* (vaquero, boyerizo). Nombre genérico de las mozas en Salazar, porque muchas lo son.

fuesen un conjuro, de todas las simas y hondonadas comenzaron a subir veloces, hacia la cumbre, blanquísimos copos de niebla.

—¡Bah! — exclamó la *unaya* en tono de broma, más aparente que real —. Ya vuelan las palomas del valle a dar de comer a Garchot, hambriento en Elkorreta.

—¿Qué dices, muchacha? — pregunté, olfateando una tradición de *folklore*.

Muzkilda se ruborizó como si hubiese dicho una cosa fea.

—Nada, señor; tonterías de viejas, cuentos de niños...

—Cuéntamelos. Cabalmente, me derrito yo por tales historias.

—Yo no lo cuento. Se reiría de mí, y cuando volviese a Iruña les diría a sus amigos: conocí en Itzaltzu a una moza que...

No acabó la frase. Dióme un empujón para apartarme de la ventana, y por evitar nuevas instancias, después de cerrarla, se retiró; pero se detuvo un instante en el marco de la puerta, y dijo:

—Pregúnteselo al amo, si quiere; mejor que yo ya lo sabrá aquél.

«Y tanto como se lo preguntaré», pensé entre mí, mientras por la escalera se alejaba el rumor sordo de las abarcas de la *unaya*.

Me cambié el traje húmedo y bajé a la cocina por descansar de la cacería junto al fuego y pedir que me refiriesen la conseja, cuento o leyenda que se guardó la buena de Muzkilda, temerosa

de ganarse el epíteto de boba entre los *irunshemcs* (1).

Debajo del amplísimo embudo de la chimenea, cuya campana cubría la mitad de la estancia, dos troncos de haya, a los que daba centinela el semicírculo de las ollas, iban deshaciéndose en resplandeciente brasa aureolada de temblonas llamitas azules. Aquello era calentarse no sólo el cuerpo, sino la imaginación, encogida por el ululeo continuo del viento y el chorreo monótono de la borrasca fría. Mi «patrón», Grabiél Berrade, se estaba descalzando de las abarcas y *mantarres* (2), disponiéndose a secar a la llama pies y piernas antes de calzarse las alpargatas secas de casa. Su mujer e hijas remendaban ropa. La *unaya* preparaba la caldera de salvado y patatas para los cerdos.

—Sé que la jornada de hoy ha sido infructuosa —dijo Grabiél, saludándome cariñosamente con la mano—. Dirán ustedes: de poco sirve moverse de Iruña. Pero ¿traerá usted los dientes puntiagudos;

—De lobo decembrino.

—Eso, eso, *conde*; eso es lo principal; aunque mal guisados y ordinarios, no le faltarán alimentos en casa.

Grabiél es uno de esos salacencos que animan el cuerpo membrudo con el alma afectuosa de un niño. Grave, pero no taciturno, despejado como todos los de su tierra, apenas se desceñía de la circuns-

(1) Nombre basko de los pamploneses, que hoy han degenerado en pamplonicas.

(2) Polainas o medias muy bastas.

pección para tratar de sus negocios y hablar a los desconocidos, mostraba su verdadera índole jovial y cariñosa. Yo iba a cazar cada año en los montes de Itzaltzu, y observaba que cada año se recorría uno de los cerros del almarío de Berrade y los suyos. Ahora me miraban como a uno de la familia, y delante de mí conversaban llana y descubiertamente de sus cosas, a menudo en baskuenze, sobre todo cuando en la conversación terciaban las mujeres. El salacenco es dialecto extraño y poco conocido. Yo vaciaba el morral de piezas—cuando las había—y llenaba de notas gramaticales y léxicas mi cartera.

—¡Tenga usted paciencia, *conde!*—prosiguió Grabiél—. Se nos echa encima, a paso de carga, un nevazo de órdago. No faltarán entonces jabalíes, osos y raposos para usted y los demás *irunshemes*.

—¿Una nevada? ¿De veras?

—Sí; ¡las peñas de Elkorreta silban mucho, *conde!* Oigalas; aun dentro se oyen.

Nos callamos, y poco después oímos tres o cuatro alaridos estremecedores. ¡Las peñas de Elkorreta! La pelota se me venía a la mano y la devolví incontinenti.

—¿De suerte que el más seguro barómetro de la comarca es el de Garchot de Itzaltzu?

Mis oyentes se rieron a todo trapo; daba gusto oír la sonora risa de las mujeres.

—¡*Conde!* ¿Llegó esa paparrucha a oídos de usted?

—Esta misma tarde me la insinuó la *unaya*; pero

no quiso ser explícita. ¿No prestan ustedes crédito a la tradición?

—¡Hombre, hombre!—exclamó admirado Berrade—. ¿Eso habíamos de creer?

El tono de la pregunta denotaba un ingenio realista, poco imaginativo, de los que llaman quimeras a las cosas que no se pueden pesar, medir ni contar.

—Algunas viejas chochas—añadió—, algunas jóvenes simples, acaso le presten asentimiento.

—A pesar de sus palabras desdeñosas, Muzkilda, por ejemplo, que ni es vieja ni simple—repliqué.

La *unaya* no estaba presente para desmentirme. Andaba por la pocilga, dando de comer a los cerdos, cuyos gruñidos de gula llegaban hasta nosotros.

—¡Y yo también, don Arturo!—gritó desde el banco Andreaa, la hija menor.

—Pues va usted a mostrarse complaciente conmigo, refiriéndome la historieta.

La linda muchacha pegó un salto de cabrito y se plantó delante de mí. Sus ojos verdosos rebosaban de entusiasmo.

—Si el *echeko jaun* me lo permite... El cuento es muy corto; cuatro palabras.

Grabiel dijo que sí con la cabeza y movió los hombros despreciativamente.

La chica, muy satisfecha del papel que le tocaba representar, refirió la tradición en los siguientes términos:

—Hace muchos años, muchos y muchos, cuando los árboles del Irati eran aún pequeños, vivía en

Itzaltzu un hombre que era buen poeta, y tan buen cantor como poeta. Le llamaban, de tres leguas a la redonda lo menos, a entierros, bautizos y bodas, y ponderaba, en verso y cantando, la hermosura de la novia, y adivinaba, cantando y en verso, la suerte del recién nacido, y refería, en verso y cantando, la vida de los difuntos. Dicen que el rey le llamó a Iruña una vez, y quedó tan complacido de oírle cantar y versear, que le dijo: «Tu fama es grande; pero tu habilidad, mayor; cena conmigo.» Les sirvieron sopas de ajo, cordero de tres leches, truchas del Urrobi, castañas de Baztán, una azumbre de vino de Artajona, café y puro habano. Entonces no había licores. El rey, mientras Garchot bebía, le metió de escondite cuatro monedas de oro en el chaleco; así, Garchot se volvió a Itzaltzu muy ancho de orgullo, que no cabía por las puertas. Esa fué la causa de su perdición. Otro día se le presentó en su cabaña el mandadero de Roncesvalles, y le dijo: «Garchot, los señores canónigos desean oírte cantar.» «Pues yo no quiero que los señores canónigos me oigan.» «Hombre, piénsalo bien; los señores pueden mucho y son muy ricos: de buen árbol, buen sombra.» «De buen árbol—replicó Garchot—, buenos tizones para mi puchero.» «Sé cauto, Garchot; ¿qué les contestaré de tu parte a los señores canónigos?» «Que me *chanfutre* en ellos...» «¿Y nada más?» «Esto, si te lo aprendes.» Y Garchot improvisó una canción de burlas contra el señor prior y los otros. Les decía—¡Dios se lo perdone!—que sabían: latín, poco; cazar, mucho;

llenarse la tripa, dormirse en maitines y elegir *unayas* jóvenes y hermosas que les aparejasen las celdas. El demandadero se retiró, rabo entre piernas, cual carlín delante de mastín, o lengua de lobo que topa carlanecas, y Garchot se quedó reventando de risa y muy contento porque se había vengado de los señores canónigos, que le prendieron las ovejas cuando una vez las metió en los pastos de Changoa. Quien insulta a la Santa Iglesia, pronto recibe el castigo de la maldad. Antes de que tres noches se hubiesen tragado a tres días, los gendarmes pusieron preso a Garchot y le llevaron al prior. Este le excomulgó y condenó a permanecer encerrado en la torre de Elkorreta, con un pan de libra y una pinta de agua, hasta que se muriese de hambre y de sed. Garchot, asomado a la ventana de su cárcel, solía estar llorando, y las palomas del valle venían a darle acompañamiento. Pero también solían decirle mientras revolaban: «Garchot: fuiste insensato; te mofaste de los señores canónigos, a quienes debemos respeto y veneración.» Y Garchot, agradecido, les arrojaba migas de pan. Y cuando se le acabaron las provisiones, y sus tripas, rechinando, se le corrían llenas de aire, y él daba voces lastimeras, gritando: «¡Ay de mí, ay de mí!», acudían del monte las palomas, llevándole en el pico «gusandos» de la tierra, frutas de los árboles y buches de agua fresca. Pasaba el tiempo, pasaba, pasaba; pasaban los días, las semanas, los meses, los años, y Garchot sin morirse. Subió el alcalde de Sarasaitzu con los regidores del valle, e hizo inquisición

del caso y envió lo negro a los señores canónigos. Maravilláronse el señor prior y los otros, y movidos a lástima, perdonaron a Garchot. En memoria de todo, decimos los de Itzaltzu, cuando suben las nieblas hondas al Abodi: «Ahí van las palomas del valle a dar de comer a Garchot, hambriento en El-korreta.» Y ellos vivieron bien y yo también.

Taquigráficamente fuí yo tomando notas del relato. Me embelesaba el relato mismo, los anacronismos que le salpimentaban, la mezcla de lo poético y lo vulgar, la pasta de casos antiguos y vocablos nuevos, la voz límpida de Andresa, el fuego de sus ojos, la gravedad de su rostro, la suave singularidad de su dialecto inexplorado.

La verdad es que pendíamos los oyentes de los labios de la narradora; desde el padre, que se desdijo prestando atención, vencido aunque no convencido, hasta la robusta Muzkilda, parada en la puerta con la caldera vacía.

Dimos el parabién a Andresa, y yo, de añadidura, un apretón de manos fervoroso.

—*¡Conde de chicuela!*— exclamó Grabiél—. Razón me asiste en querer que estudie para maestra. ¡Vaya una memoria! Repite el cuento con las mismas expresiones que mi difunta madre. Otros le cuentan de distinto modo; pero ésa es la verdad..., digo, la verdad de la mentira. Mi madre, en materia de historias viejas, a todos los ponía debajo de sus abarcas.

«¿Hay versión diferente?—pensé—. Pues ¡a buscarla!» Me hice repetir el cuento por los que se avi-

nieron a repetírmelo. El relato de Andresa era el más puntualizado y coherente. Substancialmente conformaban todos; pero el relato de una viejecita, casi centenaria, merece especial mención. Según esta variante, Garchot fué despeñado desde las rocas de Elkorreta por «una muy mala muerte que hizo». ¿Quién fué el muerto? La vieja no lo sabía. Eso sucedió, naturalmente, después de los insultos de Garchot a los canónigos, y únicamente podía conexionarse con el asunto principal, reputándole por prueba de la índole aviesa del *koblari* (1), que le arrastró a un crimen cuyo castigo fué, a la vez, vindicación indirecta del grosero desacato. Mas el poético episodio de las palomas no encajaba dentro del suplicio diferente de Garchot, y hubieron de desfigurarle absurdamente, suponiendo que las palomas iban a picotear el cuerpo insepulto; porque la «mala muerte» fué tan execrable, que trastornó las costumbres de los seres. Yo paré entonces poco la atención en la variante; pero sí observé que por ministerio de ésta quedaban limpios los canónigos de cualquiera responsabilidad, directa o indirecta, en los tormentos de Garchot. Con ello se fortalecía mi interpretación *provisional* de la leyenda, levantada sobre las siguientes hipótesis: graves diferencias entre el valle de Sarasaitzu y el monasterio de Roncesvalles sobre pastos; una persona llamada Garchot mantiene briosamente la causa de sus paisanos, y atrae sobre sí las iras de los canónigos; crean los

(1) Poeta, trovador.

del valle una leyenda cuyo personaje central es Garchot, a quien adornan con las prendas que suelen acumularse en los héroes literarios. La leyenda, completamente desfavorable al monasterio en un principio, por la influencia de la poderosa colegiata y de su clientela, fué alterándose paulatinamente con la interpolación de especies apologéticas de los canónigos y denigrativas de Garchot, tiznado, por fin, con la nota vaga, y por tanto muy impresionante, de pésimo malhechor. El mismo relato de Andresa se compone de trozos de antigüedad desigual: la sátira de los canónigos es parte de la versión más antigua; campea el desenfado de la Edad Media, huele a los tiempos del Arcipreste de Hita, pasa la sombra de «trotaconventos». La moraleja «Quien insulta a la Santa Iglesia, pronto recibe el castigo de la maldad», y otras frases análogas, provienen de siglos más posteriores y devotos.

Con estos apuntes y el recuerdo de mi visita a la garganta asperísima de Elkorreta—que hoy lleva otro nombre—, donde se descubren sobre las acantiladas peñas, abiertas por mil oquedades, clarines del viento, restos de un torreón medieval, me volví a Pamplona. Los apuntes durmieron en mis carpetas de documentos históricos y lingüísticos, y el recuerdo se borró como tantos otros. Diga lo que quiera el poeta, la vida es olvidar.

* * *

Tres o cuatro años después inauguróse el palacio del Archivo de Navarra, y trasladaron a él los

documentos. El celoso archivero aprovechó la ocasión y revisó cuidadosamente la sección de papeles que un predecesor suyo benemérito calificó, no sin alguna temeridad, de «inútiles». El concepto de inutilidad dimana del juicio personal, y éste, de los conocimientos y aficiones particulares. Según podía sospecharse *a priori*, los papeles «inútiles» no lo eran todos. Entre ellos salieron fragmentos de cuentas muy anteriores a las que forman el primer volumen (año 1265) de la riquísima serie de *Libros de Comptos*.

Avisóme del hallazgo mi buen amigo el archivero, por si me convenía acrecer el ya abultado depósito de mis notas y extractos de dichos libros. Examiné dichos fragmentos, y en un borrador muy roído por la humedad hallé cuentas escritas en latín, sin fecha, pero pertenecientes a los primeros lustros del siglo XII, rendidas por Miguel Gavarda, «amirat» de Roneal y Sarasaz. En una de las cuentas leí, no sin conmoción del ánimo, las cantidades que se gastaron construyendo en el monte de Itzaltzu una torre «donde fué emparedado debajo del amparo de las limosnas publicas... ot por su enorme delito», después que el rey le perdonó la vida.

La tradición que me había referido Andresa Berrade, y que la cuenta evocaba repentinamente, tenía, por tanto, su fundamento histórico. Medí el hueco; reproduje las letras: «ot», no cabía duda: era la terminación del nombre de pila de Garchot, criminal o héroe, o ambas cosas a la vez, de una enigmática historia. Garchot, autor de «delito enor-

me», condenado al suplicio del emparedamiento, y en cierto modo a morirse de hambre, porque el monte, o mejor dicho la garganta de Elkorreta, no era sitio pasajero, ni la subida desde Itzaltzu allí fácil y breve; indultado, no obstante la enormidad del delito, por el rey: el indulto no era aún sinónimo cauteloso de impunidad. Garchot llenaba un rinconcito de la memoria de sus paisanos, después de ocho siglos, circundada de cierta aureola de merecimientos, causa de popularidad. Luego el «enorme delito» no les pareció tanto ni a los salacencos ni al rey, o tuvieron cuenta con méritos de antes y disminuyeron la injusticia absoluta de tan afrentosa censura.

Espoleada mi curiosidad, metíme de nuevo por las revueltas enrucijadas de las suposiciones y del rebusco de noticias entre todos los papeles viejos del valle. Vana labor. Pero antes de bajar a Iruña me trasladé a la colegiata de Roncesvalles, por explorar su archivo, poco esperanzado de que asunto de tan poca monta, probablemente sin relación con las cosas monasteriales, hubiese abierto huellas.

Me equivoqué: el campo reputado estéril rindió liberal cosecha. Prendidos en telas de araña, y cubiertos de negro polvo picante, hallé dos documentos de sumo interés:

a) La escritura de la posesión que los monjes de Conques tomaron de la iglesia y limosnería de Ronzasvals, horno, molino y dos «cubillos de vacas», en nombre de Dios y de la gloriosa Virgen Santa Fe, en virtud de la donación a ellos hecha por

Sancho, conde de Erro, cuya escritura se inserta, por copia, a la cabeza del instrumento. Entre las suscripciones se lee el nombre del monje *Turoldo*. Fecha 8 de diciembre de la Encarnación del Señor, 1108. Es un pergamino de 31 × 20 centímetros, escrito en latín y caracteres góticos.

b) Un libro de pergamino, original, de 25 × 28 centímetros, escrito en letra francesa minúscula. Faltan las primeras y las últimas hojas. En el margen de la primera hoja útil se ve escrita la fecha del año del Señor 1130; de letra bastante más moderna, pero sin duda expresa la verdad, porque nada desdice de ella el aspecto exterior ni la materia interna del manuscrito, que contiene trescientos veintisiete versos latinos yámbicos, en los que la imitación de la antigüedad lucha penosamente contra la impericia del versificador. El poema es un panegírico de las mejoras que los monjes de Conques llevaron al cabo después de su entronización en Ronzasvals. Ahincadamente pondera el solaz con que los monjes agasajaban a los peregrinos de Santiago, por medio de juglares que les cantasen, en idioma de ellos entendido, la canción donde se refieren las proezas del emperador Carlomagno en España, así como la muerte, sin cesar llorada, del duque Rollanz y sus Pares, compuesta por el monje Turoldo, varón de Normandía, y la firmeza desplegada contra la viciosa obstinación de otros juglares de lengua bárbara, y singularmente contra la de uno de ellos, perversísimo, que hasta en su propia carne, por deslustrar la canción de Turoldo,

puso mano homicida.—Versos 272-285.—La primera parte del poema está consagrada a transcribir en verso algunos de los milagros que nos da a leer el *Liber de Miraculis Sanctæ Fides*—compuesto a principios del siglo XI—, y la segunda, a enumerar uno por uno, con delectación de hostelero, el regalo y buen trato de la hospedería.—Versos 285-327.—Mucha de la substancia de estos versos, y aun literalmente bastantes frases de ellos, tuvieron acogida en otro segundo poema latino que el Padre Fita—año 1884—y el abate Mr. Dubarat—año 1887—publicaron sucesivamente.

Dejadas aparte las noticias de interés general contenidas en mis hallazgos de los archivos de Pamplona y Roncesvalles, absolutamente inéditas, puesto que esos documentos nadie los ha visto, me apliqué a extractar las que se relacionaban o podían relacionarse con el caso de Garchot de Itzaltzu, blanco otra vez propuesto a mi atención. El relato de Andresa, y su variante, las notas documentales, de puro examinarlos, compararlos, confrontarlos y sutilizarlos, iban dejando poco a poco de ser un montoncito de noticias sueltas. La imaginación reconstructiva, hostigada por el misterio, rellenaba poco a poco los huecos, iluminaba las tinieblas y enriquecía la avarienta parsimonia de los textos, descifraba el enigma de las alusiones... En la vigilia de cierta noche que había meditado sin tasa sobre mi información, se me apareció impensadamente en el pensamiento la historia completa de las desventuras de Garchot, sellada con la certidum-

bre, avasalladora de mi razón, de que la historia descubierta era verídica en todas sus partes.

Recíbanla por tal los lectores, como yo la recibí.

I

—¡Válgame Dios!—exclamó el abad Begon, levantando con mano firme a su mula, arrodillada sobre la nieve—. Se hace imposible proseguir la ruta a caballo... Y acabarla a pie tampoco será tarea fácil. Aquí vamos a perecer, ahogados por las insidias de estos Alpes traidores. ¡Hola!, quiero echar pie a tierra.

Uno de los tres monjes, que a distancia de respeto cabalgaban zagueramente sobre sendas mulas, acudió a la voz imperativa del abad y tuvo su estribo de la mano. Era joven, de estatura descollada, rostro abierto y vivos ojos azules. Los otros monjes y los cuatro mesnaderos que daban escolta a los eclesiásticos imitaron al abad.

Un relámpago cárdeno resquebrajó las nubes plomizas que por la parte del septentrión se ennegrecían cual iracundo sobrecejo. El trueno se despeñó sobre los montes sonoros, y se espesaron los torbellinos de nieve, cuya blancura se oponía a la lobre-guez del espacio. El riachuelo corría negro entre las márgenes blancas, dando mugidos de torrente. Los altos montes estrechaban aun más el desfiladero con los pesados pliegues de su blanquísimo manto. Los copos, mariposeantes, se metían por las

orejas y por la boca, por las aberturas de los cuellos y mangas; mareaban la vista con su revoloteo; teñían de blanco los paños de los hábitos, los pellejos de los capotes, el acero de las armaduras, el pelaje de las caballerías, su huella fangosa en la vereda y el aliento mismo de los caminantes.

El abad se acercó a uno de los monjes, que parecía anciano y llevaba caída la capucha sobre la cara. Le dijo, no sin respeto:

—Puesto que habláis el idioma rústico, preguntad, si os place, al guía cuánto de camino nos queda. Si nos saltea la noche en este yermo, auguro que la ventisca nos pondrá la mortaja.

El guía, inmóvil, puestas las manos sobre el *maskilla* (1), hundido hasta cerca de la mitad en la nieve, aguardaba la orden de marcha. Vestía montera y dalmática de pellejo de carnero, túnica de paño negro que no le bajaba de la rodilla, y abarcas de cuero crudo. Las piernas y los pies, descubiertos, no daban señales de sentir el frío de la nieve. Colgábale del pescuezo un cuerno, a modo de carcaj, lleno de dardos.

El monje de la capucha corrida le habló en bascuense.

—Contéstame, guía: de aquí al alto, ¿cuánto tiempo necesitamos? ¿Cómo te llamas?

—¡Ah! ¿Scis euskaldun?—replicó, sorprendido y cariñoso—. Me llamo Garchot de Itzaltzu; dejamos detrás nuestras los dos tercios del puerto. Falta lo

(1) Palo, bastón.

más escabroso, lo más pino, los parajes predilectos de las ventiscas rabiosas. Yo, en una hora me plantaría allá...; pero vosotros, a pie, necesitaréis dos lo menos. En los alrededores de la noche habrá peligro; lo advierto.

—Márchate solo, Garchot; no le corras con nosotros.

—Señor—replicó el guía, enfoscando el gesto y la mirada—, durante cuarenta años de este mi oficio he corrido mayores tormentas. Yo soy leal, y muero, si el caso lo pide, con quien me da el mendrugo. De haber de mirar sólo por mi persona me hubiese metido fraile.

El monje se estremeció de cólera, pero la refrenó en seguida. «Haced bien a villanos...», masculló entre dientes. En tono humilde añadió:

—No lo echés a mala parte, ¡hombre!, ni acocees a quien buena intención te muestra.

El monje se acercó al abad y le tradujo el diálogo. El abad vió acreditado su temor. Tendió la vista por las montañas adustas, que parecían gigantes amenazadores, y flaqueó un momento su corazón. «¡Cómo ha de ser!», pensó. Mas le confortaron pensamientos del Cielo, y dijo con voz enteramente firme:

—Un avemaría a nuestra gloriosa Virgen Santa Fe de Conques, para que nos ampare.

Rezaron todos y echaron a andar. Cada vez era la nieve más blanca y el aire más negro. El aire glacial se encañaba por el barranco y maullaba como un gato enfurecido. La fragosidad del suelo,

debajo de la blancura uniforme oculta, prendía en diversos cepos los pasos de los caminantes, cuyo andar se parecía al de los cojos y borrachos: raíces de árboles, rocas salientes, blanduras pantanosas, cuestras que suben, cuestras que bajan. Los monjes rezaban; los mesnaderos maldecían: uno resbalaba, otro se hundía, un tercero caía de bruces o de espaldas; todos sudaban a chorrón, no obstante el frío y la mojadura de la ropa. Garchot, cuando ganaba demasiada delantera, después de plantarse sobre sus amoratadas piernas abiertas, tendía la punta del *makilla* a los viajeros más atascados. Servíale de perenne señal indicadora la cinta oscura del Luzaide, que corría ya fuera de madre, y por ella reconstituía mentalmente la línea del camino. Pero sonó la hora en que se hizo imposible mirar y ver. Rompió sus cerrojos el vendaval y levantó nubes de nieve, a la vez que caían del cielo remolinos de pequeños, duros y rapidísimos copos; los caminantes cerraban labios y párpados; se llevaban las manos a las cabezas, por mantener en su sitio las capuchas y caperuzas, y a los costados del cuerpo, por detener el vuelo de las restallantes vestiduras. Presto hubieron de emplear las manos en la defensa de los cuerpos, asiéndose con ellas adonde podían, porque el vendaval los tiraba al suelo y arrastraba monte abajo. Garchot abrió el zurrón, colgante de la espalda, y sacó una cornamusa en la cual entonó una sonada, de notas tan vivas cuanto agudas. Amainó el vendaval, y fueron congregándose los dispersos viajeros, blancos de nieve y

santiguándose aún, atraídos por la música. Los mulos y los caballos, aunque nadie asía de sus ronzales y bridas, medrosos, seguían dócilmente a los jinetes desmontados. Anduvieron un trecho de camino, y delante oyeron menudo trotar de alimañas, jadeos de respiración, sordos latidos: unos bultos de color indefinible venían brincando sobre la nieve, fuera de camino; sus ojos fosforescían.

—¡Lobos, lobos!—gritaron varias voces temblorosas.

Los mesnaderos se apresuraron a montar y empuñar las lanzas.

—¡Ténganse, por Dios!—gritó Garchot, riéndose—. Son los mastines de *Etzandegi* (1). ¡Aquí, *Artzachapar*! ¡Aquí, *Ochaburu*! ¡Soy yo, *Acherisats*! (2). ¡No me conocéis, tontos?

Los tres enormes mastines comenzaron a dar vueltas en torno de Garchot, ladrando, brincando, echándole las patas a los hombros y lamiéndole la cara.

—¡Brutos! Me tiráis al suelo, me mancháis donde no llegó el barro.

El más grande, *Artzachapar*, concluyó por echarse a los pies del guía. Le miraba fijamente, golpeaba el suelo con el rabo, y se restregaba la cabezota contra las desnudas rodillas de él. A gran distancia, como entre las nubes, sonaban pausados tañidos.

(1) *Etzandegia*, *Itzandegia*—dormitorio, sitio de acostarse—. Nombre de una casa en Roncesvalles.

(2) *Artzachapar*, garra de oso—contraído de *artz*, oso, más *atzapar*, garra—. *Ochaburu*, cabeza de lobo. *Acherisats*, rabo, cola de raposo.

—Las campanas de San Salvador de Ibañeta —dijo Garchot—. Animo: quien escucha la voz del Salvador no perecerá en lo eterno.

—Ni aun en lo temporal ahora, presumo yo— contestó el abad sacudiendo temores.

Después de tres cuartos de hora, precedidos de los mastines y de Garchot, llegaron a la limosnería de Itzandegi, sita en el llano de *Orreaga* (1), suspirando por fuego, cena y cama los viajeros; pero no todos, porque el monje sabidor del baskuenze, al pasar delante de San Salvador de Ibañeta, se apartó del grupo y se llegó a la ermita, cuya puerta le abrieron apenas hubo dado sobre la hoja algunos golpes que parecían de contraseña.

II

El que abrió era un ermitaño de cuerpo enjuto, como raíz muerta de árbol, y de luengas barbas blancas. Se inclinó respetuosamente delante del monje, y a una pregunta de éste siguió el diálogo a media voz:

—¿Cuándo vinieron los señores?

—Ha dos meses, poco más o menos.

—¿De dónde?

—De Castilla.

—¿Entraron en Iruña?

—No. Según costumbre de ellos, no pisaron poblado. Atravesaron el Ebro en Tudela...

(1) Nombre basko de Roncesvalles.

—¿Así cultivan la amistad de los moros?

—Siempre. Dije que atravesaron el Ebro en Tudela; luego se metieron por las Bardenas y yermos.

—¿Rezan mucho?

—El señor más que la señora.

—¿Hablan con mucha gente?

—Con el clavero de su castillo de Yarnoz y los villanos que acarrean las pechas de trigo y ordio.

—¿No los reputan por seguros en los algorios de Yarnoz?

—Sin duda.

—Repartirán muchas limosnas por vuestra mano, alimentarán a mil pobres en la hospedería...

—No nos permiten tocar ni un cahíz siquiera; nos piden cuenta del último grano. Todas las cosechas se las venden a un judío de Ablitas, y éste se las revende a los sarracenos de Tudela. Cada año cobran la cosecha del anterior, y se llevan de aquí buenas libras de sanchetes.

—¿Hay muchos romeros en la hospedería?

—Pocos; gente mezquina casi toda. La hospedería de Orreaga alberga a más, y de ellos, muchos tienen con qué pasarlo.

—Dios es más afecto a los pobres.

—Sí; pero las rentas de Ibañeta disminuyen, y se agotarán cabalmente cuando la multitud de peregrinos aumenta cada año.

—Y proseguirá aumentando. La devoción al Señor Santiago cunde por todo el orbe católico. Esta ermita del Salvador será el testigo de la antigüedad venerable; pero los templos y las hospede-

rías, fomentados por las copiosas muchedumbres, abrirán sus cimientos en la llanura. ¿Hay gente forastera en la ermitalería?

—Sólo los de casa, más los señores.

—¿Dónde están ellos ahora?

—En nuestro refectorio. Se calientan al fuego mientras viene la hora de la cena.

—Voy allá. Cuidad de que nadie entre hasta que yo salga.

El monje, a tienta paredes, recorrió al angosto pasillo, en cuyo extremo, por las rendijas de la puerta, salían resplandores de luz y llamas. Se cubrió el rostro cuanto pudo con la capucha, y entró en el refectorio: pieza mediana, de muy altos techos, paredes de piedra sin labrar, pavimento y techumbre de losas, recubierto de paja aquél, y éste resquebrajado a trechos, de propósito para que subiese el humo de las fogatas que encendían junto a la pared testera, sobre un hogar de piedras chatas, amojonado por morillos descomunales de hierro, capaces de sostener los troncos más recios de los bosques. A la derecha de la hoguera, un escaño de roble, profusa aunque con poco arte tallado, servía de asiento a un hombre y a una mujer, algo más joven ella, pero de unos cuarenta y cinco años de edad, graves y altivos, que vestían, respectivamente, capa y manto de paño ruanés, forrados de pieles preciosas.

El monje, al entrar, tartajó a media voz una especie de saludo; mas nadie hubiese podido declarar el sonido de aquélla ni el idioma de las palabras.

El hombre contestó, levantándose a medias del asiento, e hizo mención de ceder parte del escaño al reciénvenido. Este comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa, a lo largo de la estancia, entre bancos de madera extendida. Cada vez que pasaba junto al hombre y a la mujer, les clavaba los ojos con fijeza extraordinaria; pero ellos no podían advertirlo a causa de la capucha.

El silencio dentro de la estancia semejábese al de iglesia o cámara de enfermo: los pasos suaves del monje, más bien que turbarle, le abultaban. Fuera, los elementos se revolvían tumultuosos; parecía como si gigantescas catapultas batiesen a los montes: el vendaval vociferaba todos los alaridos de la rabia, de la desesperación y del sufrimiento que podrían las gargantas humanas si les prestase su fuerza el vendaval. El hombre y la mujer escuchaban. De pronto, una especie de lamento, mezcla de pavor y sorpresa, superó al estrépito.

—¡Jesús!—dijo ella, estremeciéndose y santiguándose—. Los demonios, sin duda, andan revueltos con el aire; de veras antojóseme que despeñaban a alguno.

El monje se detuvo junto a la mujer, y con acento en que se casaban el vituperio y la pena gritó destempladamente:

—Sí, a tu hermano D. Sancho. ¿Ese es el grito que le oíste en Peñalén?

Levantóse del escaño el hombre, trémulo de ira, la mano sobre el puño de la daga:

—¿Quién osa faltarnos al respeto? Magüer, fue-

rais obispo o papá, como sois fraile, os he de cortar la lengua. ¿Quién eres?—preguntó, desenvainando la daga.

—¡Yo!—replicó el monje, echándose atrás la capucha, que descubrió la cara escuálida y exangüe. Por su nariz recta, ojos grandes azules, dientes blancos, barba rubia entrecana, habría merecido el dictado de hermosa a no descomponerla cierta expresión adusta y tétrica.

El hombre y la mujer, absortos, profirieron mil exclamaciones atropelladas, que involuntariamente se respondían unas a otras, tejiendo un anheloso diálogo:

—Ramón, ¿tú aquí?

—Después de tantos años de escondrijo. ¿Subes del infierno?

—¿Bajas del cielo con ese hábito?

—¡Ramón, Ramón! ¡Regicida y fratricida!

—Como nosotros.

—¡Peor que nosotros! Tú fuiste el tentador...

—Tú, el corruptor de nuestras almas.

—Tú, el pajarero que tiende la red...

—La sombra letal que sigue al cuerpo...

—¿Te acuerdas? Siempre detrás del rey, acechando la ocasión...

—Tu fingida cacería le llevó a Peñalén...

—Tú le pusiste al borde de la peña tajada...

—Tuya fué la mano que le dió el empujón mortal.

—Gritó... ¿te acuerdas? Su alma se le asomó a la boca, pidiendo cuenta de la imprevista traición.

—Grito de peligro y de confianza burlada...

—Igual al que sonó esta noche...

—Y tú, aguzador maldito, le llevas arponeado en los oídos, como el ladrón los dientes del dogo que le sujeta.

El monje, puestos los brazos en cruz sobre el pecho, cabizbajo y humilde, entornando los párpados para apagar las chispas que algunas de las expresiones sacaban de sus ojos, parecía resuelto a permanecer silencioso hasta que el hombre y la mujer se desenconasen. Pero como las últimas razones le brindaban con la coyuntura de expresar sus sentimientos propios y ejecutar su designio, no quiso desaprovecharla. Levantó los brazos al cielo, con tan patético ademán que los maldicientes se sobrecogieron.

—Ese dogo también os muerde a vosotros: ¿quién, sino vosotros, trajo a la memoria el grito del despeñado? Ojalá os muerda atrocemente, como a mí, hasta arrancaros a tiras el corazón... Escúchame tú, Ermesenda, tú que fuiste infante de este reino, que hoy, por nuestra culpa común, ve roída su libertad; escúchame tú, Fortún Sánchez de Yarnoz: el perdón celeste sólo le alcanzan las almas contritas. La vida se pasa, la muerte nos saltea, a veces en el sitio más placentero del camino; los años amontonan su ceniza sobre vuestras cabezas... Te dejé hermosa y joven, Ermesenda; te encuentro vieja y fea. Tu estatura, Sancho, se erguía como un abeto del Irati; ahora empieza a encorvarse, buscando tierra para la fosa.

Ermesenda, herida en su amor propio de mujer, le interrumpió, colérica:

—¡Cuánto va de asesino de rey a predicador cuaresmero! Tus sesos se han helado, porque no los calienta la corona de Sancho V, que pensabas usurpar en las zarzas de Peñalén. La ambición frustrada es la maestra de penitencias.

Don Ramón reprimió el enojo que le iba a dictar réplica de agravios, y prosiguió, como si no hubiese oído, con entonación muy triste:

—Pensad en la gloria; temed el infierno, a do camináis de prisa... Seguidme en el bien como me seguisteis en el mal. El orbe católico se pronuncia, con celo incomparable, en favor de la peregrinación a Santiago; el oriente y el poniente se mueven; las muchedumbres que hasta ahora han pisado estos Alpes, comparadas a las que han de pisarlos, son como un riachuelo pirenaico que desagua en el mar. Recibámoslas con el decoro y comodidades que pide el caso; levantemos iglesias, construyamos hospederías, asistamos a los viejos, enfermos y pobres; no con ánimo de granjería propia, sino en provecho de las almas. Suceda todo ello, y más, a la gloria de Dios, del Señor Santiago, de San Salvador de Ibañeta, de Nuestra Señora de Orreaga, reciente y milagrosamente aparecida, y de este camino *rumen* nabarro. Sean estas soledades una cosa así como el insigne pórtico de Compostela. Cuando huí del reino a Zaragoza, doné mis bienes a mi hijo Sancho, conde de Erro. Mañana éste, por importunación mía, donará en perpetuidad los sitios en Orreaga, a

Santa Fe de Conques. Todo lo tenemos concertado entre Sancho, yo, los frailes y Pedro, obispo de Iruña, hijo de la abadía conquesa. Imitad mi ejemplo: donad San Salvador de Ibañeta, los cubiculares de peregrinos y los bosques de Auria, que son tuyos, Ermesenda, a dichos venerables religiosos. Tu marido, aquí presente, confirmará la donación. Los monjes, con sus oraciones, te alcanzarán infinitas gracias y desarrugarán el ceño que Dios te pone. Tu piedad y munificencia tocarán el corazón del pueblo hostil. Los nabarros, Ermesenda, te aborrecen...

La infante interrumpió a su hermano con rabiosa vehemencia:

—¡Mientes, mientes! ¡El aborrecido eres tú, Ramón el falaz! Los nobles y el pueblo te declararon indigno de reinar y transfirieron la corona instigadora de tu fratricidio a las sienes del aragonés. ¡Quién me ha levantado esa calumnia?

—Tú misma, Ermesenda—replicó D. Ramón, demudado el semblante, pero no la voz apacible—. Cuando vienes a Navarra caminas por las sendas de los banidos y malhechores encartados; las poblaciones te espantan; recelas que las manos se llenen de piedras para lapidarte; llevas el signo de Caín en la frente...

—¡Contigo a una!—gritó Ermesenda fuera de sí.

—¡Conmigo a una!—asintió mansamente D. Ramón—. Sólo puedes sostener la mirada de los moros y de los judíos. Los que están cargados con el peso de un crimen como el nuestro han de buscar el re-

poso a la sombra de los claustros monacales. Te hablé duramente, Ermesenda, porque deseo que de ti misma te horrorices: el aborrecimiento del pecado nos lleva al camino de la salvación.

—Mas no con las alas del más sutil egoísmo. Miras por tu convento, por tus hermanos de hábito. Nuestra misma donación, si la hiciésemos, la apuntaría en provecho tuyo la cuenta de sus rezos. Pretendes subir a abad.

—Te equivocas, Ermesenda; yo no soy monje de Conques. Hago la vida eremítica en las montañas de Rouergue; el abad es mi prelado, mi señor, mi guía espiritual.

Don Ramón se desabrochó la capa y mostró el pobre sayal que vestía.

Ermesenda bajó la cabeza: se le había secado la fuente de donde brotaron sus expresiones rencorosas. Sentíase vencida y sojuzgada, no sin despecho debajo de disimulo, por soberbia.

Después de larguísima pausa, D. Ramón dijo:

—Quedad en paz, hermanos del alma. Meditad mis razones. Aunque indigna, mi voz es la de Dios. Yo os bendigo en el nombre suyo, verdadera Trinidad.

Don Ramón salió lentamente del refectorio. Al atravesar la puerta se le figuró que a sus oídos llegaba un sollozo de Ermesenda.

III

Cuando D. Ramón y el fámulo que le había alumbrado con tea de viento desde Ibañeta a Orreaga abrieron la puerta de la cocina, las mozas alduidesas de la hospedería comenzaban a repartir a los peregrinos pobres la pitanza. Sentábanse en amplias circunferencias alrededor de las ollas, de donde, con el cazo, sacaban la humeante berza aderezada de *chungur* (1), que echaban luego a las escudillas. Cuando una tanda comía la ración, otra ocupaba su puesto, y los ya servidos procuraban aproximarse al hogar flameante. En un ángulo de la cocina, una dueña desdentada y arrugada, nari-guda y barbuda, ni huraña ni tacaña despachaba a mostrador abierto, por cuenta de la hospedería, pan y vino.

La espaciosísima cocina, medio llena de gente, servía de abrigo a una muy abigarrada concurrencia allegadiza de personas, diferentes por su edad, estofa, sexo y estado. Codeábanse los mendigos, que de santuario en santuario se sacan la vida, con los pobres que a la devoción verdadera añaden el mérito de aventurar su romería a la incertidumbre de la limosna. Junto a la madre que no aparta los ojos del niño enfermo, temiendo que se le ha de morir antes de tocar las reliquias sanativas del Apóstol, la mujer que, a socapa, pellizca a la criatura para que lllore y mueva la compasión del próji-

(1) Hueso de pata de cerdo.

mo; y junto a los infelices sin brazos o piernas, o luz en las pupilas, los ciegos, mudos, tullidos y ulcerosos simuladores. La tez suave de ciertas manos desdecíase de la sordidez de la ropa, vestida por pura humildad; éstos rezaban, éstos referían las aventuras del viaje, otros enumeraban sus desengaños, aquéllos descubrían sus esperanzas.

Los romeros, que consigo traen viandas, las guisan en el vasto fogón, a cuyas llamas la *echandra* (1) cocinera, en asador de palo, movido por sus dedos, asa un cordero de la cuenca iruñesa. Debajo de la descomunal campana de la chimenea, los pastores y guías de la casa se calientan las piernas desnudas y secan las abarcas, que cuelgan de clavos, entre las mortajas puestas a humar, en espera de la muerte. Cuatro mastines tendidos se tuestan la tripa, meneando las colas y levantando a ratos la abultada cabeza atemorizadora. En sus ojos chispean la alegría y la lealtad, expresión esta última que no ostentan los rostros de todos los romeros, afeados muchos de ellos por gestos de pajarracos rapaces. De las ropas harapientas, caladas de nieve, se levanta un vaho nauseoso que mezcla su azulada neblina con el humo de la aleteante fogata y de las trémulas teas.

(1) Dueña, señora de casa; por extensión, matrona, mujer respetable. A medida que el baskuenze, en ciertas comarcas nabarras, antes de extinguirse, sólo fué usado por las clases bajas, el vocablo *echandra* fué adquiriendo una significación peorativa física y moralmente. De dicho vocablo derivó el castellano de Navarra la voz *chandrío* (desaguisado, estropicio, etc.). La forma literaria es *echeko-andre*, *eche-andre*.

Don Ramón buscó a sus compañeros de viaje con la vista, recorriendo los grupos que se espesaban cerca del fuego. Primeramente examinó la mesa semicircular donde cenan los peregrinos de guisa: no estaban sentados entre ellos. Luego, los alrededores de la chimenea, y allí, junto a los pastores, los vió que achicharraban casi los hábitos, pegados a llamas. Acercóse a ellos; el abad se levantó del escaño para conversar a media voz.

—¿Qué me decís? ¿Cómo se mostró la señora infante?

—Dura, empedernida, soberbia, iracunda; a lo último flaqueó su impenitencia. Alguna porción de mi semilla cayó en tierra fértil. Mas, por ahora, ni ella ni él prestaron asentimiento al consejo de la donación.

—El tiempo madura los trigos; la conciencia es muy importuna.

—Sospecho, sin razón fehaciente, que, si donan, no donarán a Conques.

—Sería muy de lamentar. Estas cosas de aquí se han de poner debajo de una llave. Desbrocémonos de competidores molestos. La ermita de Ibañeta es el eslabón de oro más finísimo de toda la cadena que une al orbe europeo con Santiago de Compostela. Catad que es fundación de Carlomagno, nuestro gran bienhechor y fundador de Conques.

—¡Hum! ¡Carlomagno! Dicen las más antiguas tradiciones que los fundadores de Ibañeta fueron los monjes de Leyre.

—Bueno; pero también existe la otra tradición,

y en este punto somos libres de elegir la que nos parece más creíble. ¡Ibañeta! ¡Conques! Admirable armonía, establecida por la Providencia, no sin misterioso designio. Mientras veníais he leído los letreros que en las paredes de esta estancia escriben los caminantes con la punta de los cuchillos y trozos de carbón. Todas las lenguas rústicas y bárbaras dejan oír sus estridencias; pero también resplandecen entre ellos ilustres inscripciones latinas. Estos silvestres parajes han de ser famosísimos y poderosos en la cristiandad. Construiremos una suntuosa iglesia en honor de la Virgen María, dos amplios hospitales y mesones. Según me dijo el abad de este villaje, cuyo nombre enrevesado no he aprendido...

—Orreaga, señor.

—¿Significa algo en el idioma rústico?

—Espinal, según yo entiendo.

El abad permaneció silencioso, meditando.

—Hemos de mudárselo; desde hoy se llamará *Roncevallis*—valle de las zarzas—. Decía que, según el abad de *Roncevallis*, mañana, a las once, llegará vuestro hijo. Le acompaña un obispo, no sé de dónde, y un procurador de Pedro el de Iruña. Así lo avisó, por medio de mandaderos, desde *Li Re-soing* (1), donde esta noche hacen su posada. Dice el abad asimismo que llegarán muchos peregrinos de retorno; la donación ante ellos será más solemne y notoria.

(1) Una de las formas francesas del nombre basko Larrasoaña.

En esto adelantóse el abad de Orreaga y, haciendo una reverencia, dijo:

—Señores, la cena los aguarda.

Sentáronse los monjes a la mesa que había quedado franca, y les sirvieron cena aparte, blanco de las habilidades de la cocinera, por asentar la fama de la casa en estribo tan firme como el señor abad de Conques. Y porque el apetito de los viandantes estaba bien apabilado, despacharon la ración loan-do guisos y viandas.

Los peregrinos habían cenado ya y buscaban el modo de recrear la velada hasta la queda. El estómago lleno y el calor corporal desataban las lenguas. Nadie conversaba a media voz, depuesto el temor de distraer oraciones. Buscábanse las gentes de la misma lengua, o mejor dicho, de la misma provincia o comarca. Los ribaldos y truhanes provocaban a risa con cuentos, anécdotas, adivinanzas, juegos de manos y títeres; los herbolarios ofrecían remedios; los santeros, imágenes de la Virgen y del Señor Santiago; los tafures alquilaban tableros de ajedrez, dados y cubiletes. Tres o cuatro juglares y juglaresas, al son del *crwth*, la rota y el arpa, recitaban vidas de santos y aventuras de paladines. Y ésta era la diversión que mayores racimos de curiosos formaba. La cocina asemejábase al real de una feria.

El abad de Conques cebaba su atención en los mil pormenores del cuadro y le retocaba imaginativamente, situándole en los días futuros, después que la peregrinación a Compostela fuese el árbol,

expertamente cultivado, que extendiera sus ramas sobre todos los países de Europa.

Cierta noticia, entonces y en casos análogos de propósito difundida, incitó la curiosidad de los peregrinos. Nombraron una diputación que declarase los deseos de todos al abad de Orreaga. Un flamenco rubio y panzudo, en pésimo latín, pidió al abad que cantasen los troveros de la Casa. Hizo una seña el abad, y se adelantó Garchot de Itzaltzu, seguido de un rapaz de doce a trece años, cuya gentileza a todos complació. Los ojos garzos, la sonrosada tez, la recta nariz, la negra cabellera y otras facciones del rostro, así como la proporción del cuerpo, denotaban que el muchacho era hijo de Garchot. Vestían ambos igual traje: túnica y capa blanca franjeadas de rojo, abarcas de cuero curtido y calzas de piel de cabrito, negras.

Plantáronse en el centro del semicírculo de la mesa, delante del abad de Conques, a quien saludaron quitándose los capirotos de paño encarnado. Los trujamanes se diseminaron por entre los peregrinos para traducirles las estrofas, compuestas en idioma basko. Uno de ellos permaneció junto al abad forastero.

Garchot tocaba la cornamusa o gaita bretona; Mikelot, la rota. Cantaban dialogando, acompañándose alternativamente de los instrumentos; grave la voz de aquél, aguda la de éste, y el oírlos suscitaba la imagen de sombrío peñasco de cuya cima se precipita un arroyo, plateado tahalí del gigante negro. La melodía era cual ave enjaulada que, tras

breve vuelo, siempre se posa sobre los mismos palillos. Compuesta en el modo frigio, al desenvolverse, pausada y serena, en el ámbito corto de seis notas, tomaba de las uniformes cadencias y del persistente pedal que el roncón de la gaita mantenía, cierto colorido suave de tristeza: la del crepúsculo euskaro con sus montes nebulosos, florestas solitarias y gimientes ríos. Entre estrofa y estrofa ejecutaba la cornamusa un intermedio construído sobre la misma tónica y el mismo tema melódico; pero alderredor de éste se enroscaba, desfigurándole y ocultándole, el lujuriente floreo de mil notas vivas, alborotadoras e insubordinadas, vestigios, sin duda, de la fantasía musical árabe, maestra de las no lejanas chirimías pamplonesas.

Garchot y Mikelot cantaron «La pastora de Gañekoleta»: las estrofas y versos descriptivos, el padre; los líricos, el rapaz de la voz de oro.

I

«Domenja, la rubia pastora de Gañekoleta, guarda el rebaño mientras hila, al pie del nogal. Tres lágrimas, tres gotas de rocío sobre una rosa, tiemblan en el borde de sus mejillas. La gente me dice: «cásate, Domenja; padeces enfermedad de amor». Yo les contesto: «mentís», procurando reírme; y soy yo la que miente. «¡Ay!, los que no quiero vienen, y no viene el que quiero. Si no viene, cuatro serán las lágrimas que saldrán de mis ojos.»

II

Retozan los corderos en la hierba. El huso, movido por las manos morenas de la pastora, retuerce la hebra: tela de araña donde se prendieron muchos corazones. Suenan pisadas, y huyen los pájaros al ruido. Es Perucho, el de los ojos y cabellera color de cuervo, a quien atrae la hermosura de Domenja, como al navegante el lucero del septentrión. «¡Ay! —dice Domenja—, viene el que no quiero, el que quiero no viene. Pronto serán cuatro las lágrimas que brotarán de mis ojos.»

III

Perucho se detiene, y ofrece a la pastora un cesto de fresas recogidas en el camino, más fragantes que todas las flores de los vergeles señoriales. «Soy Perucho—dice—, el barquero de Arnegi. Paso a los peregrinos el río. Una princesa de Bretaña, rubia como las espigas de agosto, bajó sus ojos color de mar, quemados por las llamaradas de los míos, color de cuervo. Al saltar a tierra me miró cariñosamente y echó, ¡cosa nunca vista!, una moneda de oro a mi montera. Todas las princesas rubias de Bretaña las desprecio yo por Domenja de Gañekoleta, rubia también, pero tostada por el sol y el aire. Sé ganarme la vida. Domenja, dime: ¿quieres casarte conmigo?»

IV

La cuarta lágrima comienza a humedecer el ojo de Domenja. «Vete en buen hora—contesta—, el de los ojos de cuervo, adonde vuelan los cuervos. Mi novio no ha de espantarme con su mirada. A mí me gusta la luz tibia de los montes brumosos.» Perucho se marcha, sacándose sangre de los labios con los dientes. «¡Ay de mí!—exclama Domenja—, no viene el que quiero, y el que no quiero viene.»

V

Nuevas pisadas ahuyentan a nuevos pájaros. Las herraduras de la recua sacan chispas de las piedras. Berñat el arriero se detiene en la orilla del camino, se quita la montera, extiende la mano derecha delante de los ojos, con achaques de quebrar los rayos de Sol, pero por tapar las legañas: «Con siete mulos—dice—acarreo los sábados odres de vino desde Tafalla a Garesch (1), a la tierra de Garazi (2) y a las parroquias de Arberoa. Las mozas de mi valle suspiran por casarse conmigo. Saben que comerán y vestirán a su gusto, mejor que los burgueses de Lizarra (3), San Cernin o San Juan (4). Tendrán dueñas que las vistan y peinen, criadas que les

(1) Puente la Reina.

(2) La tierra de Cisa, en Ultrapuertos.

(3) Estella.

(4) Alude al Burgo de San Cernin, en Pamplona. San Juan es el apellidado de Pie del Puerto.

amasen el pan, les traigan el agua y les laven la ropa. Después de comer, los domingos, oirán los versos que yo les improvise, porque Dios me hizo *koblari*... Pero a todas prefiero yo Domenja la hermosa. Dime: ¿quieres casarte conmigo?»

VI

Domenja se enfada porque Berñat se propuso comprarla como un odre de Garesch. Disimula, empero, y pregunta: «¿Por qué ocultas el rostro con la mano? ¿Pretendes engañarme? Mírame cara a cara, como hombre que dice verdad.» Y él, vencido de su orgullo, baja la mano. «Vete enhoramala—grita Domenja—; mi novio me ha de mirar con la mirada limpia de la Luna. En vez de componer versos a las mujeres que no tendrás, más cuerdamente obrarías si compras un poco de hierro y fabricases campanillas. Las de tu recua no suenan; están tomadas de orín, como tus ojos.» Berñat se aleja maldiciendo y haciendo sonar su bolsa. El calor de las mejillas había chupado las lágrimas de Domenja.

VII

¡Ya viene, ya viene el que no solía venir! Noble comitiva de cazadores, ricamente vestidos, pasa al trote corto. El barón de Uharte, el señor de Acromonte, Johan de Sorhapuru, las damas de Lakarra y de Bidarray sonando cascabeles de risa. Eneco de Orkatzberro, el que fué boyerizo de la borda

vecina, gobierna la impaciente jauría. Parece un rey vestido de fiesta: Domenja se levanta y corre a ponerse a la vera del camino; se lo come con los ojos, brillantes de amor. Enéco la mira un instante, y vuelve con menosprecio la cabeza. Entonces, la mustia rosa de la mejilla recoge la cuarta lágrima de Domenja, gruesa como un granizo de diciembre. «¡Ay—gimió—, triste de la que no te veía venir! ¡Ay, triste de la que te ha visto marchar!»

El denso círculo de los peregrinos, en torno de la mesa, había observado un silencio conventual mientras Garchot y Mikelot cantaban, roto por palmadas generales cuando callaron las voces y los instrumentos. La extrañeza de la música, el artificio del diálogo, la nunca oída novedad del idioma, por nadie entendido, a pesar de verse allí congregados hombres de diversas lenguas y naciones, los maravillaron, y deleitólos sobremanera la voz pura del muchacho. Unicamente el abad Begón resistió al viento que hinchaba todas las velas. En tono perentorio dijo lapidariamente, valiéndose del idioma latino:

—Sermón bárbaro; poema rústico; asunto ruin.

Fray Tuoldo le hubiera contradicho de buen grado, tocante a cierto mérito que él descubría en el asunto y el poema; mas el respeto le encadenó los labios. Deseoso de endulzar algo la acerbidad de la sentencia, dijo:

—La voz del niño es estupenda. Es así como el eco terrenal de una voz angélica. La garganta que

la forma bien se ve que la templaron aguas de cumbreras nevosas que únicamente huellan los rayos impalpables del Sol y de la Luna.

Fray Turolde hablaba fogosamente. Le instigaban sus afectos generosos de joven y de poeta. Fray Begón se sonrió.

—Esa voz ha de cantar vuestra «Canción de Rolando», maese Turolde. Sembraremos aquí una almáciga de troveros; ¡a la gloriosa Santa Fe se lo juro! Esta hospedería, hoy tornavoz de una pastora zafia, se ennoblecerá escuchando las proezas de los paladines y el *olifant* de Rolando.

—También sabe nuestro *koblari* canciones de esa guisa, compuestas ha siglos y transmitidas oralmente hasta nosotros—dijo el abad de Orreaga.

—¡En lengua bárbara, y canciones de esa guisa! ¡Centón villanesco de viejas patrañeras, sin duda! Fuera de la romanidad no se halla elegancia.

Fray Turolde se pasmó con la noticia. ¡Cómo existían poemas, acaso rivales del suyo! Podría tomar de ellos algún episodio, algún nombre de lugar, siquiera algún pormenor descriptivo, análogo al de los tres o cuatro versos que había él compuesto y añadido aquella tarde misma en el fondo del desfiladero, durante la tempestad de nieve. ¿El desdén de su abad le impediría enterarse? El celo del poeta se sobrepuso a los miramientos del monje. Con la mayor humildad que pudo, dijo:

—Señor: dignaos ordenar que nos canten esos versos; pudiera convenirme oírlos y retocar los míos.

—Vuestra canción está bien como está. Ignorabais el nombre del lugar donde aconteció la hacienda. Sabedlo: se llama *Roncevallis*, *Roncevaux*.

Fray Turolde mostró la cara tan compungida, que el abad Begón se ablandó. Riéndose, dijo:

—La curiosidad es la madre del pecado. No os fomente la vuestra, cuando se ponga vuestra piedra labrada junto a la tosca del montañés, el orgullo de autor.

El abad de Orreaga llamó a Garchot.

—El canto de Astobizkar, como le cantas en nuestras fiestas solemnes.

—No podéis darme orden más grata, señor. Sólo le cantamos cuando pasan peregrinos euskaldunas, y éstos pocas veces pisan el camino de Santiago. Tenemos más, mejores y más añejos santos que ese que ahora repica con estrépito de campana nueva. ¡Vaya una afición la suya, irse a morar entre los falsos gallegos!

El abad le impuso silencio imperativamente, tocándose los labios con el dedo índice. Retiráronse Garchot y su hijo. Poco después volvieron vestidos a usanza de la tierra: túnica corta y *chartés* (1) negros; abarcas, pero desnudas las piernas y muy descubierto el pie; cuerno al cuello, repleto de *azkonas*; honda en bandolera y zurrón de piedras arrojadas, y *ezpata* al cinto. El padre había trocado la cornamusa por una arpa de quince cuerdas; la cabeza de águila en que remataba el brazo superior

(1) Poncho, capotillo de paño basto.

de ella, aunque toscamente labrada, parecía viva, dispuesta a estirar el cuello erizado y a clavar el pico. Mikelot traía instrumentos puramente agresivos: *chirola* (1) y tamboril.

Los músicos, con gesto arrogante, tiraron al suelo los *chartés*. Sobre éstos pusieron un banco. Garchot tomó asiento, apoyó el arpa sobre sus rodillas e hizo una seña a Mikelot, que permanecía de pie. Sonaron golpes rápidos de tamboril, y la *chirola* ejecutó un aire muy vivo, que terminó con largo calderón y acompañamiento de sordo golpeo en el parche. En seguida rompió el diálogo lírico, solemnemente sostenido por los arpegios del arpa. La *chirola* se dejaba oír en los intervalos de las estrofas y en algunos episodios de movimiento acelerado; el tamboril marcaba de continuo, con golpes secos, el ritmo extraordinariamente variable de la melodía, construída en el modo dórico, dentro del ámbito de una tercia que en ciertos momentos patéticos y dramáticos se dilataba hasta la séptima, rompiendo dichosamente la grave y casi religiosa monotonía de la principal melopea.

I

«Un grito resuena—en medio de los montes bascos.—El *echeko-jaun* (2), delante de su casa, escucha y pregunta:—«¿Quién anda ahí, qué me quie-

(1) Silbo, basca-tibia.

(2) Señor, dueño, amo de casa.

ren?»—El perro, dormido a los pies de su amo,— se levanta, y con sus ladridos atruena los contornos de Astobizkar.

II

Al collado de Ibañeta sube un rumor.—Se acerca, se hincha, serpenteando entre las rocas.—Rumor de ejército, venido de lejos.—Los baskos tocan las bocinas en las cumbres montañosas.—El *echeko-jaur* aguza sus dardos.

III

¡Ya llegan, ya llegan! Es un bosque de lanzas— Con multicolores banderolas en medio.—Saltan rayos de las armas.—«¿Cuántos son, muchacho? ¡Cuéntalos bien!»—«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce,—Trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.—Y veinte, y miles todavía.—Perderíamos el tiempo contándolos.»

IV

«Juntemos nuestros brazos vigorosos; arranquemos de cuajo estas rocas,—Lancémoslas, monte abajo,—Sobre las cabezas de ellos;—Aplastémoslos, hiriéndolos de muerte.»



V

«¿Qué buscan en nuestras montañas esos hombres del Norte?»—Ruedan las rocas y aplastan a los invasores,—Corren torrentes de sangre, troncos y miembros palpitan.—¡Cuánto hueso roto, qué mar de sangre!

VI

«¡Huid, huid los que aun tenéis caballos!—Huye, rey Carlomagno, con tu pluma negra y tu pluma encarnada!—¡Tu amado sobrino, el valiente Errolán, yace muerto en el valle!—¡Euskaldunas!, bajemos rápidos desde estas rocas a perseguir con nuestros dardos a los fugitivos.»

VII

¡Huyeron! ¿Dónde está la selva de lanzas, dónde las multicolores banderolas?—Las nubes de sangre apagan los rayos de las armas.—«¿Cuántos son, muchacho? Cuéntalos bien.»—«Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece,—Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.»

VIII

Uno. ¡Ni uno! Todo se acabó.—*Echeco-jaun*, vuélvete a tu cabaña con el perro;—Abraza a tu esposa y a tus hijos;—Limpia las flechas y guárdalas

en el cuerno;—Echate a dormir sobre ellas.—De noche, las águilas vendrán a picotear esos miembros y troncos pisoteados;—Sus huesos blanquearán eternamente en el valle.»

Callaron las dos voces, calló el arpa; pero Mikelet prosiguió sacando agrios silbidos de su instrumento, que expresaban grande alegría. La garganta de Garchot onduló un atronador *irrintzi* (1); los pastores se levantaron de su asiento, y cruzando los cayados repetidas veces, marcaron con el ruido de los palos el ritmo bailable de la tonada, y al mismo tiempo respondían al *irrintzi* de Garchot con otros no menos estentóreos; las mozas alduidesas, con palmadas y gritos, engrosaban el bullicio; los mastines, erizados, ladraban.

Los peregrinos, alterados por la traducción de las estrofas que los trujamanes les habían ido haciendo mientras los *koblaris* las cantaban, y ahora por los nunca oídos *irrintzis*, se arremolinaban en torno de la mesa, preguntando:

—¿Quiénes son esos euskaldunas que se dicen vencedores de Carlomagno?

Y como el abad de Orreaga y los pastores les respondiesen que eran los antepasados de ellos, los peregrinos les gritaban desabridamente, discurrendo lógicamente sobre principios falsos:

—¡Sarracenos, sarracenos!, quitaos de ahí, que nos impurificáis con vuestro hedor mahometano.

(1) Literalmente, relincho; además, grito de júbilo.

El poema basko contradecía de un modo imprevisto a la imagen, ya cristalizada, de Carlos peregrino de Santiago, de Carlos paladín de la cristianidad, de Carlos debelador de la morisma de España, traidoramente acometido en las gargantas pirenaicas por los moros agraviados. De estas premisas deducían la errónea consecuencia: los baskos eran sarracenos.

Descollaba, sobre todas, la apelación iracunda de los romeros alemanes, gente todavía bárbara y que fácilmente se descomedia después de beber vino. La pregunta del *echeco-jaun*, eco de las luchas titánicas de los baskos contra las Alemanias española y francesa, «¿Qué buscan en nuestras montañas esos hombres del Norte?», les sonaba a ultraje, y pretendían tomar venganza.

El abad Begón, puesto de pie, levantó en alto el crucifijo que llevaba sobre el pecho. Nadie resistió al suave requerimiento. De la torre abacial cayeron las campanadas de la queda. El abad de Orreaga entonó la *Salve Regina*, que de rodillas corearon los peregrinos. Luego, silenciosamente, se retiraron a buscarse las camas de hierba seca, en las cuerdas comunes de las hospederías.

El abad Begón, sonriéndose sarcásticamente, había observado los recientes episodios de la velada. Al salir de la cocina se acercó a fray Turolde.

—¿Qué os pareció la canción bárbara?

—Fruto silvestre, señor, pero extraordinariamente sabroso. Supongo que la historia esa es falsa...

—Falsa o verídica, hoy es la última noche que

la habrán cantado en esta casa. Sírvase anotar mi propósito la gloriosa Virgen Santa Fe.

IV

Amaneció en el cielo limpio el día, apaciblemente oreado por el viento sur. A las nueve de la mañana terminó la misa de los peregrinos, y éstos, en grupos más o menos compactos de amigos y compatriotas, emprendieron la marcha hacia Iruña. El abad Martín, con cruz alzada, los acompañó hasta la cruz del bosque, donde rezaron tres avemarías. En seguida el abad de Orreaga y sus acólitos regresaron al lugar.

La nieve, deslumbrante de blanca, chisporroteaba al sol; bandas de cuervos revoloteaban sobre ella, en busca de carroña. Poco tiempo permanecieron solitarias la plazoleta de Etzandegi y las hospederías. Nuevos peregrinos, de ida y de retorno, entraban a calentarse y tomar alimento. Por las veredas de las montañas subían cuadrillas alegres de aldeanos y aldeanas a celebrar la insigne fiesta de la Inmaculada Concepción de María, postrándose delante de Nuestra Señora de Orreaga. Las campanas de Ibañeta y de la villa, echadas a vuelo, anunciaban la solemne misa mayor (1).

(1) El más antiguo testimonio sobre la festividad de la Concepción en España pertenece al monasterio de Hirache, y con él se demuestra que, por lo menos desde el siglo XI, se celebraba en Navarra. El documento lo publicaron los Bolandistas, y de él habló el R. P. Fr. Toribio Minguella de la Merced en el Congreso Católico de Zaragoza, octubre de 1890.

A las nueve y media, poco más o menos, desembocó del camino de Iruña a la llanura una tropa de gentes a caballo, formada por el conde de Erro, D. Sancho y el merino de Sangüesa, D. Yenegro Martiniz de Aibar, que, en medio de ellos, llevaba a D. Poncio, obispo de Barbastro; los seguían el notario de Larrasoaña, dos capellanes, varios mesnaderos y acémilas de carga. Los recibieron con grandes muestras de respeto, debidamente correspondidas. El conde besó la mano a los abades de Ibañeta, Orreaga y Conques, y a los frailes y clérigos. Sorprendió, a los que conocían la índole altiva de D. Sancho, tan excesivo rendimiento. No podían imaginarse que el conde buscaba la manera de besársela al infante desterrado, ya que en público no le podía dar otras mejores muestras de reverencia y amor filial. Cuando padre e hijo se miraron, tembló el cuerpo del viejo y los ojos del arrogante caballero se empañaron de lágrimas.

Peregrinos y aldeanos entraban a empellones en la iglesia de Etzandegi, pues el edificio, de estilo carlovingio, era pequeño y se colmaba pronto. La mayoría de los fieles quedó fuera, delante de la puerta, que no cerraron por que siguiesen con la vista las ceremonias. Los mesnaderos abrieron calle hasta el altar mayor, donde en el lado del Evangelio tomó asiento, debajo de dosel, el conde don Sancho, y en escabeles, el merino de Sangüesa y Pero Garceyz, notario de Larrasoaña.

El obispo de Barbastro celebró la misa y se sentó a la derecha del conde. El abad Begón, seguido

de sus monjes, compareció delante de ellos y se mantuvieron de pie. El notario desenrolló un pergamino, y con voz clara leyó la donación que Sancho, conde de Erro, por la redención y salvación de su alma, de las de su padre, madre, esposa y parientes, hacía a Dios y a Santa Fe, gloriosa Virgen de Conques, de la iglesia y limosnario de Roncesvalles, horno, molino y demás heredades que poseía en Murillo y Waldo, viñas de Janáriz y dos cubillos de vacas, para el servicio de los monjes y de los pobres. Asimismo donaba después de sus días, íntegramente, a Dios y a Santa Fe, toda la villa de Roncesvalles con sus términos y adyacentes. El texto latino de la carta le vertió el notario al baskuenze, explicando de paso la traducción de Orreaga por Roncesvalles, que nunca se había usado.

Preguntó el notario al abad de Conques si aceptaba la donación. Contestada afirmativamente la pregunta, el obispo y D. Sancho signaron el instrumento. Al repique jubiloso de las campanas en la torre, replicaron el *Tedéum*, entonado por los abades de Ibañeta y Orreaga, y los vítores del pueblo fuera de la iglesia. Don Sancho se apeó del sitial, y cogiendo de la mano al abad Begón, le hizo tomar asiento debajo del dosel. El rostro del monje expresó, momentáneamente, afectos de orgullo y dominación; pero apenas la familia de Etxandegi, capellanes, enfermeros, pastores, guías, dueñas y mozas comenzó a besarle la mano, recobró el aspecto habitual.

Los pastores y guías, al retirarse, platicaban sobre la sorprendente mudanza. Estimaban unos que el señorío de la Iglesia es más suave y eficazmente protector; contradecían otros, prefiriendo el de los magnates, y unos y otros aducían casos y cosas sucedidas; pero todos concordaban en alabar a don Sancho y dolerse de su acto. Garchot callaba, e iba muy cabizbajo; los compañeros querían conocer su opinión.

—A mí me gusta servir al amo que sea hombre particular, de carne y hueso como nosotros. Se le toma ley y nos la toma. Pero si el amo es hombre compuesto de varios hombres, llámese monasterio u concejo, no hay manera de que el amo nos mire sino como a cosa más o menos servidora. ¡Dios nos libre de amo que conserva el mismo nombre, aunque sus personas cambien! No sé si me entendéis, ni tampoco si logro explicarme... Don Sancho se lleva consigo toda mi voluntad. Estoy temeroso, no sé de qué ni por qué; tengo sobre el pecho un montón de piedras que le oprimen. ¡Se me figura que no partiremos el pan del mismo zurrón durante mucho tiempo esos frailes y yo!

V

La cocina de Etzandegi estaba repleta de gente: aldeanos de la tierra y peregrinos extranjeros se daban de apretones por disponer sus ranchos. El abad de Conques, con ánimo de festejar su instauración, ordenó que repartiesen gratuitamente ra-

ciones de pan y vino a todos. Esta largueza aumentó el natural regocijo reinante y el caudal de la simpatía que la sola novedad provocaba con los nuevos señores. Así, cuando el abad Begón, después de la comida, se presentó a saludar a sus huéspedes, éstos le aclamaron.

Antes de atravesar el puerto los peregrinos y de volverse a sus villetas y *baserris* los aldeanos, acostumbraban recrearse oyendo algunos cantares, según la afición de aquellos tiempos. La costumbre de la casa era que la solemne festividad de la Purísima, en que los nabarros tomaron la delantera a las naciones, fuese festejada por el canto de Astobizkar y la *mutill-dantza* (1), después de idos los extranjeros. Los baskos se avenían con escuchar sin tedio canciones en idiomas incomprensibles, por saborear después la suya preferida.

Romeros y peregrinos, sentados sobre el suelo, aguardaban a que los juglares entonasen algún cantar de gesta, o alguna fábula cómica o satírica. Grande fué su sorpresa cuando vieron que uno de los frailes nuevos recibía de manos del fámulo una arpa grande y comenzaba a tocar y a cantar, a estilo de los troveros del Norte, después de decir las siguientes palabras:

—Hermanos: vais a oír la muerte de Roland, que yo, fray Turolfo, he compuesto en honor de los peregrinos de Santiago, cuyas plantas pisan los lugares donde murió el paladín.

(1) Danza de mozos.

La juventud de Turóldo, el fuego de sus miradas, la armoniosa proporción de sus facciones, se enseñorearon del ánimo de los oyentes y los predispusieron al aplauso, que hubiera sido unánime de no restar deleite la voz áspera y marchita del poeta.

I

«Altos los montes, tenebrosos los valles,—Negras las rocas, espantable el desfiladero.—Durante ese día pasan los francos, muy doloridos.—En quince leguas se oye el rumor.—Después, cuando llegaron a la Tierra Grande,—Vieron la Gascuña, país de su señor.—Por tanto, se acordaron de los feudos y honores.—Y de las novias y de las esposas gentiles;—No hay quien de dolor no llora;—Más que todos, Carlos se acongoja.—En los puertos de España dejó a su sobrino.—Siente compasión, y aun sin quererlo, llora.

II

Los Doce Pares quedaron en España.—Veinte mil francos los acompañan.—No tienen miedo ni inquietud de ser muertos.—El emperador vuelve a Francia.—Llora con sus ojos, se mesa las canas de la barba.—Envuelto en su manto, da muestras de firmeza.

III

Roland lleva el olifante a los labios.—Le emboca y sopla con fuerza.—Altos son los montes, pero la

voz llega lejos.—Treinta leguas largas le oyeron resonar.—Carlos le oye, y todos sus compañeros.—Dice el rey: «¡Nuestros hombres pelean!»—El traidor Ganelón le responde: «Decir otra cosa, sería mentir.»

IV

El conde Roland, quejándose, y con trabajo—Y mucho dolor, toca el olifante.—Por entre los labios brota la sangre clara.—De su cerebro se rompen las sienas.—La resonancia del cuerno que toca es muy grande.—Carlos, que va pasando los puertos, la oye.—No le suena bien; la escuchan los francos.—Por tanto, dice el rey: «Oigo el cuerno de Roland.—No le tocaría si no combatiese.»

V

El conde Roland tiene la boca ensangrentada, rota la sien.—Toca el cuerno, endolorido y quejoso.—Carlos le oye, los francos le escuchan.—Dice el rey: «Largo aliento el de ese cuerno.»—Responde el duque Naime: «¡Roland padece!—A fe mía, ¡hay batalla!—Alguien que procura engañaros le hizo traición.—¡Aparejaos; clamad la insignia y acorred a vuestra noble casa!—Demasiado escucho el lamento de Roland.»

VI

El emperador manda que toquen las bocinas.—Bajan los francos, se visten el cuerpo—De lorigas,

de yelmos y espadas guarnecidas de oro.—Tienen hermosos escudos, chuzos recios y duros,—Y estandartes blancos, bermejos y azules.—Montan los barones todos;—Espolean, y mientras pasan los puertos—No hay uno que al otro no diga:—«Si tomamos con Roland antes que muera,—A su lado daremos tajantes mandobles.»—Pero, ¿qué logran? Van demasiado tarde.

VII

Roland ve la inminencia de la muerte.—De las orejas le salen los sesos.—Pide a Dios por sus Padres, a quienes llama.—Y por sí mismo, al ángel Gabriel.—Toma el olifante—Y Durandal, su espada, en la otra mano.—En dirección de España va a un campo,—Sube a un cerro debajo de los árboles corpulentos.—Sobre la hierba verde, Roland cae boca arriba.—Allá desfallece; está en trance de morir.—Altos son los montes y muy altos los árboles.—Un sarraceno le espía,—Fingiéndose muerto entre los demás.—De pronto se pone de pie y corre.—Toma el cuerpo de Roland y sus armas,—Y exclama: «Vencido está el sobrino de Carlos.—Llevaré esta espada a mi tierra mahometana.»

VIII

El paladín Roland—Yace a la sombra de un pino:—Hacia España vuelve el rostro.—Se acuerda de muchas cosas;—De tantas tierras como conquis-

tó;—De dulce Francia, de los hombres de su linaje,—De Carlomagno, su señor, que le dió el pan,—Y de los francos, que le eran leales.—Vuelve el rostro hacia la gente pagana—Porque quiere que, en verdad,—Diga Carlomagno, y con él a una, toda su tropa:—«El valiente conde murió como conquistador.»—Confiesa sus culpas, minuciosa y repetidamente.—Ofrece el guante a Dios por sus pecados.—Y los ángeles de Dios le reciben en seguida.»

Mientras fray Turolde estuvo cantando, los peregrinos mostraron de diferentes maneras su contentamiento, deleite y alborozo. La narración del poema, mil veces la habían oído en sus tierras, exornada de episodios y pormenores infinitos que no le alteraban la substancia. Pero el cantar novísimo, a todos los precedentes superaba por sus versos elegantes, viveza pictórica, intensidad dramática y sobriedad narrativa, entreverados con algunas concisas expresiones que en sí resumían los nacientes sentimientos del patriotismo nacional, el cual no por francés desasosegaba a los germanos, todavía capaces de estimar como suyas las cosas de los francos.

Mientras, los romeros euskaldunas aguardaban que les tocase el turno. Algunos de ellos se burlaban de la voz del fraile, comparándola a la de Mikelot; otros, por medio de los trujamanes, seguían el hilo del relato, sin alborotarse contra la patraña de los sarracenos vencedores, herederos legítimos, en la flojedad, de quienes efectivamente llevaron al cabo la hazaña y no la escribieron.

Los peregrinos, después de aplaudir mucho a fray Turolde, salieron de la cocina a reanudar su viaje al Norte. Los euskaldunas, deshecho el embarazo de las gentes de extraña tierra y extraño lenguaje, comenzaron a pedir, según tenían de costumbre: «¡Garchot, Garchot! ¡Nuestro *koblari*!» Los pastores, formados en dos filas, aguardaban el toque de la *chirola* para bailar la *mutill-dantza*, preludio tradicional del «Canto de Astobizkar».

Garchot no parecía. Preguntaban por él, y nadie daba razón. Los pastores referían que con ellos había vuelto de misa y comido; que un fraile le llamó de parte del abad, y se despidió «hasta luego». Entró una moza alduidesa con un gran fajo de leña, y les dió algunas nuevas.

—Le he topado en el camino de Auritz (1); iba con el merino de Sangüesa y sus mesnaderos.

Maravilló la noticia y cavilaron mucho sobre ella. Mas como Garchot era guía y muy sabedor de los parajes, imaginaron la razón de la ausencia; se aquietaron pronto, y antes de que la noche cerrase, se dispersaron, vereditas arriba, vereditas abajo, los romeros euskaldunas, hacia los *baserris* y aldeas.

VI

La leñadora alduidesa dijo verdad: Garchot, el merino y su familia cabalgaban por el camino de Auritz, pero pronto torcieron a la izquierda y tó-

(1) Buzguete en baskuenze.

maron el de Orbara. Iba Garchot de amohinado talante, a caballo sobre una acémila. Le rajaba los oídos el acento imperativo del abad nuevo, cuando ordenó al trujamán, que le dijo:

—Servicio de la Iglesia. Vaya con el merino, y obedézcale en todo por el bien de la Iglesia.

La cosa, a pesar de la solemne invocación, no valdría un tamboril viejo. Cuentos de banidos en las sierras limítrofes, y miedo frailuno; ipero si los banidos, por desalmados que fuesen, jamás molestaban a los peregrinos, y mucho menos a Santa María de Orreaga, de la que eran devotos! Esos frailes nuevos, en mal hora traídos por D. Sancho, ¿qué sabían de tales cosas? Sabían, en cambio, lo que debieran ignorar: que él, Garchot, era guía expertísimo, y por esta razón le echaban a en medio de los montes, en día tan señalado para llenarse la escarcela de sueldos, cantando el *Astobizkar* y otras canciones. Estos pensamientos escarabajaban el magín de Garchot.

El camino iba para largo, sin duda; faldeaban el Areta y se divisaban los riscos de Abodi.

Garchot, derramándose en impaciencia, se resolvió a preguntar:

—Seor merino: ¿adónde y por qué vamos, si no pecan las preguntas?

Yenego Martiniz de Aibar volvió medio cuerpo sobre la silla y dijo:

—Acércate, Garchot amigo. Me había jurado a mí mismo no hablarte del caso mientras tú, el interesado, no preguntases.

—¿Yo interesado? No lo entiendo. Mi interés déjelo en Orreaga. Pero ¿adónde y por qué vamos?

El merino se riyó estrepitosamente.

—Por el bien de la Iglesia, y a Itzaltzu.

—¿A mi pueblo?

—A tu pueblo.

—Pero si en mi pueblo ningún quehacer me espera.

—Eso tú lo verás.

—Yo sirvo a la abadía de Orreaga: soy su colazo.

—Ya no lo eres. La abadía te declara hombre franco.

—¡Dios la colme de beneficios!

—Aquí está la carta de libertad y una bolsa de dinero para que compres vacas u ovejas, o lo que mejor te cuadre.

El merino presentó carta y bolsa a Garchot, que frotaba sus ojos como quien se despierta.

—¡Bendito Dios y sus frailes!—gritaba palmo-teando—. ¡Benditos, benditos!

—Ponen una condición: no has de pisar Orreaga en tu vida.

Garchot, a quien turbó un poquito el anuncio de la condición, se tambaleó de risa.

—¿Piensan que soy tonto? ¿Volver allí? ¿Para qué? No es que me traiga malos recuerdos. Yo guardaba un *busto* de vacas de la abadía en los montes saraitzuanos; voló mi fama de *koblari*, y me llevó allá el infante D. Ramón, para solaz de los romeros baskos y guía de los otros. Pero la libertad es

mejor. Una reconvención me ocurre, seor merino; bien podíais haberme comunicado la noticia antes de salir; ahora me obligáis a desandar los pasos.

—Te está prohibido entrar en Orreaga.

—¡Santa María me valga! Voy a recoger a mi hijo, a mi gentil Mikelot.

—Tu hijo permanecerá en la abadía.

—¿Cómo? Soy franco; mi hijo también.

—No te lo disputo; pero la abadía es poderosa, y tú, un mísero pastor. Dicen que la de Mikelot es voz de ángel. Quieren que aprenda a cantar las canciones de ellos y las de la Iglesia. Le darán buena vida. Acaso llegue a ser fraile, ¡y aun abad! Resígnate, Garchot; no des coces contra los clavos.

—Sí, sí; le darán buena vida; pero él prefiere la pobreza conmigo, que soy su padre, y en mí adora; con su padre, que le enseñó las canciones de la tierra, más viejas y más nuestras que los árboles del Irati. No nació el ruseñor para repetir los graznidos de los cuervos.

Garchot levantaba las manos al cielo y corrían lágrimas por sus carrillos atezados.

El merino le contempló unos instantes, con lástima; pero la dura condición de su oficio se sobrepuso.

—Sobran los gimoteos, Garchot. Lágrimas no quebrantan peñas; ¡si fuesen libras de sanchetes! Me rogaron que te acompañase hasta Itzaltzu; pero me importa llegar pronto a Val de Arze. De aquí arranca el camino breve. ¿Me prometes proseguir el tuyo sin retroceder? Hoy es imposible que lle-

gues al pueblo. Las veredas cubiertas de nieve, la noche cercana...

Garchot titubeó. Sus propósitos y proyectos reñían entre sí. Dijo al cabo:

—Os prometo, seor merino, estar mañana en Itzaltzu; después... Dios dirá.

—Bueno; el «después» es cosa tuya. Resígnate; ¡adiós!

El merino y su familia tomaron la vereda de la derecha. Garchot tendió la vista por el campo desierto, y como descubriese las luces trémulas de las Abaurreas, sobre la nieve blanca y entre los árboles negros, a ellas encaminó sus pasos afligidos.

VII

Al *almirat* (1) de Sarasaitzu en Ochagavía se presentó Garchot para que certificase el cumplimiento de su palabra al merino; saludó a sus parientes y amigos de Itzaltzu, y les manifestó su propósito de morar en la sierra, dedicado al pastoreo, oficio de su juventud.

Eligió solar en el término de Elkorreta, diminuto y empinado vallecillo, circundado de peñas que formaban dos angostos portillos de entrada y salida. En el centro levantó la borda, y junto a las peñas, de modo que éstas sirviesen de pared trasera,

(1) Llamado también *almirante*. Era un funcionario que ejercía atribuciones análogas a las de un alcalde y bayle sobre una comarca más o menos extensa.

los cubillos del ganado, defendidos, con zanjás y cepos, de zorros y lobos. Las faldas de la montaña, cubiertas de hierba fina y tupidos helechales, daban pasto invernizo y veraniego. Allí, envuelto por las nieblas, convecino de las águilas y de los buitres, en compañía de dos alanos negros, moraba Garchot. Los días de fiesta bajaba a oír misa; le convidaban, y él pagaba la comida con canciones. Al anoecer se volvía a la borda, que en chanza denominaban *echarri* los del pueblo.

Efectivamente, un castillo natural era la habitación que para sí mismo había dispuesto el *koblari*. Un par de hombres encaramados a los riscos, con sólo empujar peñascos, cerrarían los portillos a muchos y los despachurrarían. No otra cualquiera menos eficaz defensa pensaba poner en ejecución para impedir que a Mikelot le separasen de su lado, después que le recuperase.

Juntarse a su hijo era pensamiento que no se le borraba de la mente, y deseo que no se le apagaba en el corazón. La ausencia, cuanto más duraba, con mayor ímpetu aventaba la hoguera. Puesto fin a todos sus apercebimientos de casa y vida, volvió los ojos a su blanco, y trazó dibujos para reconquistar a Mikelot. Dentro de Etzandegi habría quien le ayudase: todos y cada uno de los pastores. Así fué. Convenido en ello con su hijo, éste, una noche, se descolgó desde la ventana a los brazos del padre.

¡Cuán aprensadamente se abrazaron! ¡Cuánto se apretaron las manos! ¡Cuánto sus lágrimas se mez-

claron! ¡Efusión de afectos silenciosos de amor, por miedo a que alguien les oyese! Garchot, con asombro, palpaba los hábitos talares de su hijo. Después preguntaría; ahora tocaban a huir por lo más intrincado de los bosques... Las ramas les arañan la cara; las espinas les punzan las piernas; ululan los buhos en los huecos de los árboles, desde donde los miran pasar con sus ojos amarillos; huyen sobresaltadas las ardillas, brincando de árbol en árbol. De repente, Garchot se planta; su oído agudo de montañés percibe veloz trote de alimaña, respiración jadeante, balbuciosos latidos, rastreo entre malezas. Enarbola el chuzo; se sitúa delante de Mikelot. «Nos perdimos—piensa—; son los perros de la abadía.» Antes de que acabe de apercebirse a la defensa, un cuerpo, húmedo de sudor y barro, salta sobre él y le echa las patas a los hombros. El choque casi le tira al suelo; una lengua espumajosa le lame la cara.

—¡Ah, eres tú, *Ochaburu*, leal amigo!

El mastín, al comprender que le conocen, ladra, loco de alegría.

Los tres juntos reanudaron el viaje, porque a *Ochaburu* no hay modo de obligarle a desandar sus pasos. Sigue, correteando al retortero, el camino de Elkorreta.

Cuando el Sol, con su primer beso de fuego, hizo que se ruborizase la nieve púdica de Ori, los caminantes se detuvieron. Garchot entonces aplacó su ansia por contemplar a la luz clara el rostro de Mikelot.

—¿Qué traje llevas, hijo mío? ¿Eres fraile acaso?

—No, aun no; pero con muchos halagos y requerimientos procuran inclinarme a ello. Visto el hábito de novicio, y el mes venidero, si allí estuviera yo... ¿Pero no volveré, padre?

—¡No, hijo! ¡Enjuga tus lágrimas! Viviremos juntos en el monte, pastoreando ovejas y vacas.

—¿Ovejas? Mi sueño, padre—palmoteó el muchacho.

—¿Para qué te quieren?

—Para cantar las nuevas canciones, las de otras tierras y otro lenguaje. Dicen muchísimas cosas buenas de mi voz; que no hay otra igual dicen; sobre todos descuella fray Turolde... ¿Sabe, padre? El abad forastero se marchó; D. Martín no es abad de Orreaga como antes, es abad de monjes; tomó el hábito de ellos. Dice que no se ha de cantar en baskuenze, sino en el idioma de los peregrinos.

—¿Eso D. Martín? ¡Sangre bendita de Cristo, habla como un traidor! ¡Y la patria?

—Dice que el bien de la Religión, o lo que los hombres de juicio recto piensen que es el bien de la Religión, aparta a lo demás. Carlomagno es santo, o poco menos; guerreó siempre contra los paganos; sacó a los pamploneses de entre las garras de los moros. Decir que guerreó contra los euskaldunas cristianos por ambición, como decimos nosotros, es vilipendiarle. Cuando por obediencia cantaba yo la «Canción de Roldán», pensando en vos, lloraba. ¡Ojalá se me hubiese secado la voz en la garganta! ¡Ojalá hubiese sonado como el aullido del

lobo, como el silbido de las culebras, como el graznido de los cuervos!

Garchot abrazó a su hijo, y volviéndose hacia los radiantes Pirineos crestados, gritó:

—¡Montes de mi patria: os juro que la voz de mi hijo sólo cantará vuestras canciones!

VIII

Garchot durante los primeros días y las primeras semanas no tuvo sosiego. Subía varias veces a los peñascales de Elkorreta, y desde allí escudriñaba con vista de milano los caminos, sendas y veredas del valle. Temía que «los de Orreaga» le quitasen el hijo, ora con mandatos que traerían, ora sin otra razón que la fuerza. Por este recelo, cualquier gavilla de gente, sobre todo si lucían armas, le incitaba a extremar su cautela. El temía principalmente a los domingos y fiestas; padre e hijo oían misa, pero mudando de iglesias y entrando indistintamente en las de todas las aldeas comarcanas, por lejos que cayesen. De noche le daba fianzas la vigilante guarda de los perros, conocidos ya en el contorno por su fiera lealtad. Mikelot pastoreaba las ovejas y le ponían en salvo las fragosidades de Abodi de todo asalto forastero. Le acompañaba siempre *Ochaburu*, que habría llegado al punto de dejarse despedazar por defenderle. Los vecinos de Itzaltzu, orgullosos de su *koblari*, eran otros tantos celadores voluntarios del peligro. Corrían las semanas, corrían los meses, y ningún intento hostil se

producía. Garchot poco a poco fué dejando de temer: supuso que «los de Orreaga» habían renunciado a su protensiones, menos vivas, sin duda, de lo que él imaginó; a sí mismo acusóse de caviloso temerario. El abad Martín, hombre recto, que desde muchos años atrás le estimaba, ¿cómo había de incurrir en la crueldad de romper los vínculos sacrosantos de la familia?

Con estas risueñas imaginaciones, más que nunca encendidas, entró a oír misa Garchot, acompañado de su hijo, en la iglesia de Itzaltzu, el domingo primero de octubre. *Ochaburu*, según costumbre, se quedó en la puerta. Al alzar se le figuró a Garchot oír ruido de herraduras en la plaza. Como el humo de gigantesca hoguera obscurece el cielo, todos los temores de antaño le ennegrecieron la mente. Dos o tres relinchos disiparon el deseo de haber oído mal. Después percibió tintineos acera-dos y rumor lugareño. Los fieles se miraban unos a otros, desazonados. Ya no pudo rezar; el mazo del miedo le golpeaba el corazón.

Concluída la misa, vió que en la plaza estaba el merino D. Yenegro Martiniz de Aibar, rodeado de su *ost*; a su derecha, un monje de Orreaga, y detrás, un hermano lego teniendo del ronzal un mulo. Las viejas asomaban las cabezas por las ventanas.

El merino divisó en seguida a Garchot, y le gritó imperativamente:

—¡Hola, sobre vos vengo! Acercaos con el rapaz, y escuchad lo que este hombre de orden ha de decir.

Garchot, trezándosele las piernas de miedo, se aproximó; Mikelot, siguiéndole, lloraba.

El monje desdobló un pergamino y leyó la carta del abad D. Martín de Roncesvalles, requiriendo a Garchot de Itzaltzu que pusiese a su hijo Mikelot, collazo del monasterio y ofrecido al servicio de Santa María, en manos del requirente, y por su procuración, en las de fray Ambrosio del Espinalto (1), y asimismo devolviese el perro mastín, cuyo nombre es *Ochaburu*, robado por el susodicho Garchot, debajo de la pena de cinco libras, seis sueldos y diez y ocho dineros.

Garchot miró al suelo, anonadado; sollozando, dijo:

—Mikelot es libre como yo.

—Eso lo pleitearéis en la Cort, según os lo advertí a su tiempo. Venga el rapaz, y móntenle sobre el mulo. Yo me lo llevo, a buenas o a malas.

Dos mesnaderos del merino se dispusieron a cumplir la orden; Mikelot se abrazó llorando a las piernas de Garchot.

—¡Padre, padre!—gritaba con voz límpida como la nieve virgen.

Ochaburu, en parada, gruñía, recogiendo los labios sobre los colmillos.

Fray Ambrosio, bonachonamente, se apeó de su mulo y se llegó a Mikelot. Le acarició la cabeza y le atusó el cabello encrespado:

—Hijo, no te vamos a desollar; serénate. Sobra

(1) Espinal; *auritzperri* en baskuenza.

el berrinche. Cuida de no rajarte esa voz que ha de volver a embelesarnos en los cantares de iglesia y de gesta. Acuérdate del mucho bien que te hacíamos en Etzandegi. Eres la pupila de nuestros ojos.

Al muchacho, como suele en los de su edad, el trato cariñoso le sirvió de levadura que agría la pena. Pataleó, berreó y pegó codazos y puntapiés al monje, por que le soltase. Fray Ambrosio, encojiéndose de hombros, hizo una seña a los mesnaderos y les dejó el campo libre. Percibióla Garchot, y mientras los mesnaderos se apeaban, tomó del suelo una pella de barro, apretó la garganta de Mikelot, y en la boca del chico, desmesuradamente abierta, metió la pella y tapióselo con la mano.

—¡Ah, fray Martín—clamó estentóreamente—, cómo nos matas! ¡Que el demonio cante tus maitines!

Mikelot, asfixiado, cayó, como un montón de ropas sin cuerpo, a los pies de su padre. Sonó un grito de espanto. *Ochaburu* maulló lastimeramente y se arrimó al muchacho, por lamerle la cara. Garchot, clavadas las uñas en la cabeza, saltones los ojos y fijos en el muerto, brillantes de lágrimas los carrillos, se tambaleaba como beodo. De su pecho palpitante salían ayes cavernosos, grito de furia y lamento de padre en uno.

El merino, reportado de la sorpresa y del enfurecimiento que le causó el crimen, dió órdenes, y Garchot fué maniatado y atado a la cola del mulo sin carga.

—Den cristiana sepultura al hijo que ahí queda; el padre me pertenece.

Una tremenda amenaza relampagueó en su voz. La tropa tomó el camino de regreso. *Ochaburu* titubeó entre seguir o quedarse; por sus ojos se extendía la sombra de una inteligencia que no acaba de entender el caso. El platillo de la balanza cayó del lado donde yacía *Mikelot*, y a guisa de leal centinela, extendió *Ochaburu* su cuerpo junto al cadáver; pero mientras se mantuvo visible la comitiva no cesó de acompañarla con aullidos que aumentaban la consternación de la aldea.

IX

A la placeta de *Itzaltzu* le falta ya espacio para contener la muchedumbre que allá se junta, venida de los lugares del valle, porque la víspera se divulgó la noticia de que mañana se cumpliría la pena de muerte en hoguera, impuesta a *Garchot*.

La leña, apilada en torno del poste donde brillan la argolla y las cadenas de hierro, atestigua que la noticia era cierta. La gente disputa. Los pareceres están divididos: los forasteros, acaso envidiosos del renombre con que el *koblari* condecoraba a *Itzaltzu*, aprueban el suplicio; los moradores, compadecidos, atenúan la enormidad del delito, razón de la pena, y la vituperan de cruel, a la par que recuerdan las buenas prendas de *Garchot* y su natural arrebató cuando quisieron arrebatarle el hijo.

Réplicas y contrarréplicas enardecen los ánimos; las razones, a gritos expuestas, pronto hubieran tenido de su parte manos y chuzos si cierta destemplada bocina y escarceo de caballos no los persuadieran a dejar las disputas por mirar a los sucesos. Hubo remolinos, empujones, caídas, y la gente, ya por fuerza, ya de voluntad, hubo de abrir calle. Entraron el merino de Sangüesa, a quien acompañaba fray Ambrosio del Espinaletto y la *ost* o familia ordinaria de aquél; en medio de los mesnaderos, el hombre que tocaba la bocina agarraba la punta del dogal puesto al cuello de Garchot. Todos se asombraron de verle escuálido, encorvado, mustio el color de la cara, desmayados los ojos, el rostro comido por las barbas y cabellera, broncas y encanecidas. Vestía sayal negro y caminaba descalzo; a su derecha, un monje de Roncesvalles le exhortaba con un crucifijo, que el infeliz besaba fervorosamente. Cuando divisó la leña y la argolla, aquel rostro, que parecía carecer de sangre, fué capaz de palidecer más. El hombre de la bocina leyó muy despacio la sentencia, escrita en latín, y luego la repitió en baskuenze. Las campanas de la torre doblaron a muerto, y de la iglesia salieron el abad y los racioneros, con cruz alzada. El monje, junto al merino, daba señales de inquietud, de impaciencia y desasosiego; levantábase sobre los estribos, como para descubrir algo más allá de las cabezas apiñadas. Dos hombres trajeron un brasero, y cebo de ramas secas, virutas y paja. Después de un último beso al crucifijo, Garchot subió a la pila: todos ob-

servaron que sus piernas de esqueleto flaqueaban. El verdugo comenzó a ceñirle la argolla. El trotar brioso de un caballo resonó sobre la calzada de Ochagavía. Dos o tres personas, desconsideradamente atropelladas, dieron gritos de dolor y miedo. En la plaza pareció un mesnadero del merino de Pamplona, con un pergamino en la mano que entregó al de Sangüesa. El monje se santiguó y levantó los ojos al cielo, henchidos de gratitud. Don Yenegro Martiniz de Aibar leyó el pergamino, y gritó en seguida las siguientes palabras:

—El rey, por importunidad del obispo de Pamplona y del abad de Roncesvalles, remite de su pena temporal a Garchot de Itzaltzu.

Retumbó una aclamación estruendosa, y volaron por los aires capirotos y monteras. Hasta los que aprobaban poco antes el suplicio del fuego se rendían ahora al universal contento y ayudaban a desbaratar la pila y cortar el poste de la argolla.

Hizo señas fray Ambrosio de que iba a hablar. Adivinó la gente que diría cosas de substancia y paró las voces y aun todo movimiento, suspendiendo su atención íntegra de labios ajenos. Se aproximó a Garchot, que se había dejado caer sobre un montón de leña y ocultaba el rostro con las manos. Le llamó tres veces; a la tercera, como quien se despierta de un sueño letárgico, mostró el rostro, desfigurado por el estupor.

—Oyeme, Garchot, y procura entender mis palabras. El rey te ha perdonado la vida; pero no ha podido ni querido perdonarte las penas que el tri-

bunal eclesiástico, ante quien estás convicto y confeso del crimen de parricidio contra tu hijo Mikelot, collazo de Santa María de Orreaga, y de los delitos de burla sacrílega contra los oficios de la Iglesia, y de menosprecio y desacato contra la reverendísima persona del señor abad de dicha Santa María, te impuso, es a saber: diez años de penitencia pública, emparedado en una mazmorra construída en el lugar que tú elijas, donde te sustentarás de las limosnas que voluntariamente te echen por la ventana, y te ejercitarás en oraciones, actos de contrición y alabanza al misericordiosísimo Dios y loores a la Virgen María durante dichos diez años. Esta penitencia, naturalmente, no podía practicarse si te aplicaban la pena más grave del tribunal laico; hoy sí, después del perdón del rey. Para que se cumpla, declárame, delante de este concurso, cuál es el lugar donde quieres estar recluído.

Garchot hizo un ademán de indiferencia.

—Para tu atención en que te hablo de un requisito inexcusable y de mucha importancia. El tribunal, con benignidad suma, te ha otorgado ese beneficio, y aun privilegio, de la opción. Recapacítalo, madúralo.

El silencio, al de los sepulcros superaba. Encendiéronse los ojos de Garchot como dos tizones en el fondo de una cueva:

—¡Elkorreta!

Su voz, casi de moribundo, la oyeron los más distantes. La multitud prorrumpió en gritos de sorpresa y espanto.

—¡Infeliz! ¿Qué hablas? Eso es condenarte a morir de hambre. Elkorreta no es lugar pasajero. Nadie sube allá, sino algunos pocos pastores. En las ciudades y pueblos nunca faltan personas caritativas que favorecen a los emparedados. Concedo que al principio, por ser tú querido de los de tu pueblo, te mantengan con sus limosnas; pero se hastiarán de ello: el hombre es voluble y perezoso. Finjo que no te he oído. Señala otro lugar menos fiero, o perecerás de hambre y sed.

—¡Morir es mi anhelo, fray Ambrosio! Si la ley de Dios lo permitiese, me mataría. Confieso que la muerte en hoguera—¡Dios se lo premie al rey y a mis demás valedores!—me acobardaba. De cualquier modo, ¡bien venida! Dadme la voz del trueno, y gritaré sin descanso: ¡Elkorreta! ¡Elkorreta!

Fray Ambrosio le exhortó de nuevo, inútilmente, a que revocase una decisión tan cruel, desesperada y peligrosa. Convencido de la ineficacia de sus exhortaciones, administró el único remedio puesto debajo de su mano.

—Por demostrar la misericordia inagotable de la Iglesia—dijo—, hago uso de las facultades que para estos casos me ha concedido el tribunal, y en nombre de Nuestra Señora de Orreaga reduzco a cinco años la pena de reclusión y la penitencia pública impuesta a Garchot de Itzaltzu.

El pueblo, dejándose llevar de la corriente compasiva, repitió sus aplausos. El monje, cruzados los brazos sobre el pecho, fruncido el entrecejo, triste la mirada, dijo entre sí: «Veremos si ese palmoteo,

fácil de sonar, anuncia un bien cimentado propósito de socorrer a Garchot. Mas ¿qué varón prudente se confiará en la firmeza de la multitud, nube de polvo y hojas secas que el viento del capricho trae y lleva, levanta y derriba? ¡Cinco años! No los cuentan los hijos para olvidarse de sus padres.*

La plaza se fué vaciando. En medio de ella quedaron Garchot y los mesnaderos que le guardaban. Los monjes y el Merino entraron en la casa abacial, donde estaban convidados a comer.

X

El invierno del año 1110 fué extraordinariamente crudo en los montes de Navarra. Cerráronse durante varios meses los puertos. Sucediáanse el hielo a la nieve y la nieve al hielo, según ritmo que al parecer tomó la nota de perpetuo. Las poblaciones que traían sus mantenimientos de fuera padecieron hambre. En las montañas se quemaron cantidades enormes de leña, y pudieron los habitantes, dentro de las amplias cocinas, burlarse del frío; pero los ribereños, en sus llanuras sin árboles barridas por el norte, cortante como las más finas hojas de acero, se vieron reducidos a descepar preciosas viñas, so pena de morir helados.

A fines de marzo el tiempo abonanzó repentinamente. Soplaron los vientos desde cuadrantes menos inhumanos; templóse el aire con los rayos de la primavera; llegaron menudas lluvias en las sua-

ves alas del sur, y la nieve petrificada comenzó a derramarse en saltarines arroyos parleros, a la par que las veredas crujían debajo de las ya desacostumbradas plantas de los más precoces caminantes.

A pesar de la escabrosidad del camino, a trechos honda ciénaga, a trechos cristalina superficie de nieve, roído aquí por derrumbaderos, allí cortado por impetuosos torrentes, cierta mañana de las primeras de abril subían tres hombres hacia Elkorreta. Eran: el alcalde de Itzaltzu, Johan Lopeyz de Garrotze, y dos vecinos de la villa, Esteban Sánchez de Zamainburu y Berñat Miguéliz de Arpide. Subían por cumplir el encargo que del señor abad recibieran de llevar alimentos al recluso Garchot, acaso ya muerto de frío y hambre, según temor de todos.

Ágiles los tres montañeses, de mucho aguante al cansancio, criados a subir y bajar montes, nunca lo demostraron mejor que aquel día, venciendo los obstáculos que sobre los naturales del terreno el temporal de nieves había acumulado. Cuando tocaron los riscos de Elkorreta, con fango hasta las cejas y caladas de agua las ropas, sudaban como en las eras de agosto. Abrigáronse con las zamarras y tomaron aliento.

—De balde nos habremos cansado—dijo Zamainburu—; es imposible que el infeliz haya resistido a tan larga soledad; pronto se le habrán agotado las pocas provisiones.

—Ahora lo veremos—replicó el alcalde.

Entraron los tres por el portillo al estrecho y

corto valle. Donde se alzaron la borda y los cubillos veíase ahora un torreón redondo, de piedra, no más alto que el doble de una estatura ordinaria de hombre, y de hasta veinte pies de circunferencia interior. Comunicábase con lo exterior por una sola ventana cuadrada, que gruesos barrotos de hierro en forma de cruz cerraban. El torreón no tenía puerta.

Cuando los montañeses penetraron en el vallecito, alzó el vuelo una banda de cuervos, graznando furiosamente. Quedó descubierta la carroña de un perro, temblona aún de los picotazos recibidos. La cabeza, medio devorada, la conoció en seguida Arpide.

—¡Es *Ochaburu!*—exclamó—. ¡Pobre y noble animal!

El alcalde miró por la ventana a la celda. Llególe un vaho nauseabundo que la inmundicia, amontonada en un rincón, despedía. En el centro, sobre cama de paja y hierba, veíase un montón de dos o tres pieles de carnero que dibujaban confusamente el contorno de un cuerpo humano. Una tabla contenía el ajuar del recluso: escudilla, puchero y jarro, vacíos totalmente; a la pared frontera se apoyaba un banco movable que en aquella posición parecía peana de la cruz que hasta el techo habían trazado con pintura negra.

El alcalde se puso a dar gritos porque observó en las pellejas cierto movimiento ondeante.

—Respira todavía—dijo a sus compañeros—. ¡Garchot, Garchot! ¡Hola! Somos nosotros. Te trae-

mos comida y bebida. Bien ganado las habrás. Si no te has muerto, sin duda eres inmortal.

Oyéronse quejas y balbuceos, seguidos de un suspiro muy hondo. Por fin apareció entre los vellones la cara de Garchot, demacrada y reducida a nariz puntiaguda de cadáver y ojos mortecinos; la piel, pegada a los puros huesos, desaparecía debajo de los cabellos, cejas y barbas; así, el rostro tenía figura de hocico animalesco.

—Levántate, Garchot, acércate a la ventana. Te traemos pan, vino, berzas en aceite, carne; vamos a encender hoguera por que comas conducho. Antes de todo, un traguillo.

Garchot sentóse a duras penas. Estaba medio alhelado; habían de repetirle tres y cuatro veces las frases. Arpide le tendió el *makilla* para que a él se agarrase. Después de probatinas infructuosas logró ponerse de pie, y arrastrándolos, dar la media docena de paños entre el camastro y la ventana.

El alcalde le presentó una escudilla de vino. Tiróse a ella Garchot con el ansia de quien se ha visto privado durante largo tiempo de su bebida predilecta, y la apuró de un trago. Al devolver la escudilla dividió los restos del perro.

—¡*Ochaburu!*—gritó con voz ronca—. ¿Quién te ha muerto? Me le han matado. ¡Infames! Era mi amigo, mi único amigo, el centinela fiel de mi cárcel. Andaba por los montes y me traía pedazos de carne, arrancados a las alimañas muertas en el campo. Yo no los podía comer por crudas y por podridas. Compartí con él hasta mi último mendrugo

de pan. Casi vivíamos de aire. Cuando se convenció de que yo no me alimentaba de las carnes que él me traía, se resignó a morir. Tendióse al pie del torreón, clavado, sin moverse; me miraba con sus ojos tristes, tristes y leales, traspasándome el pecho de pena...; yo le arrojaba migas de pan... El pan se acabó un día... «Adiós, *Ochaburu*—dije—, yo también voy a morir. Adiós, amigo, hermano, hijo.» Me acosté con ánimo de no levantarme... Oía sus aullidos lastimeros y el volar de los cuervos que le acechaban..., y otros aullidos de dolor... Después, el regodeo de los cuervos en su festín... Estas noches últimas fueron horrendas...; los lobos metían el morro por entre los barrotes y olfateaban mi cuerpo, y querían arrancar el hierro con los colmillos hambrientos... ¡Han muerto a *Ochaburu*! ¡Infames! ¡Por qué no me han muerto a mí?

Garchot lloraba con la fácil abundancia del niño y la sombría desesperación del hombre. Los montañeses, después de calentar la olla, le instigaban a comer del conducho y le hacían preguntas acerca de cómo había podido mantenerse durante tanto tiempo.

—Pero Xemeneytz de Auria me trajo un día gran ración de pan, y me dijo: «Soy viejo y sabidor de los achaques del tiempo; ciérnese sobre nosotros descomunal nevada, y nadie, en tres o cuatro meses, pisará los montes; come y no desperdicies.» Gracias al viejo de Ibañeta me halláis con vida. ¿Gracias? ¿Por qué gracias? Mi afán de morir y de vivir son dos culebras enroscadas a mi corazón; al-

ternativamente me muerden...; ahora me gustaría morir. Cuando *Ochaburu* resucite, resucitaré yo.

Garchot coronó la insensatez de su frase con risa insensata. Los efectos de espanto, de remordimiento, de angustia, de tristeza y desesperación, que habían ya resquebrajado la cordura de su mente en la soledad de la celda, acabaron de desmoronarle con los efectos de la extenuación y del vino. A la primera carcajada siguió otra y otras, hasta que le faltó el aliento. Se le demudaba el semblante; tras de la exaltación venía el abatimiento mortal, según lo mostraba la palidez cadavérica de las mejillas. Los montañeses porfiaban por que comiese.

—¡Vas a morirte de hambre!—le avisaban.

Garchot escupía los bocados de alimento, sin poderlos pasar.

—El hambre no me matará, no... ¡Si estuviese en la mano de los hombres! Pero vienen los animales y me alimentan... los perros; ¡ah, mi *Ochaburu*!...; ahora las palomas... me traen granos de trigo. ¡Mirad cómo suben volando!... ¡Ya llegan! Una, dos, tres, cuatro, cinco, mil, dos mil...; ¡cuéntalas bien, muchacho!...; palomitas del arca, meted vuestro pico dentro de mi boca hambrienta..., palomas y palomas...

Garchot, sacando las manos fuera, señalaba los copos de niebla que de los valles subían a las cumbres. Flaqueáronle las piernas, y cayó redondo al suelo. Los montañeses, consternados, arrimaron las caras a la reja.

—Las palomas huyen—dijo Garchot en voz más

y más queda—. ¡Cuéntalas bien, muchacho! ¡Veinte, doce, siete, cinco, una, ni una!... Ahora los lobos olfatean la reja...; cómo relucen sus ojos feroces...
¡Ochaburu, Ochaburu!

Procuró gritar, y no pudo; las flemas le cerraron la garganta; desmayóse el corazón, y acabó la vida en las congojas del último espanto.

Casi al mismo tiempo entraban en el vallecito un monje de Roncesvalles y cuatro montañeses de comitiva. Uno de éstos traía sobre el hombro un pico.

El monje era fray Turolde. Se apeó con soltura del mulo.

—Rompe la pared; abre la brecha. Bastantes años estuvo encerrado el pobre. Traigo su perdón.

El alcalde, apartándose de la reja, contestó, después de saludar respetuosamente:

—Señor fraile, no llega en sazón el remedio: Garchot de Itzaltzu acaba de expirar.

—¡Dios le acoja clemente!—replicó fray Turolde inclinando la cabeza.

Experimentó suma pena, porque, sin proponérselo y de indirecto modo, había sido una de las causas que ocasionaron la desventura del *koblari*. Siempre abogó por él e impetró benignidad. El perdón mismo, los ruegos del fraile le alcanzaron.

Rezó un responso y bendijo la tierra.

—Descanse donde ha padecido.

Aportillaron el torreón y sacaron el cadáver y le dieron tierra conforme al mandato de fray Turolde, que le rezó el último responso.

De esta manera, Garchot de Itzaltzu fué ente-

rrado por Turolde, el preclaro vate de *La chanson de Roland*, y con Garchot a una, la tradición basconica de la batalla de Orreaga, cierta mañana del mes de abril del año 1110, mientras las nieblas de los valles, menos densas que las de la historia, ocultaban la sierra de Abodi y su yermo de Elkorreta.

Iruña, 1 de marzo de 1917.

ROEDORES DEL MAR

A Joaquín Arganzilla de la Cerca.

I

A lo largo del dique, pero sin alejarse ni por la derecha ni por la izquierda mayor distancia de la que le midieron en la consigna, subido el cuello de la capa hasta los ojos, tanto por abrigarse del frío picante cuanto por esconder la lumbre del cigarrillo con que procuraba distraer el tedio de la facción en aquella noche invernal, primera de su servicio, el carabinero Ruperto Villuerca y Rapado embarullábase los sesos meditando, fuera de sazón, sobre si le resultaría o no benéfico el traslado desde los riscos de Jaca a las costas gipuzkoanas. Tres o cuatro horas después de apearse del tren, casi sin darle tiempo para sacudir la carbonilla y echar un vistazo a su alojamiento, al anochecer de un día mustio de diciembre le pusieron de vigilante junto a la bahía. El agua negra, rayada luminosamente por los faroles públicos y las lámparas domésticas de los pueblos ribereños, murmuraba sordamente. Cerca de él, con resoplidos dentro del túnel y estrépitos de hierro al atravesar el puente metálico, los

trenes interrumpían el silencio nocturno, y aun las más distantes montañas prestaban sus ecos a los estridentes silbidos de las locomotoras. Las luces domésticas fueron apagándose sucesivamente; disminuyó el número de las públicas y asentóse el imperio casi absoluto de la obscuridad, espesada por la niebla. Al otro lado del túnel subían las bocanadas de humo de la fábrica, que enrojecían los resplandores del horno. El ambiente húmedo cubría de menudas gotitas la ropa del carabinero; condensábase en el borde del cuello, entre los pelos lacios del bigote; la capa aumentaba de peso, y, en vez de abrigar, pegaba la frialdad al cuerpo.

«Cuasis me paeci—exclamó Villuercas—que man jecho al agua. Estu es pior que los nevazos darriba; aquellu era fríu secu. ¿Ondi has venío, Rupertu, ondi?»

Se paseaba lentamente, pisando con fuerza las desiguales losas del dique, por desentumecerse los pies. Chirriaban los casi vacíos tranvías al subir la cuesta del antiguo convento, y saltaban chispazos eléctricos, con los roces de los *trolleys* y los cables en los postes. La lobreguez de la noche y la monotonía de la facción echaban los pensamientos del centinela por el cauce de las tristezas. Dejaba aparte, sin quererlo deliberadamente, los gozos que también cosechó su juventud, cuando servía de vaquero a orillas del Guadiana, allá, Dios sabe dónde, allá, en su aldea extremeña. Gozos de gañán sano, puramente físicos, sin aderezos ni policia, que no se le extrañaron del todo, aunque se le disminuye-

ran, mientras fué quinto y carne de cañón en Melilla; y asimismo las relaciones íntimas que con su paisana Antonina, la cacereña, mantuvo; criada de servir en Toledo, más dulce que las bellotas de las dehesas...; pero en cambio se enseñorearon de su memoria los meses últimos de esa misma Antonina, a quien él había hecho reparación de esposo apenas pudo engancharse en el Cuerpo de Carabineros. ¡Pobre Antonina! Ella, tan lozana de pechos, tan blanca y gorda de carnes que daba envidia a las nordrizas de los palacios, metida entre los niveos coquetes de Sallent, se puso flaca y macilenta; la atormentaba siempre una sed que ni aun toda el agua de los ventisqueros hubiese podido saciar, hasta que se murió de puro tísica, quedándose él solo, en esa edad que lleva a la frente del hombre maduro los fugaces, pero no por ello menos melancólicos, orens de la vejez.

Ruperto se paseaba y daba vueltas arriba y abajo. La niebla espesa, la noche lóbrega, el borbotoneo del agua eran otras tantas pinceladas negras sobre sus pensamientos. En una de las vueltas topó con el centinela del sector vecino.

—¡Hola, el novato!—exclamó éste—. Te diviertes, ¿eh?

—¡Me casu en Marruecos! Novatu no, que soy veterano.

—Lo ije por recién venido.

—Paeci que mos estamus en la boca del lobo mesmu.

—¿Gallego?

—Quia, hombre, extremeño. ¿Y tú?

—Riojano, d'Alcanadre.

—Pensé que d'Aragón.

—Riojanos y aragoneses, así nos vamos de brutos, ¿verdad?

—Hombri, miusté, no lo igo por tantu.

—Saca un pitillo: has de pagar la novatada, después de la guardia, con un buen almuerzo. Que perdone la juerga la parienta.

—¡Me casu en Marruecos! No la tengo. Dios bendito me jizu viúo seis meses cumplíos.

—¿N'ijos, n'ijas, ques lo más prencipal para el cochambre y el fregáu? Rediós, compañero: a casarse tocan. T'ai de buscar novia.

—Dios t'echi la su bendición; asín no pueo vivir; me jacin falta los mimus de mi Antonina, sus ojos cachondus... ¿Aquí jabrá güenas jembras?

—¡Ya lo creo! Rebuenas y retebuenas; pero la mitá d'ellas, lo menos, y no de las piores, no caen dentro de tu cazuela. Has d'ablar el *bai bai*, si no...

Rasgó el aire un silbido. Vibraron los hierros del puente, y a todo vapor salió del túnel un tren corto, bufandó, echando chispas y esparciendo rojiza humareda. Los cristales, empañados, denotaban el calor interior de los vagones.

—El tren de lujo—dijo el riojano—; ¡pa éstos es la vida, pa éstos! Ahí drento llevan camas y comedores, y excusáus, y mesas y periódicos, y chimeneas y toda la hostia. Mientras, aquí, nosotros, por unas roñosas pesetas aguantamos los tizonos de julio y los copos de enero.

—Pacencia, hijo, u haber nació obispo. Diga, hermano: ¿esas pesetas son asín, ni más ni menos que la cochina paga?

—De contáu; estando en la bahía, ni más ni menos.

—¿Y el contrabando?

—Cuéntalo con los difuntos. El contrabando que coges, o el que dejas pasar porque t'untan, sigue otros caminos: la aduana y los montes. D'aquí, en esta orilla, podrás ver cómo brincan los delfines, cómo regolotean las gaviotas y cómo se pescan las almejas; mas ni una triste chamarilera cairá en tus redes con algo que lo valga. En esta tierra hay mucho trapicheo y mucho matute; pero lo meten pacíficamente las mujeres, por el tren donde ellas vienen. El enguaje s'hace allá—el riojano señalaba la parte de la frontera—; otros fuman; nosotros, escupimos.

—Me giedi la noticia—replicó Ruperto, quedándose pensativo un rato—. Vamos, vamos; hay que golversi a la gaíta; no mos cazi el cabo.

—Maldito si le importa adaquez cazarnos o no cazarnos. Ahora estará guapamente jugándose al *mus* el importe de la cena. A propósito: no t'olvides del almuerzo; ya nos ajuntaremos cuando el relevo.

—¡Corrienti! Aun iznoro el cómu te llaman.

—Indalecio Ojacastro.

Ruperto reanudó su paseo entre la niebla, tan espesa, que andaba con mucho miedo de echar los pies fuera del dique y caerse. Se estaba mojando

como si lloviera torrencialmente. Prefirió resguardarse dentro de la garita. Le parecía observar que el murmullo del agua se iba ensordeciendo. Encendió otro pitillo, y se acostó de nuevo sobre el regazo de sus pensamientos, menos lúgubres ahora que los de antes. Las frases de Indalecio, acerca de la novia y la hermosura de las gipuzkoanas, le escarabajaban en su poco adormecido sensualismo meridional. Comenzaba a tomar cuerpo robusto en su mente la eterna razón de los viudos reincidentes.

«Me casu en Marruecos! Asín estoy mal: ni quien me jaga la compra, me lavi la ropa, me barra los suelos, me cueza el garbanzo, me remiendi el calzón, me llami güen mozu, me calienti la cama d'ivierno. Too me lo han de jazer por las cochinas perras, naa por el cariño ni por el gusto, como la difunta Antonina. ¡Güena era, güena! ¡Cualesquíá encuentra otra pareja! Mas tampoco too lo güeno s'acabó en el mundo.»

Nuevas perspectivas, risueños horizontes, penas que se arrinconan, alegrías que despuntan, entretuvieron la imaginación de Ruperto, abreviándole las horas monótonas de la facción. La niebla, movida por el aire fino y glacial del amanecer, perdía su homogeneidad, arremolinándose en nubarrones cuyo color grisiento se avivaba un poco con la aun mortecina luz auroral. Salió Ruperto de la garita, tiritando. De entre la niebla subieron voces delgadas, como de mujeres y de chicos. Bultos negros, sin forma determinada, a modo de espesamientos de la bruma, se metían mar adentro. Ruperto oyó

chapoteo de pies, frases incomprensibles y llamadas, con gritos que parecían nombres. «¡Anthoni! ¡Luisha! ¡Erramun! ¡Turibiuchu!» Sacó el fusil de debajo de la capa, disponiéndose a disparar cuando fuera preciso. Las voces y el chapoteo se alejaban; tampoco se percibían los borbotones del mar. ¿Acaso el agua se había alejado también? Ruperto permaneció inmóvil y perplejo.

Llegó Indalecio: era la hora de retirarse.

—¡Cristo, se hela el aliento! ¿C'azes ahí? ¿T'as güelto fantasma?

—¡Chut!—replicó Ruperto, poniéndose el dedo índice delante de los labios—. Me parece que andan contrabandistas.

Indalecio se riyó a carcajadas.

—¡Quia, hombre! Son los ratones de la playa que entran a pescar almejas a marea baja. No verás cosa más abundante mientras sigas destinado a este jorobadero, una vez al día, o dos cuando alargan. Hay mucho mocete y moceta en la cuadrilla y algunas cuantas mozas que calzan bala; d'ellas, tres o cuatro muy dinas de versen; sobre todas, una! Te la recomiendo pa novia. Sus compañeras son más libres que las gallinas, pero a ella nadie l'a engatusáu toavía. ¡Pimentones! ¡Míala! Aura se mete en el barrizal.

El aire había levantado un tantico el ruedo de la inmensa cortina brumosa. Descubriase un trozo de playa encharcada, negra de fango. A brincos sobre las piedras de la escollera, ágil como cabra montés, las sayas a la rodilla y una cesta sin

tapa al brazo, bajaba una muchacha. Llegó a la playa, inclinó el cuerpo y mojó los dos dedos de la diestra en el arroyuelo que discurría entre el fango; santiguóse y prosiguió su camino hacia el centro de la bahía. La niebla borró al instante la forma gallarda de la pescadora.

—¡Me casu en Marruecos! ¡Pasó com'un rayu! No vide su cara; mas al instante me ije: «¡Ruperto, la pieza es güena, paeci un pinu de oro!»

II

Cuando a la noche siguiente entró Ruperto de servicio, comprendió pronto que la facción le parecería eterna. Impacientóse desde sus primeros paseos de centinela. No sólo porque la noche, muy fría, lluviosa y huracanada, convidase a techado; encima de esto, porque podría, tal vez, hacerse del encontradizo, y, gracias a una inspección a boca de jarro, concluir con nuevos trazos la imagen, medio pintada en la memoria, de la pescadora aquella.

Pregunto al de aquí y al de allá pregunto, poniéndose mañosamente de blanco a la burla de los que reían la experimentada alarma por los supuestos contrabandistas del amanecer, reunió bastantes noticias: que la llamaban Lupita; que era muy pobre, y aun más trabajadora si cabe; huérfana y sostén único de la madre impedida y de dos hermanos pequeñuelos, por lo que a todo se agarraba para ganarse el sustento, cultivando la huer-

ta de la ruinosa alquería, remando en los bateles, trayendo y llevando los encargos del barrio, lavando ropas, fregando suelos y cacharros en las casas, y sobre todo, diariamente, sin que le arredrasen jamás los calores de la canícula ni las borrascas del invierno, hundiéndose en el fango de la marisma al rebusco de almejas, o trepando por las peñas de la costa a cosechar percebes: labradora, batelera, recadista, lavandera, fregatriz y pescadora, todo en una pieza; guapa de cara, garbosa de cuerpo y loca de cascos, o poco menos; cantarina, reidora y bailarina; provocativa de los hombres, de ellos sumamente codiciada, pero sin que ninguno, hasta la fecha, pudiera vanagloriarse, con verdad, de ser o haber sido su novio.

La impaciencia, en vez de espolear el tiempo, le refrena: los vuelos de paloma truécense en andar de tortuga. Según lo tenía previsto, le pareció a Ruperto la noche inacabable. Para que se le hiciera menos llevadera, le faltaron el esparcimiento del monótono paseo y la breve entrevista con Indalecio. Hubo de permanecer cobijado en la garita, no sin temor de que la descujase y arrastrase por los suelos el vendaval. El estruendo era pavoroso, con mil diversos ruidos y voces ensordecedoras; ora como de caballos que galopan, ora de alimañas que gimen y aúllan, ora de edificios que se derrumban. La lluvia esparcía violentamente el caudal sin medida de sus aguas: arroyos en las cuestas, balsas en el llano. De pronto callábase el tumulto y reinaba un silencio que parecía producido por el terror,

y a su vez aterraba. Los elementos, sin duda, descansaban para embestir con nuevos bríos. El mar, fuera de la bahía mansa, clamoreaba desesperadamente al chocar contra las rocas. De tarde en tarde despeñábanse por los montes las ondas fragorosas del trueno. Relámpagos lívidos agrietaban las nubes, negras cuando despedían lluvia, cenicientas cuando lapidaban a la tierra con rebotante granizo.

«¡La Virgen me valga!—decía Ruperto—. Siento algo que m'escarabajea entro, como si jueci mieo. Esta noche del diablu va a tener veinticuatro horas.»

Pero, aunque lentas, transcurrieron por sus pasos, sordos a los deseos humanos, y cuando sonó la suya clareó el día.

Amainó el viento, y la lluvia trocó sus rachas en menudas gotas. La marea dejaba descubierta la negra marisma, cuyo fango casi rozaban las alas blanquísimas de las gaviotas en sus incesantes revuelos. La playa permanecía solitaria.

«No han venío las chicas—pensó Ruperto, después de mirar atentamente el espacio tendido a sus pies, entre el dique y el amarillento desagüe de la ría— ni vendrán; ¡me casu en Marruecos con semejante tiempo!»

Llegó entonces Indalecio, y preguntó a su compañero:

—¿Qué piensas, hombre?

—Ecía que a las mozas lis jaci mal cuerpo el temporal.

—¡Quia! Están a prueba de bomba; son d'otra

casta que los de tierra adrento semos. Lo c'ay es que cada día se retrasa la marea y entran más tarde al baño. ¡Toma, a güena hora hablaste! D'ahí vienen el oro, la plata y el cobre, y parte de la gente menuda.

—No entiendo.

—Verás. La Lupita es rubia, pasa por la más guapa de todas, y la llaman «El oro». Después la sigue en retrechera la Ambrosia, y aunque es morena, l'an puesto por apodo «La plata». Matea, la tercera, bizca y color de pez, es la pieza de cobre de la cuadrilla. Siempre andan juntas. Con ellas viene Toribio, chicarrón de diez y siete, rubio, güen mozo. Pienso que éstas y las otras, es decir, las que aun no han venío, se lo quieren rifar; y él entra con todas, aunque sean feas, pues le gusta la buena vida y sacarles los cuartos, según cuentan malas lenguas. Como todos estos cochinos gipuzkoanos, el Toribio es un tragón de primera, y pienso que si le diesen a eslegir entre una moza de buen ver y una cazuela d'ajoarriero, elegiría la cazuela. Quedémonos adaquí un rato, y hablaremos con ellas; d'esta escalera derruída suelen bajar a la playa. Gritan y manotean; paice que *el oro* y *el cobre* se disputan.

A lo largo del dique avanzaba el grupo descrito por Indalecio. Los pequeños, hasta media docena de niños y niñas de seis u ocho años, se detuvieron junto a los carabineros, mirándolos. A Ruperto le causaron lástima las piernecitas y pies amoratados por el frío, los rasgones y petachos de la poca ropa,

empapada ya en lluvia. No así a Indalecio, que les gritó destempladamente:

—Largo d'aquí, granujas: los golfos, al golfo.

Los niños comenzaron a reírse y a bailar, haciéndole burla. Después bajaron por los desvencijados escalones hasta la escollera, donde, antes de meterse en el fango, arremangaron perneras y mangas:

—¡No os tiréis del moño, botones! ¿Qué te sucede, Matea? Tú estás la más furiosa de las dos.

El grupo de la gente moza se paró. Matea, la interpelada por Indalecio, era una mozueta de cuerpo enjuto y nervudo, cutis curtido por el sol y el aire, ojos bizcos y boca desdentada. Envuelta en astroso impermeable de marinero, calada la capucha ocultadora de la mata de pelo, piernas al aire y sayas recogidas por debajo del impermeable, parecía un hombre. Con suma vehemencia replicó:

—¿A ver, eh, si no tengo rasón? Veníamos a la playa, y se nos han venío unos de la vía, el guardafreno Espinosa, o aquel si se llama, y nos han dicho, a mí no, de contáu, a esa *arroska*, color de maís, que si les quería servir la mesa en la noche de Navidá, que ellos tienen *afari-merienda* en casa de l'Angela, un duro de propina que ya le darían. Y ésa, en ves de dar las gracias, ¿a ver, eh, eso si se ñase?, les ha insultao, disiendo a ver si iban a comer los capones que los perroscañeros erroban de los sestos de las colaciones y aguilandos. Y aquello como si no bastaría, les ha dicho además que yo ya les serviría a gusto por medio duro también.

Y aquéllos, furiosos que estaban contra mí, sin mi culpa, se han vuelto, disiendo: que una fea como yo, ni de balde. ¡A ver, eh, por eso les ha metido el *zirri* aquélla! Ya sé que soy fea; yo misma no me he fabricao la cara; pero ésa tampoco es tan hermosa como se piensa. Ya les he oído desir a unos señoritos de Easo, el domingo pasao, en la plasa de la musica, unas manos y unas patas de oso que tiene. ¡Aun no han dicho otro tanto por migo! ¡Ah, si yo fuese las vigüelas, buenos bujedos te había de abrir en la cara!

Matea hablaba sumamente de prisa. Por ello, y por los giros baskos de las frases y el acento basko y las deformaciones baskas de los vocablos castellanos, Ruperto apenas le comprendió la mitad del discurso. Maravillado ante la presencia de mujeres tan desemejantes, por su traza, de las que él estaba habituado a tratar hasta entonces, no desviaba los ojos del grupo femenino, particularmente de las dos chicas cuyos apodos eran *el oro* y *la plata*, que a él se le antojaban sabrosos panales de miel silvestre.

—¿Qué contestas a eso, Lupita hermosa?—preguntó Indalecio—. Me paece que tiene razón la Matea. Eso de llamar ladrones sin más ni más a unos hombres que quieren obsequiarte, no está ni medio bien. Verdá es que tú eres siempre una novilla de la sierra. Aprende a ser mansa como ésta.

Y agarrando a la Ambrosia por la cintura le plantó un sonoro beso en mitad de la tostada mejilla. Los ojos verdosos de la muchacha, cristales de cambiantes marinos a la sombra de largas pestañas

negras, se reían maliciosamente, a la par que los gruesos labios humedecidos.

—Yo no me sé en castellano; éstas de la *kale* y—contestó Lupita—aquellos *mekagotarras*, ladrones, ¡sí! Por el diñero pa tocarme querían, como tú agora con la Ambrosi. Cuarto serrao y borrachos: ¡yo sola entre ellos! Que se vaigan a la chanfaina.

Lupita hablaba pausadamente, como persona que rebusca los vocablos y los articula con dificultad. Mechones de cabello, asomados por debajo de la tosca capucha que un saco de harpillera, tendido desde la cabeza hasta la corva de la pierna, le formaba, servían de áureo adorno a la cara, donde la hermosura había deshojado rosas y jazmines. La calidad de su cutis blanco era de la que resiste al atezamiento de la intemperie, y sólo quien parase la atención en los bordes de las partes cubiertas continuamente por la ropa podía conocer que el sol, el aire y las borrascas habían diluído su pátina sobre cara, manos, pies y piernas. El ruin traje de percal descolorido, que la lluvia pegaba a las carnes, esculpía las formas cenceñas del cuerpo, ágil y duro.

Ruperto asombrábase de ver cómo mujeres a tan toscas y bajas faenas dedicadas combinaban el vigor hombruno con la suavidad femenina, y hechas a oír, y acaso a proferir frases indecorosas y soeces, retenían los signos del recato, patentes en la cándida serenidad de sus miradas y de sus rostros.

«¡Me casu en Marruecos!—exclamó—. Es guapa.»

En seguida corrigió la falta, añadiendo, mientras miraba a la Ambrosi:

«Son guapas.»

Matea, apoyada en el brazo de Toribio y muy arrimada a él, escuchó la contestación de Lupita encogiéndose de hombros. Pero el requiebro del carabinero, que no iba a ella enderezado, le clavó la espuela. Desafortadamente gritó:

—*Tira, alperrak!*; *ezt'au, orainche, gure lekuri!*; *ondarrerá, loyerá!* (1).

—Adiós, buena gente—dijo Ambrosi—; ya nos vamos.

Toribio permaneció inmóvil. Lupita le miró, como llamándole. El muchacho, plantado delante de los carabineros, alargó la mano y pidió:

—A ver, vosotros, un cigarro, si me queréis dar.

—Toma, gorrón. ¿No te basta con quitarles los cuartos a esas bobas, e'aun nos quitas tabaco?

Toribio tomó el pitillo de Indalecio.

—Gracias. A mí aquéllas no me dan dinero... Adiós.

—Sí, sí, pa quien te crea.

Los dos carabineros, despacio, se fueron hacia el pueblo. Ruperto a menudo volvía la cabeza hacia la marisma, donde las muchachas de entre el negruzco barro sacaban almejas.

—¿Cuala te gusta más?

—Me paeci que la rubia. Yo pensé, a las prime-

(1) ¡Vamos, holgazanas! No es éste ahora nuestro sitio: ¡a la arena, al lodol!

ras, que era una bellota amarga. Pero, ¡me casu en Marruecos!, es bellota dulce, y muy dulce. Sabi echal unas miradas muy jondas, ¡muy jondas! ¡No sé cómo el mozo rubio no se ha derritío!

III

Los pescadores de almejas disemináronse por toda la marisma durante la bajamar de una tarde despejada. Matea, Lupita y Ambrosi, junto al cauce angosto de la ría, buscaban el codiciado molusco registrando los agujeros del lodazal. Andaban patiabiertas, por distribuir el peso sobre mayor superficie movediza, penosamente doblada la cintura y baja casi al suelo la cabeza. Los torbellinos del cierzo les meneaban las sayas, desplegándose como el tafetán de una bandera. Los pies y los tobillos, cuando no la mitad de la pierna, se hundían en el blando y aceitoso barro, untándoles la piel de barniz brillante que competía con los reflejos de la seda. El Sol, espolvoreando chispillas de esmeralda, zafiro y topacio, causaba una mutación maravillosa: la playa, de lejos y a la sombra, negra, a la luz solar y de cerca ostentaba los visos, resplandores y cambiantes mil de un tesoro de joyas desparrahadas.

No lejos de las tres chapoteaba Toribio, que con la poca ropa y las remangadas perneras y mangas descubría la esbeltez y robustez del cuerpo, bien proporcionado, regido de una cabeza rubia, cuyo rostro agrupaba en breve espacio tres facciones her-

mosas: boca limpia, nariz recta y negros ojos grandes. Iba aproximándose a Matea paulatinamente, y ésta, con el posible disimulo, acortaba el paso y se desviaba de su dirección primera. Ambroshi y Lupita, a lo largo de la ría, se alejaba más y más de sus otros dos compañeros, a quienes expiaba Ambroshi, mirando atrás cada vez que con una nueva acrecia el montón de las chirilas en la cesta.

—Se reunieron por fin—dijo Ambroshi muy quedo—. No lo pongas en duda, Lupita: Toribio y Matea se entienden.

—¡Bah! ¡Con esa tan fea!

—Sí, con esa tan fea. Ella le regala dinero a menudo para vino y tabaco. Se da mucha maña. Siendo la más fea de todas, ha tenido más novios que todas. Ella busca a los hombres, los halaga, los incita, los hace reír y divierte con sus dichos. Es aguda y escandalosa; se deja sobar y besuquear. Además, ese Toribio sólo piensa en la sidra, en las meriendas. Pues bien: aunque le echases a ese pingo de Matea cuarenta años sobre los diez y ocho de sus espaldas, Toribio sería capaz de casarse con ella si, casándose, pudiese vivir sin trabajar. Perdóname, Lupita; te causo pena.

—¿A mí? ¿Por qué? Bastante me importa: ¡Ja, jay!

Su risa fingida no engañó a Ambroshi.

—Te gusta Toribio. ¡Le miras de un modo!

—Es muy guapo chico; no dirás...

—Sí, sí; es muy guapo.

—Pero mi marido ha de ser hombre de prove

cho. Yo no llevaré a casa una boca inútil que se coma el pan de mis hermanitos y de mi madre.

Ambrosi, irguiendo el cuerpo, echó una mirada al dique.

—Allí le tienes; el hombre de provecho, hilando baba mientras te contempla.

—¡Ah! ¿El carabinero, el viejo? Pero ¡quién sabe si no es a ti a la que mira!

—A las dos.

—Ambrosi, cástate con él.

—Lupita, cástate con él.

—Con el viejo de la mirada fogosa.

—Con el viejo que habla un «cristiano» incomprendible.

—Con el maketo.

—Con el *mekagotarra*.

—¡Ja, jay!

—¡Ja, jay!

La risa, estrepitosa y ahora no fingida, resonaba como disparo de cohetes.

Matea, puestas las manos en forma de portavoz, les preguntó:

—Locas: ¿os reís de nosotros?

Ellas, sin replicar, reanudaron la faena monótona interrumpida, que endoloriza los músculos de la cintura y del cuello.

El viento saltó súbitamente al noroeste. Ahora entraba por la boca del puerto, silbando y empujando cúmulos de niebla. Fruncióse la tersura de la ría y apagóse la luz invernal del Sol.

—¡Conche! — exclamó Ambrosi—, vámonos;

esta bruma hiela; la marea sube, y con el viento, de prisa.

Lupita examinó la cesta colgada de su brazo. Calculó el peso de ella, moviéndola con la mano, y contestó:

—Hay pocas almejas todavía. Me quedo hasta que se haga de noche. Puedo aprovechar media hora.

—Corriente. Mira: todos se retiran.

—Quedaremos, como de costumbre, la Anthoni y yo, para llevarnos las llaves.

Lupita señaló con el dedo a una muchacha vestida de luto, que en el punto más lejano de la playa posaba en medio de un islote de barro.

—Sí, y tendrá que volverse con agua hasta el ombligo, lo menos.

—Por eso la llaman la anguila.

—Abur.

Todo el enjambre de «chirleros», desde los diversos lugares de la marisma se iba replegando hacia el dique. Pronto quedaron solas, y entre sí muy distantes, Anthoni y Lupita en medio de la bruma, que se espesaba a la luz mortecina del crepúsculo. La tristeza de la hora y de la soledad dieron mayor cuerpo a cierta pena que en el corazón de la muchacha habían producido las palabras de Ambrosi referentes a Matea y Toribio. ¿Celos? ¿Pero si realmente no le quería como quieren las novias! Alguna afición, sí, aleteaba dentro del pecho; tal vez primer reclamo, aunque tímido, del amor. Pero contradecíanselo briosamente los defectos morales, harto notorios, del garrido muchacho. Mas de eso

a mirar con indiferencia que otra mujer, y ésa, en particular, de tan subida fealdad como la de Matea, pudiera llamarle novio, mediaba largo trozo de mal camino. Escocíale la herida abierta en el punto más sensible de su amor propio. No en vano presumía Lupita de buena moza, pregonada de tal y por tal aclamada en todo el contorno.

«¡Bah!—exclamó, sacando la conclusión más grata de todas sus cavilaciones—. Ambrosi es muy novelera, o se complació en mortificarme acaso.»

La noche estaba cerrando ya su broche tenebroso. La marea había anegado, paulatinamente, la mayor parte de la playa. El flujo marino, a modo de riachuelos, discurría por los cauces recién abiertos. Manteníanse en medio de ellos y de las balsas algunos islotes, que iban desapareciendo, antes unos y otros después, debajo de las aguas invasoras. Lupita se retiraba a la llegada de éstas, tanteando el suelo más firme con suma pericia, en dirección a la escollera, hacia donde también se encaminaba Anthoni. Y cuando cualquiera de ambas se hundía demasiado, gritaban, riéndose de la mala suerte o distracción:

—Ojo, chiquita, no te vuelvas sapo.

Al fin llegaron al dique, y en un pocillo de agua clara se limpiaron, con todo esmero, manos y brazos, pies y piernas. Canturreando y haciendo resonar las chirlas en las cestas, con ruido de castañuelas, subieron la desvencijada escalera y se separaron: Anthoni, hacia el barrio populoso; Lupita, hacia el caserío solitario. Al otro lado de la vía fé-

rea, junto al machón del cargadero de la fábrica harinera, chisporroteaba alegre hoguera que lamía con lenguas rojas la gris densidad de la niebla.

—¿Eres tú, Lupita?—preguntó la voz de Toribio—. Con carbones caídos de las locomotoras y unos puñados de hojas y ramas te he encendido este fuego para que te calientes los pies, que sin duda los tendrás yertos.

—Dios te lo premie, Toribiuchu; por agradeceré-telo, me sentaré unos minutos, aunque es tarde y los pobres chicuelos me esperan.

—¡El diablo se lleve a los críos! ¡Cualquiera pensaría que los pariste tú misma!

Sentóse Guadalupe. Arrimó a la hoguera las duras plantas amarillentas de los pies ateridos, y le pareció que se le calentaba no sólo el cuerpo, sino el corazón, pasmado por las sospechas de la Ambrosi. Con toda la dulzura de su mirada recompensó varias veces a Toribio; el mozo no prestó ninguna atención a esos testimonios de gratitud.

—Mil gracias otra vez—dijo, levantándose, Lupita—. Es de noche; chico, me voy.

—¿Sin más ni más te marchas? ¡Cicatera! ¡Qué se te figura a ti? La Ambrosi, la Pascuala, la Eusthaki, todas, hasta las niñas de seis años como la Ashenshi, después de calentarse me han dado una perra chica.

Lupita sintió la mordedura del despecho y del desengaño; pero, sin inmutarse aparentemente, en tono de burla replicó:

—Se me olvidaba cuál es tu casta, ¡de pájaro la-

drón! Seré más generosa que todas ellas juntas. Ninguna te dió un céntimo. Nosotras no venimos con dinero a la playa, donde le ganamos. Por casualidad tengo una perra gorda desperdigada en mi bolsillo. Tómala; búscala ahí, entre los tizones; caliéntate las uñas.

Sacó la moneda y la echó en medio del fuego.

Ruperto, oculto detrás del machón y testigo de la escena, cuyas palabras materiales no entendía, apenas se alejó la muchacha salió del escondite.

—Así les saco yo el dinero a esas tontas—dijo Toribio riéndose, mientras esparcía los carbones por descabalar la fogata.

—¡Me casu en Marruecos! ¡Eres un gran cachu de bruto! ¡Cobrále el dinero a una chica que se está muriendo por uno, que desde la enjundia misma se le está subiendo a los ojos la querencia! ¡Si yo fuese tú, chavalillo!

Esponjóse y pavoneóse el mozo rubio:

—¡Si yo querría! ¡Pa qué quiero ésa, pa qué? Mucha familia se mantiene del pescueso de ella. Guapa, ya sabemos... ¡Hay dicho yo contra, o? La mujer pa el marido solo, no pa otros también: casamiento rompe padres y hermanos. ¡Yo necesito una que me atienda, que me cuide, que se trabaje pa mí, que me dé bien de comerr! A usté, si le gusta, ya le hablaré en su pavor; acaso ya querrá casarse; usté cobra de los gobiernos; yo soy pobre como ella; y además, los peseteros críos, y la suegra, más pesetera aún, con la ferlesía en la cama. ¡A verr, eh?; a verr?

IV

Llegó el sorteo de Navidad. El barrio se echó a la calle para esperar el *gordo*, la imaginación rebotante de esperanza y los ojos iluminados por la luz tibia del Sol. El día, que era festivo, dió suelta al mayor número de los que el trabajo aprisiona con sus grillos durante la semana. Pocos dejaron de acudir a la no concertada cita, desde los obreros socialistas, enemigos del capital ajeno, hasta los cargadores del muelle. Asomábanse muchos curiosos a los balcones; las criadas, cesta al brazo, se detenían al volver de la compra, por la parleta con conocidas y conocidos; las terrazas de los cafés y las puertas de las tabernas, junto a los balconillos de los altos andenes de piedra, bullían en corros de parroquianos. Filas de paseantes andaban arriba y abajo por la carretera, entre el muro de la estación y las casas modernas de vecindad, sucias, tétricas y plebeyas, obra ruin del afán de granjería, que daban realce a la noble arquitectura de las dos vecinas villas marineras, cuyas alegres y multicolores fachadas de aleros voladizos y balcones de hierro historiado, o de madera esculpida, adornados de tiestos y enredaderas, reflejábanse en la luminosa bahía durmiente.

Gente allegadiza y forastera la mayor parte de la que voceaba, manoteaba, gritaba, juraba y blasfemaba, reía, departía, inquiría, escupía, bebía y engullía; mostrábase enseñoreada plenamente del solar por ella invadido. En mitad de la tierra baska,

entre los montes baskos, a orillas del mar basko, los baskos, o ruines imitadores del forastero los más, o cohibidos los menos por la exorbitante abundancia del porte, ropa y lenguaje extraño, disfrazaban la personalidad propia debajo de los rasgos de la ajena. No el puro baskuenze, sino «la mala lengua castellana y peor vizcaína» de ellos los descubría.

Correteaban alegres grupos de muchachas abriéndose paso a empellones, por escuchar torpes requiebros masculinos, a que ellas respondían a carcajadas. Frente a la estación, varios carabineros y guardias civiles, entre cuyos opacos uniformes reverberaban las pinceladas rojas y azules del de un miquelete, obstruían el andén estrecho, y por ello y por más comedidos de lengua y manos en el repullo eran blanco predilecto de las embestidas.

Ambrosi, Lupita, Anthoni, Matea y otras chicas de la playa, formando falange, descollaban sobre las más revoltosas. Y como no había hombres de aquellos que no las hubiesen mirado cien veces de faldicortas y desarropadas, asaeteábanlas con frases de la más desvergonzada obscenidad, de que ellas no se sonrojaban; unas, porque no las entendían del todo; las demás, porque habían perdido ya la vergüenza.

Ruperto, cuando las vió pasar, no dió crédito a sus ojos. Maravillóse del traje que vestían, de las botas y medias que calzaban, a la moda de las señoritas; del tocado de la cabeza, de los dijes del cuello. ¡Llevaban sombrilla! ¡Ellas, las que recibían

a diario los rayos del Sol y el riego de la lluvia sobre la desnuda cabellera! Las mujeres de bajo suelo que hasta entonces había él conocido, siempre conservaban la tela y la hechura del vestir popular en el traje dominguero. La casta de mendigos en que Ruperto había encasillado indeliberadamente a las *chirleras* no se ajustaba ya con la verdad del caso: la súbita transformación inesperada le llenó de asombro.

La mismísima Matea, pulcramente ataviada, podía añadirse al montón común de las mujeres donde, si la hermosura no impera, tampoco está de bulto la fealdad. Ambrosi y Lupita, sobre todo la segunda, estaban guapísimas, y bien se lo hacían saber los chicoleos y requiebros que escuchaban. Ninguno de los galanteadores era capaz de ponerles tachas por los modales de boyerizas, el color amoratado de las manos enormes ni la corpulencia de los pies, embutidos penosamente en botas demasiado estrechas.

—Chico—dijo Ruperto, volviéndose a su compañero Ojacastro—, te igo que a éstas les habré tocáu el gordo antes del sorteo. ¡Vaya un señorío!

—Así son las mujeres d'esta tierra: ¡más presumidas que Dios! Saben ponerse majas cuando les peta; el lunes, gitanas; los domingos, marquesas.

—Ahora llega la notisia de Madrí; ¡quién sabe si estaremos ya ricos!—dijo el miqueleto.

Arremolinábanse los paseantes junto al estanco. El estanquero, detrás de la barandilla de la terraza, enseñaba un papel. Establecióse el silencio

solemnísimo del alzar en la misa. Pasaron dos tranvías chirriando, entre los improperios de la muchedumbre. Restablecióse el silencio de nuevo: el estanquero daba lectura de algo que sólo percibían las primeras filas de oyentes. Un murmullo sordo, de palabras a media voz divulgadas, corrió desde el centro a los extremos, como la ondulación gigantesca de una ola. Volvió a reinar el silencio; reanudóse durante algunos momentos la lectura. En cuanto cesó, estalló un estrépito formidable: exclamaciones de despecho, gritos de ira, silbidos de envidia. Los grupos se desgranaron, repitiendo la noticia, comunicándosela a los aun ignorantes, comentándola y pateándola a gritos: «¡El gordo, a Cáceres!; ¡el segundo, a Zaragoza!; ¡el 13.320!; ¡no, el 13.322! Aquí, poca cosa: un cuarto premio en Oñate.» La luz de la esperanza, fulgurante en todas las imaginaciones, se apagó como un cohete en el cielo; con el cohete volaron al negro abismo los planes de holganza, de mesa opípara, de ropa flamante, de café, teatro y *cines*; de acostarse tarde y de levantarse más tarde; de tumbarse al sol, a la española, y «matar el tiempo». ¡Sueños, burbujas de aire, nubes pasajeras, relámpago fugaz! El cruel tirano, «lo de siempre», nos echaba la mano al gaznate: vuelta al fogón, al taller, a la oficina, a destripar la tierra, a tender las redes, a contar y recontar el jornal escaso, el sueldo escaso, la renta escasa; vuelta al socialismo y a maldecir del capital maldito, dios veleidoso que se deja comulgar de los menos.

—Oye tú, Villuercas—preguntó uno de los carabineros—: ¿eso de Cáceres cae hancia de tu tierra?

—A siete leguas de mi aldea mesma.

—Entonces, ¿t'habrá caído algo?

—¡Alguna teja! Si no he jugao, ¿cómo? A dalguno de mi familia, no igo.

Ruperto estaba pálido. Todos los años jugaba en participación con los parientes y amigos de la aldea. Le habían metido el número en un papelito, dentro de la última carta. Juraría que era el 13.322; pero no estaba seguro de ello. ¡Es tan fácil equivocarse en negocio de números! Impaciente de ir a casa, disimulaba por no descubrirse. Cuando en su alojamiento, después de una hora de insoportable paseo, abrió el baúl, sacó el papelito y leyó el número 13.322, casi se desmayó de alegría.

— ¡Me casu en Marruecos!—exclamó—; si la guita es bastante, ya no me casu en Marruecos, sino aquí, en Guipúzcoa, con esa Lupita que hoy estaba más hermosa que el mesmo sol de los ricos!

V

Cantando alegre una canción baska muy triste, bajó de prisa Guadalupe los peldaños del muro. Se le había corrido la hora por cavar en la huerta. Tendió la vista, y vió que a la playa habían acudido muchos pescadores. La mañana, parda y tibia que mansamente oreaba el viento sur, ni a los más friolentos podía disuadir de la faena. La mirada perspi-

caz de Lupita contó y nombró a los concurrentes: faltaban tres de los asiduos, de los que no temen al rigor del tiempo: Toribio, Ambrosi, Matea. Sorprendióse; pero atribuyendo la ausencia a una causa de poco momento, se santiguó y metióse en la marisma con el propósito de ir al punto más lejano de ella, donde pocos chirleros suelen llegar ordinariamente. Cuando caminaba por el paraje más dificultoso, entre barro profundo, espeso y move-dizo, oyó chapotear detrás y la voz de Ambrosi que le gritaba:

—¡No corras tanto, no puedo alcanzarte! Hemos de hablar; traigo noticias impensadas. Hablaremos allá, sobre suelo más firme; aquí apenas se sostiene una derecha.

Llegaron a terreno algo endurecido y menos fangoso, junto a un bote encallado y a la espera de la marea alta para ponerse a flote. Las dos muchachas se miraron: Lupita, curiosa; Ambrosi, noticiera.

—Adivina, adivina; te juego la pesca de hoy. Respóndeme: ¿qué sucede en el barrio?

—¿Yo qué sé? Vengo del caserío; no he hablado con nadie. Di pronto; no hay tiempo de sobra; pronto comenzará a crecer el agua.

Ambrosi, muy hueca, se ponía las ínfulas de los *reporters* bien enterados.

—Pues sucede..., sucede..., ¿a que no adivinas?... Que la Matea, ya sabes quién, ya sabes quién..., la bizca..., la negrirrubia, el mango de escoba, se ha escapado a Francia en el tren de las siete...

—¿Ha robado algo, acaso?

—Naturalmente; ha robado cosa buena, cosa rica, sabrosa...: ha robado a Toribio, llevándoselo cosido a las sayas.

—¡Jesús!—gritó Lupita, comenzando la señal de la cruz. Una gota de sangre brotó de su labio inferior mordido, fresco como un gajo de granada.

Ambrosi palmoteaba con sus manos hombrunas, pateaba el suelo, retorciase de risa.

—¡La chica más fea del barrio se ha llevado al chico más hermoso!

Lupita, despechada y afligida en lo más recóndito del pecho, intentó reírse también, disparar una flecha burlona contra los fugitivos. La sinceridad de su genio se sobrepuso.

—Mujer, ¿por qué te ríes tanto? ¿Piensas que me afliges? Vayan o vuelvan o se rompan el alma en el camino, me importa menos que pescar una chirla vacía.

—¡Mentirosa, te importa! Estás moqueando lágrimas. Pero no me río de eso, porque soy tu amiga y te quiero. Me río de ella, la engatusadora; de él, sinvergüenza, tripa sin fondo, holgazán. Me río de la madre, de la *Perloya*, que anda alborotando el barrio, moviendo a la policía, refiriéndole a todo el mundo que le han robado la Mateachu, la inocente, ¡la candorosa Mateachu sin malicia! Y todo el mundo sabe que la Mateachu parió el año pasado. ¿Por qué la echaron, si no, de las Hijas de María?

Ahora Lupita mezcló su risa con la de Ambrosi, y volviendo sobre sí, dió gracias a Dios porque le

propinaba, contra una afición inconveniente, una medicina amarga, pero saludable.

VI

Ruperto había averiguado cuál era el camino del caserío *Pagadi-uso-chiki*, donde habitaba la gallarda Guadalupe. Senda pedregosa y costanera que jugaba al escondite por entre setos vivos y boscajes, recreándose con el perenne murmurio de un saltarín arroyo nacido en Choritokieta, rinconcito agreste donde las serenas voces de la égloga resonaban a dos pasos de los groseros suburbios fabriles y comerciales.

Ruperto había averiguado también cuándo tocaba el turno de la marea alta. Proponíase conversar con Lupita en su propia casa, sin mirones de la playa o del camino, reposadamente, como quien presume que la persuasión requeriría largo discurso. Que la hermosa muchacha se avendría de un tirón a casarse con él, no se lo imaginó nunca; pero confiaba ciegamente en la sonoridad de ciertas telas.

Detúvose delante de la cancilla, y miró, por enterarse de si los parajes correspondían a las señas. Sí; a medio tiro de la cancilla, una casuca negra, dos castaños delante; una huerta del tamaño de un mantón, a la izquierda; a la espalda, una colina frondosa, y sobre la cumbre, un caserío muy blanco, de majestuoso grandor: *Pagadi-uso-aundi*. Ruperto se dispuso a abrir la cancilla y a tomar el

sendero interior. Supuesta la llaneza de las costumbres populares, no echaba de menos permiso previo ni «presentación» ceremoniosa. Llegaron a sus oídos las limpias notas melancólicas de una canción baska, e interrumpió el movimiento. Lupita bajaba por el sendero, en medio del maizal.

—¿Quién vive?—gritó Ruperto, extendiendo el brazo izquierdo a modo de fusil.

—*Pagadi-uso-chikitarra!*

—¿Qué ice?

—¿No oyes, o?

—¡Alto, alto! ¿A ondi va?

—¡A lapas!, ¡a lampernas!

—Habli en cristiano.

—¿Tú así que te hablas paresces? Tú también con *sasi-erdera* te andas.

—Repito que no se pasa. Te he de abril el pecho y sacar lo que hay de más jundu.

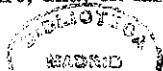
—A ti abre si quieres; a mí, no, lo ques; no me vengas con *tzaragatas*. Tengo *presa*; a verr, ¿eh?

—Pues yo, no, ¡mecachu! M'han escrito de casa.

—Me alegro, hombre; buen provecho; a mí, ¿qué?

—A ti, sí. Mos cayó la lotería, el gordo; soy ricu.

—¡Mecor! Yo también, ojalá si sería; no me iría ahora a las peñas. Hoy la marea baja a malas horas anda, demasiao temprano, demasiao tarde; por eso vamos a lampernas la Ambrosi e yo. El mar purioso tenemos; mucha madrejada, *elementa* o así, mar adentro; viento puerta está; oye cómo sopla; a verr, ¿eh? Ya nos vendrá periglio, patas debajo que nos tire, allá, en las peñas. Tan errico



si eres, ¿ya me darás coche para que me compre?
¡Ja, jay!

—Mira, Lupita: lo mismo, o cuasi, venía a ecirte. Me han tocao ocho mil pesetas.

—Buena gandurria te toca.

—Si las quieres, tuyas son.

—¡Dame, hombre!

Lupita tendía la mano riyéndose. Sus dientes menudos brillaban entre los labios como la hoja de un cuchillo en la hendedura de una granada.

Villuercas se puso tierno. Almibaróse su voz, algo bronca de ordinario. Un vaho de lágrimas empañó el fulgor de sus ojos.

—Te las daré; pero no de balde, ¡mecachu!

Lupita se puso muy seria. Desapareció la sonrisa de sus gruesos labios.

—¡Ah! Por endredar te andas tú? Yo no soy de ésas.

—Ni lo pienso, ¡me cachu en Marruecos! Lupita, hazti cuenta que me estás viendo el corazón mesmu. Te hablo como los hombres honraos, como le hablaría a mi madre. No te busco pa que t'arrimes a mí; quiero casarmi contigo, ¿sabe? ¡Lo que oyes! Anda, dime que sí, y las ocho mil pesetas son tuyas. Ocho mil, ¿me entiendes? Soy ricu, ricu de veras; ¡seremos ricos!

—¡Ocho mil pesetas!—exclamó Lupita—. *Zortzi milla!*

La muchacha, atónita, repetía entre sí la misteriosa cifra descomunal, y Villuercas la repetía en alta voz, deslumbrado por el número «mil», que en

la inteligencia de los pobres equivale a una cantidad imaginaria.

Después de un rato de ensimismamiento, Lupita examinó la figura del carabinero, visto muchas veces, mirado nunca. Era un cuarentón que no habría sido feo veinte años antes. Ahora sólo conservaba la hermosura de los ojos negros, rasgados y resplandecientes. Recordó la imagen de Toribiochu el prófugo, y la comparó a Ruperto. Eran diversos en todo: del cutis blanco, al verdimoreno; del color rubio, al canoso; de la suave pelusa sobre el labio risueño, al bigote caído laciamente sobre los ángulos estirados de la boca triste; de la tersura, a las arrugas; del cuerpo magro, a la talla rechoncha embastecida por gorduras; del aguante semidesnudo a las crudezas del tiempo, al acurrucamiento entre pesadas ropas. El libro de la contabilidad de Lupita saldó con déficit la cuenta personal de Villuercas.

—Vaya, adiós, ¿eh? La hora se pasa; aquélla ya pensará que soy una *piperrera*, y contra mí estará *marmar*. Gracias; ya veo que usted es un buen hombre. Hasta vista.

La muchacha se alejó, con brincos de cabra, monte abajo. Villuercas permaneció junto a la cancilla, perplejo. Lupita no se rió de él, como temía; mostró gratitud. Pero el arcano continuaba sin abrirse. ¿Picaría el pez? ¡Quién sabe! Nadaba cerca del cebo. Tomó el camino de casa muy pensativo, canturriando la canción del sereno, oída en Madrid antaño: «Cuatro con la grande;—con la chica, tres;—¿dónde será el fuego?—Pues no sé dónde es.»

VII

Ambroshi aguardaba en el embarcadero del riachuelo, consumida de impaciencia, porque la siempre puntual Guadalupe no parecía. Así, la recibió con destemplados modales y quejas.

—He tenido un encuentro en el camino. Ese carabinero que nos mira, Ruperto, o como se llame, cerca de casa, adonde sin duda iba, me ha hablado.

Picóse la curiosidad de Ambroshi, y relamiéndose, requirió a su compañera.

—Chica, cuéntame: ¿qué buscaba en ti ese cara triste?

—Te lo referiré después, cuando lleguemos al canal; pienso pedirte consejo.

—¡Jesús! ¿Tan negra es la duda? Cuéntame el caso sin demora. Opino que obraríamos cuerdamente dejando la pesca para otro día. El temporal de mar es de los mayores; correremos peligro en las rocas.

—A otros tan grandes nos arriesgamos sin miedo—. Y riéndose, añadió:—Hay que cobrar la renta cotidiana.

Las dos amigas se embarcaron en el bote *Icha-soko-Izarra*, allí amarrado; colocaron los remos en los escálamos y metieron la embarcación por la galería cubierta, debajo del camino real y de la vía férrea. Cuando desembocaron en la bahía bramó una racha furiosa de noroeste que rajaba las carnes. El bote se paró, como delante de una muralla, y comenzó a cabecear.

«¡Hala! ¡Aufa!», gritaron ellas, incitándose mutuamente.

Luego, encorvándose, hundieron los remos en el agua, y a un tiempo mismo impelieron el bote, con esfuerzo que marcaron la incurvación de los dedos gordos sobre el canto de los bancos delanteros, la hinchazón y tensión de venas y tendones de las piernas y la opulenta turgencia del pecho cuando casi se acostaron los cuerpos membrudos sobre los bancos zagueros.

Ichasoko-Izarra avanzaba rápido contra el viento ululante, pero impelido por la marea, cuyas ondas hervorosas salpicaban de copos de espuma la cara y las ropas de las bateleras. Bandas de gaviotas trazaban blancas espirales entre el agua mate y el cielo grisiento. Los ojos verdes de Ambrosi, los ojos azules de Lupita, seguían los vuelos de las aves, envidiándolos. Si pasaba cerca alguna marsopla, brincando, las bocas rientes de ellas la insultaban.

Atracaron en el desembarcadero. Amarraron el bote junto a la escalerilla y subieron al muelle, donde algunos tripulantes de los *Mamelenas*, de arriba, y un grupo de carabineros y guardias civiles les aplaudieron la faena.

—Ojo, chiquitas—dijo un guardia—; la mar y el viento están hoy muy brutos; no os jueguen alguna mala pasada.

Un marinero viejo que oyó la exhortación se encogió de hombros despreciativamente. ¿Acaso esas mozas, que llevaban en las venas toda la sal del golfo de Bizkaya, necesitaban de las lecciones de

un terral a quien le asustaría el agua de una jofaina?

Lupita y Ambroshi emprendieron el camino de la punta de Aranda, a lo largo del canal, al pie de los acantilados. El ruido de la resaca entre las rocas acompañaba sus pasos. El boquete del puerto, semivelado por la neblina, semejante a pulverización de plata, tapábase de cuando en cuando con enormes olas desmelenadas. El mar, completamente blanco de espuma, mugía; el viento disparaba crueles dardos de hielo.

Las dos amigas buscaron por abrigo un nicho natural del muro rocoso. Acurrucándose, cubrieron los pies con los bajos de las sayas.

—Ahora cuenta; es hora de ello—dijo Ambroshi rezumándose de curiosidad.

—El cuento es breve; bastan dos palabras. Ese Ruperto, el carabinero que nos mira...

—Que te mira, dirás.

—Bueno, que me mira; topó conmigo en el momento que se disponía a abrir la cancilla del caserío. Después de los saludos, me dijo, en substancia, que le había tocado la lotería, allá en su tierra, el premio gordo, ocho mil pesetas, y que deseaba casarse conmigo y hacerme dueña de su dinero.

—Y tú, ¿qué le contestaste?—preguntó con suma vehemencia Ambroshi.

—Yo, nada. Le di las gracias; me quedé pensativa. No me gusta; es viejo, feo...

—¡Calla, tonta, alma de limaco! ¡Ah si me lo hubiese dicho a mí!

—¿Qué le hubieras contestado?

—Vámonos en seguida, sin perder un minuto, a casarnos al Cristo de Lezo.

—¿Eso le hubieras contestado tú? ¿Tú? ¿Sin más ni más?

—Como lo oyes, Lupita. Que es viejo..., ¡no tanto, tampoco! Feo..., otros le ganan. Pero es rico, muy rico; saca la cuenta: ocho mil pesetas, que en tu vida las verás, aunque te para tu madre seis veces. ¡Ocho mil pesetas! Vivir sin trabajar, comer mucho, vestir buena ropa, levantarse tarde, ir a los *cines*... Casarte con el hombre que te guste es cosa que sólo pueden hacer las ricas; las pobres hemos de mirar a la conveniencia, a encontrar quien nos mantenga. Acuérdate de cómo son los chicos de nuestra clase; a la sidrería, a la taberna, a las ferias, al frontón, buen café, mejor puro; eso buscan, y la mujer que se reviente en el río, o que sude sangre por los caminos, acarreando cestos de dos o tres arrobas sobre la cabeza.

La seca sabiduría de buscar el provecho, a todas horas enseñada por las máximas y los ejemplos del mundo carnal, aprendida sin estudio, llanamente manaba de la boca de Ambroshi, limpia de cinismo y malicia. Lupita, cabizbaja, fruncidos los labios y el entrecejo, caídos los párpados, comenzaba de nuevo a deliberar la decisión que momentos antes parecía firme.

Ambroshi, silenciosa, procuraba adivinar cuál era el curso de los pensamientos de su amiga, retorciéndolos por la perplejidad. Los dictados de las ilusio

nes juveniles y del desinterés iban sobreponiéndose; pero Lupita temía ser denostada por boba. Buscando una escapatoria, dijo:

—No me determino... Otros pájaros aletean en mi pensamiento. Me ocurre una idea: le hablaré de ti; sospecho que también le gustas. ¿Y por qué no? Recuerda que cuando nos paseamos, tantos requiebros te dirigen cuantos a mí. ¿Bailas menos veces que yo en la plaza? Mañana le echaré la primera indirecta.

Ambrosi, sonriéndose con displicencia, le interrumpió:

—Chica, yo no soy plato de segunda mesa.

Ese chispazo del amor propio iluminó el rinconcito del pecho donde estaba guardado el de Lupita.

—Me he burlado mucho de las baskas civiles y carabineras. ¡No, no; cien veces no!

Las dos amigas se pusieron de pie. Bramaba el viento, mugía el mar, estrellábanse las olas contra las peñas, saltaban y esparcíanse las nubes de espuma.

—Volvámonos a casa, Lupita. Creo que hay peligro. La resaca es grande, el viento pega con fuerza. Me ha pasado el frío, sentada y hablando.

—Vuélvete tú; yo me quedo. ¿Cómo quieres que no gane mi jornal el día que tiro al agua ocho mil pesetas?

—Adiós, Lupita. Buena pesca. Te dejaré el bote. Yo tomaré asiento en el primero que pase a la otra orilla. Adiós.

Lupita se santiguó y entró en el borde del canal.

El agua tiraba de los pies como si los arrastrase a la sirga.

Llegóse a las rocas y comenzó la rebusca de moluscos, batida por el viento, que la ponía en el trance de perder el equilibrio, ya de suyo dificultoso sobre el suelo, como de cristal resbaladizo, húmedo y cubierto de algas. Contra todos los embarazos salían vencedores el hábito de la faena, la agilidad del cuerpo y la flexibilidad de los pies duros, cuyos dedos hallaban apoyo en la fragosidad misma de las peñas. Si el viento soplaba con demasiado ímpetu, se echaba boca abajo y se agarraba con las manos a los bordes de las rocas. Iba avanzando en pos de la marea, camino de la desembocadura. Cuanto más adentro, mayor era la abundancia de lapas y lampernas; la cestita se llenaba poco a poco. El ahinco en la faena la hizo olvidarse del tiempo y de la distancia. Un topetón de agua contra las peñas, que la envolvió en espuma y le caló la ropa, le dió a entender que la marea, en su movimiento de retorno, ganaba terreno impolida por el vendaval, incontrastable aventador de las olas. Estaba a punto de verse cercada en un islote; pero aun se mantenía libre sobre las ondas una lengüeta rocosa, a modo de calzada entre el arrecife aquel y otros cercanos a tierra firme. Angosta, alta y descampada, barríala el viento desaforadamente. Parecía imposible recorrerla a pie sin despeñarse. Lupita, experta en las cosas del mar, hubiese aguardado a que amainase un momento, como suele; pero ¿le daría tiempo la marea? Tendió la vista perspicaz alrededor. Desde

el boquete, las olas, roncadas de clamorear, destrenzadas las melenas sobre los ondulantes hombros color de limo amarillento, se despeñaban, como jaurías de furias acosadoras, saltando por encima de las rocas que hallaban al paso, ensanchándose luego en cascadas de espuma hervoreante. Desmayábase la luz en el ceniciento lecho del crepúsculo. La soledad en que se veía no conmovió la impavidez de Lupita. Comprendió que dentro de algunos minutos tocaría el turno del asalto contra los parajes, ya bloqueados, donde ella estaba detenida; antes era ineludiblemente necesario retirarse. ¿Por dónde? La lengüeta, camino breve, y fácil si le favorecía la suerte, la persuadió a intentar el paso. Apenas la pisó temió ser derribada al mar, bajo allí todavía, pero de muy áspero fondo para que la caída no le destrozase el cuerpo. Volvió sobre sus pasos, sin otro arbitrio que descolgarse de la peña, mientras le llenaba los oídos el estrépito fatídico que movía la resaca, arrastrando pedruscos sueltos. El agua le llegó a la cintura. Se santiguó y miró al peñasco de la Cruz, cuyos brazos de hierro prometían amoroso acogimiento. Lupita, sin ningún temor, confiaba en la fortaleza de sus piernas y en su destreza de nadadora, si a tanto llegaba el lance. Lo que importaba era andar una veintena de pasos, a lo sumo; después que el agua bajase a la espinilla, cesaría el peligro. Comenzó a darlos, venciendo la resistencia de la resaca, con mucha fuerza. Avanzó un par de varas, y ya no dudó del éxito próspero. Inesperadamente, la resaca le dió un tirón de las

piernas y cayó al fondo, despatarrada. Salió a flote en seguida y se puso a nadar. La cesta, llena de lapas y lampernas, se le escapó del brazo, y el mar la arrastró con rapidez vertiginosa.

«Adiós mi pesca—exclamó Lupita—; jornal perdido. Ahora, que no me lleve a mí», añadió, atemorizándose un poco al observar cómo sus briosos intentos no lograban todavía contrarrestar el efecto de la resaca, que, apartándola continuamente de la costa, la atraía hacia las rompientes. Pero no confiaba de vencerla, porque sentía fuerza en los brazos y ánimo en el pecho para proseguir nadando. En el peor caso, se arrimaría a alguno de los peñascos abrigados que no cubre la marea, resguardándose con él a la espera del reflujo, o de algún otro auxilio que le prestase la luz del día. La noche, dura de pasar a cielo descubierto y mojados los vestidos, pudiera dar espanto a cualquiera otra mujer menos robusta y sana que ella. Esa última esperanza se disipó rápidamente. Conoció que no estaba en su mano dar dirección a sus movimientos; era a modo de erizo de castaña o cáscara de huevo caídos al mar. La cesta de lapas y lampernas le había marcado el camino de la muerte; sólo se diferenciaba de ella por la resistencia, ineficaz, a seguirle. Resistencia que fué domada cuando entró en el círculo del oleaje. Lupita, en los vaivenes del emerger y sumergirse, dió sus alaridos de espanto a la inmensa soledad inexorable. «*Galdua naiz*», pensó. Los recuerdos de casa le llenaron los ojos de lágrimas. *Jaungoicoa!* — gritó —. *Ah gure umecho*

gaiishoak!» Subió una ola enorme; al ahondarse su jaspeada concavidad, sorbió a Lupita y la empujó a la cumbre donde se riza la espuma, y desde allí, haciéndola dar vueltas como de aspas de molino, la lanzó contra los peñascos. El cuerpo quedó preso en asperísimo embudo, chorreando sangre, hasta que el agua, con su continuo fluir y refluir, se lo llevó adonde había ido la cesta de los percebes.

Iruña, 28 de enero de 1916.

PEDRO MARI

A la señorita Matilde de Iturralde y Elbed.

I

Podía marcharse cuando quisiera. El último eslabón que lo retenía a la vieja borda de Pagogaña estaba roto; la abuela dormía ya, allá abajo, en el camposanto de Errazu.

A la sombra de los castaños no se enjugaría, en adelante, el *echeko-jaun* la frente a la tardecica, ni las correntosas aguas de la regata de Urbizi fundirían sus cristalinos susurros con el canto argentino de la lavandera, ni las rubias cabecitas de los niños y la sonrisa feliz de la esposa iluminarían el dintel oscuro de la puerta.

Estaba solo, completamente solo, dentro de la ahumada borda, cuyas ventanas miran al hondo valle por entre las ramas del castañar tupido, como el atisbador silvano a través de las zarzas.

Sus cuatro hermanas se habían casado en diferentes pueblos del valle. La mayor, en Berrueta; dos en Arizcun, y la más joven, en Errazu. Provisitas de su dote salieron de casa. Pedro Mari, el heredero, nunca quiso casarse, no ciertamente por falta

de partidos aceptables, sino porque desde muchacho acariciaba una idea, un proyecto.

En la cabeza de aquel mocetón de ojos garzos, pelo de maíz y cara sonrosada, alto cual el pino y vigoroso como el roble, había germinado cierta idea única y exclusiva, que extendía sus raíces por todo el cerebro: la de marcharse a América y, al igual de tantos otros conterráneos, enriquecerse.

¿Cómo? Nunca se le ocurrió la pregunta. Nada sabía y de nada se estimaba ignorante. América enriquece a las gentes... porque sí.

Después de muerta la abuela, vendió el hato de ovejas, los ajuares de casa y las heredades a su hermana Leocadi, la de Errazu, más rica, o mejor dicho, menos pobre que las otras. La borda *nativa* se la reservó para cuando, llena la bolsa de peluconas, volviese *de allí*.

La ocasión, realmente, convidaba a emigrar. Hablábase de inminente guerra entre Francia y España. La borda estaba situada junto a las mugas de la frontera. Habría que formar en las filas de la milicia del valle, invadir el territorio francés..., ¿quién sabe?

Pedro Mari detestaba la guerra, y más que la guerra, el servicio, la disciplina, el cuartel. La montaña había depuesto en su alma el amor a la paz pastoril; la raza, el amor a la independencia individual. Ni el pastor ni el basko se avenían con la servidumbre del soldado.

II

Dispuso el viaje para el día siguiente: viaje largo y penoso, a pie hasta el único puerto andaluz habilitado para efectuarlo, sin otra ayuda que el escaso dinero reunido, ni otras esperanzas que la carta de recomendación del señor cura a un pariente de Valparaíso.

A la tarde, después de comer frugalmente, tomó, pecho arriba, uno de los senderos de Izpegi. Se le había encasquetado el capricho de dar el vistazo de despedida al valle desde aquellas azuladas cumbres. ¿Por qué desde Izpegi y no desde Nekaitz o Bustinzelaya? Porque en la falda norte de Izpegi, a orilla de los manzanos, sobre finísima y verde pradera, como lienzo recién limpio y puesto a secar, se levanta el caserío de Eyaraldea, donde habita *Katalin*, la hermosa y alegre baigorriera que por poco torció los propósitos aventureros de Pedro Mari. Y acaso, inconscientemente, el fondo de su corazón conserva la fragancia de su único amor: en el hogar apagado, aun durante la más fría noche dura el rescoldo.

Corría el mes de marzo de un año sin hielos y de pocas nieves en Nabarra. La atmósfera, suave y húmeda, adelantaba la florecencia; la primavera, coronada de tibios rayos, se entretenía escondiendo piadores nidos por los matorrales. Tan pronto mostraba su faz risueña entre las nubes como la

ocultaba; pero dondequiera, en campos y bosques, se descubría el ruedo de su saya de colores ondulando el viento.

Sentóse Pedro Mari sobre una piedra. El cielo, de Norte a Sur, cambiaba imperceptiblemente de color: allá, azul pálido; aquí, de cristal esmerilado. Al Occidente, una nube bogaba sin prisa, como isla flotante de grana con vetas de oro. Lucía la espléndida chorrera de su torrente el erguido Mikan, y las lomas de Astate y Arieta, a esmeralda de sus prados; a la espalda se arremolinaban las montañas desde Orzanzurieta a Belate, empujando hacia el cielo las olas innúmeras de sus cimas, arrebujuadas las más altas en pardas nieblas. A los pies se ahondaban, a derecha e izquierda de Izpegi, los valles de Baztán y Baigorri con sus pueblos, caseríos, sembrados, ríos y arboledas, a través de una sutilísima malla donde la luz prendía lentejuelas de plata sobre los matices verdosos y azulados de la neblina. Dejábase oír el aire con blando silbo de pajarero, y le replicaban las risas de los arroyuelos, que por todas las laderas del monte bajaban al valle como tropel de saltarines muchachos.

De pronto, a los ruidos de la Naturaleza se unieron ecos de canciones lejanas, voces femeninas que obscurecían, sin eclipsarlos, antes bien armonizándose con ellos, los cánticos de las aguas correntosas y el tintineo de los rebaños. Pedro Mari comenzó a bajar la vertiente francesa, atraído, más que por el coro femenino, por el caserío de *Katalin*. En las heredades de las primeras bordas, hasta una docena

de muchachas escardaban el trigo. El sol iluminaba sus rojas haldas en cinta, las multicolores tocacas de sus cabezas.

Las escardadoras cantaban:

*Iruten ari nuzu
Kiloa gerrijan,
Ardura dudalarik
Nigarra begiyan.*

(«Estoy hilando, la rueca en la cintura, y a menudo, en los ojos, lágrimas.»)

La melodía, alegre y juguetona, pero de cadencias melancólicas cual retazo de nieblas en paisaje soleado, concertaba con el ánimo de Pedro Mari, contento por la marcha y triste por la despedida.

Las escardadoras pronto notaron su presencia, y volviendo hacia él las caras joviales, cantaron a grito herido, dando fin a la estrofa con un *irrintzi* (1) agudo y sonoras carcajadas:

*Arreba, nai duzuya
Gizonik erosi?
Eliza bazterretan
Bi sosetan zortzi.*

(«Hermana, ¿quieres comprar hombre? Junto a la iglesia, ocho por dos suses.»)

(1) *Irrintzi*, grito de alegría y desaffo.

Pedro Mari, poniendo a modo de portavoz sus manos, contestó con esta estrofa:

Anaya, nai duzuya
Emazterik erosi?
Baratze kantoinetan
Sostan emezortzi.

(«Hermano, ¿quieres comprar mujer? En los parajes de las huertas, diez y ocho por un sus.»)

Mientras él cantaba, una de las escardadoras, jovencita de diez y seis años, menuda y ágil ardilla, bailaba y brincaba a compás, en medio del sembrado.

—Para el buen bailarín no hay mal tamboril, ¿verdad?—le gritó otra escardadora, hermosa muchacha rubia, de ojos negros, acercándosele con aire zumbón y provocativo.

—No te arrimes, *maitia* (1).

—¿Por qué?

—Por el refrán: *Baigorriin bachera urrez, ni arat orduko, lurrez.*

(«En Baigorri, la vajilla de oro; pero cuando llego allá, de barro.»)

—También yo sé refranes; ¡me llaman la refranera!

—Dime alguno; en tu boca serán de miel.

—*Asto andiak, Baztango.*

(«Los grandes asnos de Baztán.»)

Cual manga de cohetes voladores subieron al cie-

(1) *Maitia*, querida.

lo las risas de las muchachas, rebotando sus vibradoras cuentas de eco en eco, hasta perderse en los murmullos de los manantiales y arroyos.

Pedro Mari era corto de genio, tardo de lengua y perezoso de imaginación para habérselas airosamente con una docena de mujeres burlonas. Sus carcajadas le desconcertaron; ruborizóse y volvió pie atrás, internándose bosque arriba, triste, porque no había visto a *Katalin*. Las escardadoras seguían cantando a voz en cuello y con aire más vivo:

Ezkondu nai dutenak
Seinale dirade,
Matrell-ezurak seko
Koloriak ferde.

(«Los que se quieren casar, presentan varios síntomas: las mejillas juanetudas, verde el color.»)

III

Al penetrar en España sintió pasos por la encrucijada del bosque. Aparecieron tres mozos; a uno de ellos le conocía: era Martín, el de Zamukegi.

A sus preguntas, éste le respondió:

—Los dos amigos son de Bidarray. No vamos a Elizondo, como piensas, a comprar ganado. Nos expatriamos, huímos de Francia, resueltos a permanecer en tierras de Pamplona hasta que estas cosas acaben. Temo que cuando volvamos hemos de encontrar los árboles con las raíces al cielo y las ramas

al suelo. Los amigos de la nación—¿conoces tú a esa mujer? Será alguna *Okerra* (1) de París...—han invadido el valle. Cierran las iglesias, las llenan de heno, roban los cálices, patenas y custodias; plantan un arbolito en la plaza y bailan alrededor, aullando blasfemias. Con ellos están Pinet, el francés, y los malos curas Mariturri, Duronea, Sorondo-Chaldun, ¡cerdos!, que quieren casarse; todos ellos del brazo de *Galtza-Gorri* (2).

Pedro Mari se santiguaba.

—Por tabernas y posadas, vaso en mano, predicán nuevos sermones y pretenden que todos obedezcamos a esa República que han sentado en el trono del rey. ¿No quedan sino mujeres para mandar a los hombres? Dicen que han de llevar la República a Madrid, y no ha de quedar fraile ni inquisidor en España. A algunos trastornan el juicio. Están formando un batallón de voluntarios, y como se alistan pocos, comienzan ahora a sacar mozos por fuerza. Hoy quisieron echarnos la red; los gendarmes nos han perseguido a tiro limpio por el monte. Esta es España; que sirvan ellos si les place, gritando ¡viva la libertad! Nosotros somos libres. ¡A Pamplona!

Martín se volvió cara a Francia, y su pecho de toro lanzó un *irrintzi*, que onduló largo tiempo, con vibraciones de júbilo y desafío.

(1) Apodo de una mujer que adquirió triste celebridad en el País Vasco-francés durante la época revolucionaria.

Galtza-Gorri, nombre burlesco del diablo; literalmente, calzones rojos.

Al despedirse Martín, se acercó a Pedro Mari y le dijo a media voz:

—¿Sabes la noticia? *Katalin*, la de Eyaraldea, se casa con Miguel Elorga. ¡Por supuesto, si no lo llevan soldado!

Los tres mozos desaparecían momentos después entre los árboles sombríos. Pedro Mari permaneció inmóvil, pensativo, hinchado el corazón de lágrimas. Cierta ruido encima le distrajo; levantó la cabeza; un pájaro—el pico negro—tamborileaba sobre una rama seca. Las estrellas tempraneras lucían su pálida luz de oro a través del emparrado de los árboles. Sobre el rumor de manantiales y riachuelos percibíase el grito melancólico del cuclillo. Las nieblas, lentamente, bajaban al valle.

IV

Apenas los fulgores del alba comenzaron a filtrarse por las mal ajustadas ventanas de la borda, Pedro Mari, que había dormido poco, se puso en pie. Vistióse, ciñóse el cinturón que contenía el dinero, agarró el palo del cual colgaban el lío de ropa, los borceguíes y la cesta de provisiones, y salió de la casa tras una breve mirada de despedida, poniendo la llave de ella al alcance de la mano por la gatera de la puerta, como si hubiese de regresar pronto.

Tenía la boca seca, y bebió un trago del arroyuelo. La mañana estaba fresquecita, pero hermosa, más propia de mediados de junio que no de úl-

timos de marzo: puro el ambiente, limpio el cielo, rosadas las montañas, quietos los bosques.

La alegría, las esperanzas, ocuparon pronto el lugar de la tristeza que toda despedida tiende sobre el ánimo. El higiénico ejercicio aumentaba el bienestar de su cuerpo. Iba a paso largo de montañés, por trabajosos atajos, camino del puerto. Junto a las ventas de Ulzama topó con un gran golpe de soldados que subían por do él bajaba, y en Olagüe se cruzó con dos regimientos y numerosos jinetes ricamente vestidos. Le dijeron que era el virrey, y estaba declarada la guerra a Francia. Como no soplaban viento, las banderas españolas pendían, lacias, de las astas: les faltaba el orgulloso restallido precursor de la victoria.

Para excusar preguntas indiscretas, se apartaba de los pueblos; de noche prefería las ventas solitarias.

Mientras corrió las tierras de Pamplona, aunque el paisaje era más severo y los campos menos poblados, se le figuraba, por la semejanza de trajes, costumbres y lengua, que no había salido de Baztán. Otra cosa fué apenas puso las plantas en las llanuras de la Ribera. Cielo risueño, suelo feraz, y no obstante, impresión de tristeza para el montañés en la planicie ondulada sin bosques, arroyos, bordas ni prados, ni blancas ovejas y rojizas vacas sobre la mullida hierba. Las notas de color habituales a su retina pintábanse las manchones del trigo, los opulentos huertos que rodean a las poblaciones, grandes y distantes unas de otras.

Pronto llegó a Castilla la Vieja, y el tedio fué el acompañante de sus jornadas. Cada vez era más alegre el cielo y más feo el suelo: áridas sierras, peñascos escuetos, gargantas de granito, tristes pinares, y, a poco, la inacabable estepa polvorosa amarillenta, con su marco de montañas que no eran sino montones de tierra parda, levantados, sin duda, por gigantescos topos; y lejanos campanarios, a donde nunca se llegaba. Bajo los torrentes de oro de la luz solar, pueblacos míseros, casuchas de tierra, hombres y mujeres cetrinos, flacos, peludos, andrajosos, rebaños negros que pastores de torvo mirar y vestidos de pieles conducían. Y cuando pasaba junto a las heredades donde el labrador había escupido el riñón sobre el compacto terruño, ni risas ni canciones saludaban la cesación del trabajo. Retirábanse a casa los hombres, taciturnos y huraños, jinetes sobre el borrico alforjero.

¡Oh! ¿Dónde estaban ahora las alegres y sonrosadas escardadoras de Baigorri?

Tras mucho andar de día, las noches eran de mal descanso. Sucias y destartaladas las ventas, cuyos suelos jamás rozó la escoba; las vasijas de barro colgadas de la pared por ajuar; a menudo fuego, vino y aceite solos por todo bastimento, y necesidad de comprar fuera la comida y prepararla personalmente, so pena de acostarse con el estómago vacío; mesoneros impávidos para el obsequio y agasajo; mozas desgreadas y desabridas, cubierto de petachos el amarillo refajo; ninguna concurrencia

de gente a pasar la velada jugando y bebiendo, como en las posadas baztanesas; caminantes pocos, excepto cuando la reunión allegadiza de arrieros invadía la venta y quitaba el sitio; cama con sábanas, nunca; conversaciones, escasas, y por ignorar el castellano, burlas copiosas.

¡Cuántas y cuántas veces le vino a la memoria la rancia canción de su tierra *Erdal-erriko bizi-modua* («La vida fuera del país baskongado»), puntual retrato de las gentes y pueblos que iba viendo, y al tenderse sobre el costal de paja en la cuadra, canturreó, acompañado por el coceo de las mulas:

Ango sukak bazterrak ikustekoak:
Laratzikan batere, palta auspoak;
Alki sendoak
Iru edo lau arri kintalekoak
Ango zokoak
Ezkoñduz geroztikan garbitzekoak.

(«Notables son los hogares de allí; faltan los llares y no hay fuelle; los sólidos poyos, piedras de tres o cuatro quintales. Los rincones aguardan el barrido desde el día de la boda.»)

— «A mal tiempo, buena cara» —decía Pedro Mari.

Y cada mañana emprendía con mayor ansia la caminata y alargaba la etapa por llegar cuanto antes al único y lejano puerto andaluz de donde salen los barcos para la vuelta de Chile.

V

Cierta tarde que, por habérsele acabado las provisiones, entró en la taberna de un pueblo, se le acercaron a la mesa donde comía dos individuos que cortésmente le saludaron. No era muy buena, a la verdad, su traza; pero cuando Pedro Mari miraba la suya, su tez quemada por el aire, su ropa descolorida por el sol, su camisa mugrienta, los desgarrones de la chaqueta, el pantalón deshilachado, se estimaba sin derecho a mostrarse descontentadizo. Uno de ellos era alto; bajo el segundo; con cara de garduña éste y de pandero aquél; chirlos en la carota y costurones en la carita.

Ráidos y manchados los trajes, por su corte y adornos bien se le alcanzaba a Pedro Mari que no eran de aldeanos. Ellos se vendieron como de Madrid, que estaba cerca, y abrieron la plática. El alto resultó soldado viejo y haber presidado San Sebastián y Fuenterrabía. Retuvo palabras del bascuenze y, con las castellanas del acervo de Pedro Mari, trabaron diálogo, bastante a entenderse. Convidaron ellos con vino, por el gusto de haber encontrado a persona de tan rica casta como la bascongada, y hablando hablando, entre las mentiras de los dos, descubrió Pedro Mari todas sus verdades propias. Moviése luego ruido en la calle, y so color de enterarse, desaparecieron los dos amigos, primero el hombrecillo y a poco el hombrazo. Otros que había en la taberna fuéronse asimismo por puertas zagueras y excusadas, quedando sólo

Pedro Mari a terminar de comer, cual cumple a montañés cachazudo.

Levantóse para el pago, ágil como nunca; tan ágil, que se le figuró faltábale cierto peso, atadura o estorbo ordinario, que le habría sido imposible de precisar cuál fuese. Instintivamente subió la mano a la cintura. ¡El cinturón del dinero había desaparecido! Pálido, convulso, Pedro Mari prorrumpió en ayes y frases de apuro y angustia, a la vez que se palpaba el cuerpo por todas partes.

Observábale desde el mostrador el tabernero, y le preguntó ásperamente:

—¿Qué es ello, hermano? ¿Se ha vuelto loco? ¡Deje el guirigay y la algarabía, que aquí no se cuece lengua bizkaína!

El disgusto, la emoción perturbaban de tal suerte a Pedro Mari, que no acertaba con una sola palabra castellana; por fin gritó lastimeramente:

—¡Man errobáu!

Torció el gesto el tabernero, y hubo de aguzar el ingenio para entender la frase.

—¡A otro perro! No valen esas tretas, hermano; soy viejo, y ningún motilón me pega la gorra. O pagas, o llamo a la justicia.

Pedro Mari no entendía; que de lo contrario, hubiese sacado del chaleco el dinero que llevaba aparte para el gasto menudo y diario. Creyó que el tabernero le desmentía, y replicó con más fuerza:

—¡Man errobáu aquí, aquí; man errobáu!

Estas palabras encolerizaron al tabernero.

—¡Por Cristo!—exclamó—. No faltaba otra cosa

sino que un petardista echase a perder a un hombre honrado, a un cristiano viejo como yo. Sepa vuesa merced, bizkaíno de Barrabás, que el cabil do de esta casa es de gente de pro.

Enzarcóse la disputa, repitiendo sin cesar, con voz estentórea, Pedro Mari su frase, y respondiéndole el tabernero con impropiedades y amenazas. Tan fuertes eran sus voces, que no oyeron los pasos de varios soldados, ni notaron su presencia, hasta que el sargento puso su mano sobre el hombro de Pedro Mari y dijo:

—Soldado de Su Majestad.

Pedro Mari, atónito ante el aparato de fusiles y bayonetas, relacionándolo con el asunto de la disputa, aun más colérico que afligido, intentó desasirse, y comenzó a dar voces.

—¿A mí erroban, e a mí al cárcel?

Nadie le hizo caso. Maniatáronle los soldados, y a empujones y culatazos lo sacaron a la calle.

—Señor sargento—decía el tabernero corriendo tras de él—, que se me va el muy pillo sin pagar.

—Hombre, quien sirve al rey, ¿qué menos sino comer de balde?

Pedro Mari fué incorporado a una larga cuerda de hombres jóvenes, harapientos y mal encarados los más, que había en la plaza, bajo la custodia de una compañía de milicias. Redoblaron los tambores, cuadróse la tropa, y un oficial, ante la bandera, leyó con voz clara un Real decreto de Su Majestad Católica el rey D. Carlos IV, reproduciendo otro de su antecesor D. Carlos III, de 11 de septiembre de

1773, mandando hacer levadas de gente ociosa en Madrid y pueblos de su contorno exceptuados del servicio militar, con motivo de la guerra entre España y la República Francesa.

VI

Entendió alguna palabra suelta Pedro Mari, y lo que oía le puso al tanto.

Desatósele el pecho anudado por la pena. No le llevaban como a ladrón, que el mal tabernero denunciara. Pretendían que fuese soldado. ¡Vano empeño! De la quinta castellana le exceptuaba su doble título de natural nabarro e hidalgo baztanés. El percance quedaba reducido a alegar su excepción. ¡Cómo, cuándo? A la hora era imposible, porque los soldados a nadie atendían, y si alguien de la cuerda hablaba recio, le soltaban un palo...; pero sazón oportuna, más o menos pronto, se presentaría.

Resolvió aguardarla; mientras, le sobraban motivos de afligirse y cavilar. ¡Le habían robado! Su pequeño caudal había desaparecido y le era imposible practicar averiguaciones, perseguir al ladrón en el pueblo, de donde, por las trazas, iba a salir la columna. Al entrar en la taberna llevaba el dinero encima; tenía seguridad de ello. ¡Oh, los allegadizos amigos! ¡Ellos eran, sin duda, los ladrones! ¿Podría proseguir el viaje? Lejano aún el puerto, ¿le duraría el dinero del chaleco? A fuerza de privaciones, lograría estirarlo... Pero ¿y el pasaje?

¿Cómo embarcarse y cubrir en América sus primeras necesidades hasta encontrar colocación? Lo más cuerdo era volver pie atrás... ¡Proyecto descabellado! ¡Entrar en Baztán sin dinero, sin hacienda! ¡Lindo viaje! Se pondría a servir de pastor, de criado... ¡Y las burlas de los amigos, de los parientes, de los convecinos? ¡Le sacarían coplas! ¡Las muchachas de la fuente y el río cantarían los *berso berriyak* de Pedro Mari Belarra! No, mil veces no; antes ir mendigando, antes el servicio militar que la befa inevitable.

Estas fueron las ideas que estuvo machacando su magín durante toda la tarde y parte de la noche que duró la marcha a través de yermos desolados. Por fin llegaron a una ciudad grande, que le dijeron llamarse Alcalá, y los metieron en una cuadra, baja de techos, sin otro ajuar que las tarimas donde se acostasen. Presentáronles una caldera llena de rancho, que a Pedro Mari le recordó la que en su tierra se sirve a los cerdos. Un cabo, acompañado de cuatro números, iba registrando los bolsillos de los levados. Tocóle su turno, y estimó que era sazón de exponer sus agravios. Riósele el cabo sin darle oídos, y le quitó el dinero. Resistióse Pedro Mari, y tras de recibir unos cuantos palos, le amenazaron con el calabozo. Entonces comenzó a exhalar quejas amargas, a maldecir de su suerte con tono lastimero y gestos desesperados. Ninguna compasión excitó. Antes bien, los que él estimaba compañeros de infortunio comenzaron a remedarle grotescamente y a hacer rechifla de su angus-

tía. Refrenóse entonces, y opuso a la adversidad frente de mármol. Refugiado en un rincón, sin probar el repugnante rancho ni mover los labios ni cerrar los ojos, pasó la noche. Aplanábale el más completo abatimiento; iba formando clara conciencia de que se hallaba cautivo dentro de una red que le sería imposible romper.

Penetraron las primeras luces del día por la angosta ventana. El calor era sofocante, pesado el ambiente, apestoso el vaho que exhalaba la aglomeración de personas.

Sobre la tarima roncaba la barredura social, montón de harapos piojosos por entre los cuales asomaban caras macilentas de miseria y vicios, piernas y manos roñosas.

¡Oh cuán espléndida a la misma hora la pupila de oro abierta sobre los verdes montes baztaneses!

La encerrona duró la mayor parte del día siguiente. La atmósfera espesa de la cuadra provocaba náuseas. A Pedro Mari le dolía la cabeza, cual si una barra de hierro se la traspasase de sien a sien. En vano la leva se quedó ronca pidiendo rancho y oreo; las puertas continuaron herméticamente cerradas. En los momentos de silencio se percibía claramente el paseo de los centinelas. Las sobras del rancho fueron devoradas entre disputas. A Pedro Mari le producían asco el alimento y la manera de comerlo; antes morirse de hambre que probar bocado; pero no tenía ganas, a Dios gracias. Le atormentaba la sed, y por fin se resolvió a beber del botijo un agua nauseabunda, caliente y que sabía

a tierra. A las cuatro de la tarde se abrió la puerta zaguera, y como manadas de toros salieron los presos buscando luz y aire.

Estaban en un patio de altísimas paredes lisas, sin huecos; al pie de ellas, y formando cuadro, dos filas de soldados, calada la bayoneta; en el centro, un grupo de oficiales, de diferentes uniformes, que charlaban, reían y fumaban.

Alinearon a los levados, y comenzaron a recorrer la fila los oficiales.

—¡Caramba! ¡Esta es morralla pura!—exclamó un oficial de caballería, de brillante uniforme y aire aristocrático, haciendo un gesto desdeñoso—. ¡Parece la leva un capítulo de *Rinconete y Cortadillo!* ¡Ni un lugareño! Esta es gente de la hampa.

—Hay excepciones, Pepito—contestó otro compañero, capitán de infantería—; allá veo un moce-tón más alto y recio que una torre. Me lo llevo a granaderos. Tiene cara de hombre de bien; su traje no es de esta tierra. ¡A bizkaíno me huele! ¡Cómo diantres habrá caído en esta redada?

Los oficiales fueron entresacando a los de la leva y distribuyéndolos en pelotones. El menos numeroso era el de Pedro Mari.

Cuando el capitán se acercó a comunicar órdenes al sargento, Pedro Mari se descubrió respetuosamente, y según supo y pudo, que fué a trancos y barrancos, expuso humildemente sus reclamaciones.

El capitán lo escuchó pacientemente, no sin cierta simpatía.

—¿A quién se lo cuentas, hijo? El rey manda —y saludó militarmente—. De estar en tu tierra, tendrías que servir..., porque supongo que los nabarritos no pensarán vivir a la sopa boba, mientras los demás españoles nos descrismamos con los franceses. Aquí o allí, igual da.

Quiso insistir Pedro Mari; pero el capitán le cortó la palabra con aire severo:

—¡A callar! De lo contrario, te doy un baqueteo.

Y le volvió la espalda. Los demás oficiales que observaron la conversación le preguntaron acerca del caso, y una vez enterados, exclamó un teniente coronel de artillería:

—Esos perros siempre llevan los fueros en la boca para no servir al rey. ¡Cualquiera diría que son de otra casta! ¡Puesto que cayó uno en nuestras uñas, a ver cómo me lo doma, señor capitán! Eso sí, son hombres valientes, y a ninguno ceden en funciones de guerra.

VII

Resultaba inútil, absoluta y perfectamente inútil, y además de inútil contraproducente, el rebelarse. De esta verdad viva se enteró pronto Pedro Mari. Cogido por el dentaje de la maquinaria ordenancista, no había otra salida que pasar bajo el implacable cilindro. Acomodóse pasivamente a las circunstancias con alguna vaga esperanza de mejorar. ¿Cómo, por qué? El hombre, aun cuando desespera, espera.

A España, como de costumbre, le sorprendía la guerra sin elementos militares. Diariamente, de una y otra parte llegaban reclutas a Alcalá para que apresuradamente los instruyesen. Desde las seis de la mañana hasta las once, y desde las tres de la tarde a las seis y media, permanecían Pedro Mari y sus compañeros sobre el campo de maniobras, aprendiendo el ejercicio a la prusiana. ¡Qué de nimiedades, complicaciones y artificios! ¡Cuántas recetas para dificultar los actos más espontáneos del cuerpo humano: mover los brazos y andar! ¡Qué de arcanidades en un simple «¡vista a la derecha!» Aun es más rica en cosas la táctica que el *minué*.

Pedro Mari ponía los cinco sentidos; pero tropezaba y caía en el obstáculo del idioma castellano, que entendía poco, y casi nada al salir de la boca ceceante del sargento instructor, que era andaluz cerrado. Como interpretara mal las primeras voces de mando al comenzar la instrucción, azorábase y no había movimiento que no trastrocara, paso ordinario que no fuese ligero, ni vuelta a la derecha que no diese a la izquierda. Era un errar continuo, una acumulación inconcebible de torpezas. Soltaba el sargento la nacional majadería de: «¿Cómo es eso? ¿Acaso no hablo yo castellano?» Y el día acababa con pan negro y calabozo, amén del correspondiente baqueteo sobre la marcha. Los demás reclutas lo creían tonto, y se lo llamaban, burlándose despiadadamente. Cohibido por preceptos tantos y achicado por el temor, su cuerpo ágil de montañés, hecho a brincar piedras y correr vericuetos, a mover-

se libremente, era ya cuerpo de palo, rígido, anguloso, de articulaciones anquilosadas. A lo cual contribuía el uniforme: sus prendas estrechas, el correaje, las mangas y botones, que oprimían el corbatín con hebilla que le agarrotaba; los zapatos, que le enardecían los pies, habituados a la flexible alpargata y a andar descalzos sobre la húmeda hierba.

Invadióle una profunda tristeza, una nostalgia que con nada se podían distraer o amenguar. En las espléndidas puestas del sol de los cielos castellanos, cuando el azul intenso de las montañas alcaireñas resaltaba bajo el azul pálido del firmamento y los pardos terrones de la anchísima llanura se teñían con matices de oro y grana, llenábansele de lágrimas los ojos y seguía con envidia, con honda envidia, con envidia de pobre, el libre vuelo de las grullas peregrinas al Norte.

Solo, aislado, sin amigos, sin compañeros; siempre la indiferencia, más cruel aún que la frecuente burla. Entre los reclutas, el único que le daba muestras de afecto era Gregorio, montañés de Burgos, rayano de Bizcaya.

A menudo hablaba de las excursiones al Señorío en tiempo de ferias y mercados, de los bailes en la campa, al son del tamboril.

—Son muy guapas y muy alegres las bizkaínas —decía—. ¡Ah, si yo hubiese sabido tu parla! Como hay Dios, diera entonces gustoso la mejor novilla del corral por saber baskuenze.

—¡Ojalá si no lo supiese yo!—exclamaba Pedro

Mari renegando de su lengua, a fuerza de desdichado.

VIII

Bien o mal, y en todo caso pronto, instruyéronse los reclutas, y llegó el día de incorporarse al regimiento de Córdoba, el cual, destinado al ejército de Cataluña, llegó de víspera. Con esto se arruinaron totalmente las esperanzas de Pedro Mari, cebadas en las voces de que los llevarían al ejército de Navarra.

Amaneció la mañana de la partida sin una nube que empañase el cielo. Desde sus primeras horas, las calles y plazas de Alcalá eran estrechas para la gente que rebullía. Bandeaban las campanas, rasgaban el espacio estrepitosamente cohetes y voladores; ondeaban al aire, desde las ventanas de las casas, las colgaduras; por todas partes resonaban aclamaciones a la Religión, al Rey y a España.

Las fuerzas prevenidas a emprender la jornada eran: un batallón de guardias españolas, los regimientos de Saboya y Córdoba y un regimiento de dragones. El estado mayor era lucidísimo; componíanlo el teniente general príncipe de Monforte, el conde de la Unión, el mariscal de campo D. Rafael Vasco, el brigadier D. Eugenio Navarro. Las tropas oyeron misa a las ocho en diferentes iglesias; al regimiento de Córdoba le tocó oírla en la de los santos mártires Justo y Pastor, donde predicó el capuchino padre Ambrosio Orgiva, que proclamó

la indisoluble unión del trono y el altar, y la necesidad de raer del suelo los hombres y los principios nefarios de la Revolución francesa, empleando palabras de fuego, realzadas por su figura de semita: tez morenísima, cuerpo enjuto, cara escuálida, ojos negrísimos centelleantes, barbaza del mismo color y cabos canosos. El sermón entusiasmó y enardeció a los oyentes; no a Pedro Mari, que se durmió profundamente, cediendo al influjo del lugar sombrío, proximidad de un pilar y copioso sonsonete de palabras ininteligibles.

Media hora después salían las tropas de Alcalá oyendo vítores y gritos de despedida. Restallaban las blancas banderas coronelas, luciendo la cruz de Borgoña, castillos y leones en los huecos, y las cuatro coronas que cierran las puntas de las aspas. El agudo clarín dominaba el sordo redoble de los tambores; el sol prendía ramos de oro sobre las bruñidas armas; pintaban el aire los vivos colores de los uniformes, los bordados y plumas de los generales... Pronto el polvo extendió sobre ellos la uniformidad de su capa gris; cesaron poco a poco los cantos y carcajadas de la tropa, y prosiguió silenciosa la columna a través de la parda llanura. ¡Ancha es Castilla!

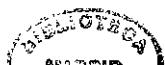
Y no obstante, el corazón de Pedro Mari se achicaba en ella. A marchas forzadas la atraviesan de día bajo un sol que irradia por adelantado los ardores estivales, durmiendo de noche bajo las tiendas de lienzo, húmedas de rocío. No le espanta a Pedro Mari el andar; pero le embarazan y abruma

la cargada mochila, la estrecha chupa, el ceñido correaje, los torpes zapatos, y además el fusil rayado, la espada, la bayoneta, el frasco, el cordón...

En Zaragoza se les unió el regimiento de Navarra. Pedro Mari experimentó un momento de alegría. Creyó que lo formarían nabarros; no había ni uno solo. Con ese nombre afirmaba el rey de España sus pretensiones de que el reino pirenaico le prestase el servicio militar, no según los fueros, sino según los mandatos de su voluntad soberana. Con todo, le servía de consuelo ver a la cabeza del segundo batallón la bandera roja y las cadenas resplandecientes bajo el azul de los cielos. Y no apartaba de ellos la vista, al igual del niño que mira a su madre.

Recorrían un país aun más triste que Castilla, entre Zaragoza y Lérida: inmensas soledades, campos, o yermos, o de trigo mal nacido; tierra árida, gris, agrietada; álveos de riachuelos exhaustos; torrenteras con guijas en vez de agua; colinitas terrosas; matas de aliaga y ortiga recubiertas de dos dedos de polvo; aire seco; luz deslumbradora, brutal; sol implacable, agostándolo todo. Ni pájaros, ni sombra, ni fuentecillas do humedecer las fauces y despegar la lengua del paladar. Lejos, muy lejos, entre brumas, las nieves del Pirineo.

Pedro Mari pensaba que no habría en los prados baztaneses hierbecita que no adornase su tallo y corola con una sarta de gotas cristalinas; ¡y les tenía envidia!



IX

El ejército de Ricardos ocupa sus posiciones, dispuesto a tomar la ofensiva sobre las líneas del Tech. El regimiento de Córdoba acampa al pie del Pertus, punto avanzado de la división que se aloja en los pueblos del valle.

Su rápida correría a través de Cataluña dejó a Pedro Mari la impresión de un sueño. Sus ojos conservan, a modo de estela deslumbradora, el recuerdo de feraces campiñas, de flores y árboles peregrinos, de extensiones de mar celeste descubiertas al subir las montañas.

El regimiento aguarda la orden de romper la frontera. Puestas las armas en pabellón delante de las tiendas, los soldados hablan y juegan. Las cantineras recorren los grupos bulliciosos. Pedro Mari, sobre un tronco de árbol caído, contempla la corriente espumosa del Llobregat, que le salpica la cara; la austeridad del paisaje montañoso aumenta la tristeza de su corazón.

A media tarde las trompetas y tambores tocan generala, y el regimiento sale a ocupar el coll de Pertus.

A Pedro Mari le correspondió prestar el servicio de avanzada, sobre la misma frontera francesa.

Solitario en la elevada meseta, sus manos, hechas a manejar el pacífico cayado, empuñan el fusil, cuya bayoneta amenaza a la tierra de Francia.

Hundíase el Sol, y unas en pos de otras iban apagándose las enhiestas cumbres. Al Oeste, desde su

aislado cono, el fuerte de Bellegarde, a intermitentes cañonazos, hablaba de una cosa terrible, desconocida y próxima: la guerra. Pedro Mari no la teme, no. Se siente capaz de afrontar los mayores peligros con impavidez absoluta. Al arma, virgen aún, que le entregaron, él sabría obligarla a contraer sangrientas nupcias... Pero es que la lucha inminente le deja frío: ni le interesa ni le importa. Ignora por qué y para qué se ha de batir. Ni odia a los que están frente a él, ni ama a los que están con él. Aquella bandera tricolor que ondea sobre las baterías de Bellegarde... es el enemigo. ¡Ah! El enemigo, a quien no conoce, de quien no ha recibido agravios, con quien le obligan a pelear, porque para eso le cazaron inicualemente a él como a una fiera. La ordenanza le oprime, le humilla y convierte en autómeta. Aborrece hasta los colores del uniforme. El uniforme es el sudario de su albedrío; sudario de plomo, cuyos pliegues nadie puede mover. Ve su porvenir frustrado. Recuerda la hacienda que vendió, el dinero que le robaron, los castigos que le impusieron, las burlas con que le mortificaron, su aislamiento en el cuartel, su desesperación en el calabozo...

Estas ideas, en su mayor parte bajo la forma de sentimientos, y de sentimientos inconscientes, le agitan, mientras se pasea arma al brazo por la elevada meseta, límite de las dos naciones, sin que sus ojos aciertan a marcar con un levísimo signo, sea una flor de color diferente o una piedra de diferente forma, dónde acaba España y empieza Francia. El

ignorante Pedro Mari no descubre los mojones sangrientos de la historia.

Sube la noche desde los hondos valles, y la ondulación de las montañas traza la línea divisoria entre las sombras de la tierra y la azul amplitud de los cielos. Noche transparente, serena, que encanta con el centelleo de los luceros y embriaga con el perfume de los pinares. Profundo el silencio: ni voces humanas, ni ruidos de la Naturaleza le turban. Es un silencio de misterio, de ceremonia augusta, de invisibles comuniones; silencio que anonada el ánimo afligido del pobre expatriado y le predispone a recibir la lección que envían con sus titilantes rayos los astros lejanos: resignarse, aceptar lo inevitable, conformarse a las leyes que están sobre nosotros, sacrificar la individualidad, admitir la ordenación suprema... Pedro Mari, con la pasividad del labrador ante la piedra que arrasa sus cosechas, inclinó la cabeza, y una lágrima rodó por la solapa de su casaca. En el seno de aquella lágrima cuajóse la luz que descendía del cielo.

¿Qué rumor rompe, de pronto, el silencio? ¿Es el susurro de los pinos? ¿El murmullo de los torrentes? ¿El aleteo de los genios pirenaicos? No..., es un rumor, un susurro, un murmullo, un aleteo más suave, más tenue y vagoroso que resuena lejos, muy lejos. Un coro de voces humanas, cuyas palabras se pierden, pero cuya melodía se percibe alegre y juguetona, y se apaga luego en larga cadencia melancólica, cual la estela de niebla sobre los montes que baña el sol... Pedro Mari levanta la ca-

beza, aguza el oído...; las pulsaciones de las arterias le impedían oír bien... ¿Sueña acaso? Con mano temblorosa se palpa el cuerpo; examina lo que le rodea para cerciorarse de que no ha cambiado de lugar. Ni sueña ni delira; está despierto; sus pies pisan tierra catalana, y no obstante... El canto lejano y dulcísimo que le transporta es, sin que le quepa duda, la canción de las muchachas de Baigorri. Su lengua, trémula, pone las palabras que no llegan: *iruten arinuzu-kiloa gerrivan*; canta como un loco notas que son suspiros, y su pecho, sellado, se abre en flor y bebe el fresco rocío de las montañas euskaras.

Cáesele el fusil; da unos cuantos pasos...; misteriosa e irresistible atracción le arrastra. Ya atravesó la frontera; ya está en Francia. Monte abajo corre por el sombrío pinar. Llega al valle, y a la luz trémula de las estrellas divisa un grupo de hombres que, al sentir pasos, interrumpen la canción.

—¿Quién vive?—pregunta una voz en basconze.

Y otra, irónica, exclama, dominando el murmullo de las risas:

—Soberbia idea, Joanis; ¿a que no te contesta derechamente?

Pedro Mari, con la alegría del preso que rompe su cadena, grita el nombre milenar y fraternal de la raza, consciente de sí propia, por encima de naciones y fronteras:

—*Euskalduna!*

Ocho eran los encontrados. Vestían traje semi-militar: chaquetilla azul, pantalón gris, boína encarnada, faja tricolor de punto. Conservan el tipo de gañanes recién destetados de la labranza. Todos ellos del valle de Baigorri, y alguno conocido de Pedro Mari por vivir en el collado de Izpegi.

Estaban muy alegres, y el olor a vino publicaba la causa. Pedro Mari quería hablar, contar su historia, saber la de ellos; diéronle a beber de una bota, afirmándole que era «nabarro clarete», aplazando la conversación para cuando llegasen al campamento, que pintaban cercano. Y en efecto, llegaron pronto.

Extendíase éste por el llano, alrededor de una aldea que le servía de núcleo. El barullo era grande. Pedro Mari, habituado a la rígida disciplina del ejército español, no volvía de su asombro. Las casas estaban llenas de bote en bote. Los uniformes diferían mucho entre sí y eran de poco aire militar. Por las ventanas abiertas salían bocanadas de ruido: gritos, carcajadas, cánticos, chocar de vasos y botellas; como en la trasnochada de una feria.

Pedro Mari y sus paisanos entraron en una de las casas. Alrededor de la mesa, otros muchos baskos comen y beben, acompañando con puñetazos, que hacen saltar a los platos, las melancólicas canciones de su tierra. La entrada de Pedro Mari provoca una explosión de entusiasmo; todos le rodean y estrujan, ofreciéndole a porfía tragos de vino. Pre-

gúntanle, y cuenta su historia. Sus manos se muelen de recibir apretones.

El a su vez pregunta. Dícenle que el campamento está formado exclusivamente de tropas voluntarias: un batallón de Narbona y tres compañías de cazadores bajonabarros; la tropa regular se aloja más adentro, en Ceret, cuartel general de la división Desflers.

—¿De modo que vosotros sois voluntarios?—preguntó, sorprendido, Pedro Mari.

Ellos se callaron un momento.

—Anda, Churio—dijo Joanis—; contéstale.

—Voluntarios nos llaman, y respondemos—replicó el interpelado sonriéndose picarescamente—. Así lo publica la canción que nos enseñaron poco antes de salir... ¿Era salir o sacar, muchachos? No me acuerdo..., poco antes de salir de Baigorri:

*Biba Nafarroako
Bolontariyoak.*

Pero a mí los gendarmes me agarraron del pescuezo a tres varas de la frontera. Soy voluntario, ¿verdad?

Una carcajada general siguió a la pregunta.

—¡Que explique el caso Barneche, el sabio de Banka!

—¡Que hable, que hable!—pidieron muchos—; no le faltará una razón, como siempre.

El sabio de Banka era un mocetón que casi tocaba el techo con la cabeza, tan delgado como alto.

Sus descomunales orejas salían por debajo de la boína, como las asas de un botijo. Caíasele el nari-gón sobre la boca, poniendo un rasgo grotesco en su cara, de frente muy ancha y puntiaguda barba. Después de haerse de rogar, contestó con mucha calma:

—El perro guarda la casa atado de una cadena. ¿Está allí por su voluntad? No obstante, ladra y muerde porque quiere. Así nosotros.

—Pues yo oí que de vuestra tierra salieron voluntarios...

—Hubo bastantes al principio: liga para cazar pájaros. Esos se han quedado allá. Alguien receló que nuestros fusiles no harían blanco en carne bas-kongada, y nos han traído a estas lejanas tierras...

—A fe de Istebe Arrechea—exclamó otro—, esos castellanos negros me revientan. Los del resguardo, que nos roban vacas y paquetes, son todos de Castilla; ¡malditos!

—¿Y los gendarmes rubios que agarran del pescuezo, Churio?—preguntó Joanis volviéndose hacia éste.

—¡Como si de Castilla, *arrayo!* Para verdades, los refranes viejos: «dijo la sartén al cazo...»

—Mátense, si les place, rubios y morenos; a nosotros, ¿qué? Aunque se quejen, no les hemos de entender... Dios crió la montaña libre para el basko.

—Cierto—replicó el sentencioso de Banka—; pero era la hora de la siesta y se le resbaló de las manos, cayendo entre Francia y España. ¡Por eso nos aprieta la tenaza, mal pecado! Nos cogen en

medio, y hay que ser enemigos de una, por no serlo de las dos. En fin, muchachos, puesto que aquí estamos, estemos.

—¡Y viva la nación!—gritó, remedando el tono y el acento de los franceses, un rapaz de doce años que llevaba cruzada sobre el pecho la correa del tambor, cuyos palilleros de metal relucían.

Pedro Mari fijó su atención por primera vez en aquel chicuelo de cara fina de mujer, y preguntó con la mirada a los circunstantes.

El sentencioso de Banka acarició con su enorme mano la rubia cabeza ensortijada del muchacho, cubriéndosela entera.

—Este es el tambor de la compañía, Pello Laralde: un pobre huérfano de Irulegi, a quien queremos mucho; es el hijo de todos.

El chico se sonrió, y apoyando su cara sobre las piernas del gigantón de Banka, le dijo con tono zalamero de niño que pide dulces:

—Acuérdate de tu promesa.

—¡Basta de machaqueo; no lo olvido! Figuraos —añadió, dirigiéndose a los demás— que me ha pedido mil y mil veces que en el primer combate le deje disparar mi fusil. ¡Por supuesto, no lo pesa!

—¡Pero me lo sostendrás tú, tonto! ¿Estará cargado con bala, verdad?—preguntó Pello.

Y en sus ojos, cándidos como las violetas montañesas, brilló una llama que les hizo parecer aún más azules.

XI

De pronto álzase en la calle ruido extraordinario. Suenan portazos, ladran los perros, chillan los niños y las mujeres, cuájanse de cabezas todas las ventanas... Voces humanas se acercan cantando, y a paso ligero atraviesa el pueblo una muchedumbre de hombres, en formación incorrecta, despechugados, de tez morena, vestidos de modo análogo, pero sin uniforme, las cintas tricolor al viento. Una catterva de chicuelos medio desnudos los alumbrá con teas, a cuyas humosas llamas saltan chispazos de los sables y bayonetas. Las bocas de los fusiles llevan ramós de flores marchitas. Detrás ruedan cuatro cañones, arrastrados por un grupo de hombres harapientos, vestidos con carmañolas rojas; en los armones, retozando con los artilleros, van mujeres, pegadas las greñas a la cara por el sudor. Cierra la marcha un jinete, de fisonomía marmórea, vestido con casaca larga y cerrada azul obscuro, cuello y solapas descomunales, pantalón blanco, botas de vuelas amarillas, sombrero alto de alas anchas y recogidas, plumero y fajín tricolores, pistolas al cinto y sable de largos tirantes. Hombres y mujeres se agolpan en torno de su caballo, y roncós, le aclaman: ¡Viva el ciudadano representante! ¡Viva Fabre! ¡Viva la Convención nacional! Pero a los vítores los cubre el himno que el batallón entona en formidable unísono: acentos que se elevan al cielo henchidos de varonil confianza, gemidos de angustia y amor ante la patria invadida, ante las madres

y esposas asesinadas..., y a lo último, después de solemne silencio, dos gritos vibrantes, dos rugidos leoninos que congregan y dan la consigna, el paso heroico de una columna de ataque.

Los baskos, en racimo, procuraban sacar la cabeza fuera de las ventanas. Hijos de la raza milenaria que ha visto desfilar por delante de sus montañas a todos los conquistadores, no ya sin miedo, pero aun sin asombro, deponen ahora su añeja imperturbabilidad. ¿Adivinan confusamente la *trascendencia* de aquella hora histórica? ¿Pulsan los llenos latidos de aquella fuerza que iba a dar otra forma al mundo? ¿Presienten la creación de nuevas sociedades, incompatibles con la suya propia? ¿Vislumbran su sangrienta epopeya a favor de lo pasado? Seguramente, no. Mas es lo cierto que, sin saber por qué, escuchan tristes y sobrecogidos el himno grandioso e infame que va apagándose paulatinamente en la noche estrellada.

XII

Una voz rajante a sus espaldas les hizo volver las cabezas.

—Es el capitán—dijo en voz baja Joanis a Pedro Mari—, el estudiante de Azkarate que colgó los manteos.

El capitán era menudo de cuerpo; su frente, de fanático, estrecha y cejijunta. Los arreos militares no disfrazaban ni su aire de seminarista ni su empaque de preceptor.

—Ciudadanos—dijo con voz hueca—: imitad la virtud de los marseleses. El más puro amor patrio arde dentro de sus pechos. La Vestal del patriotismo lo alimenta sin reposo. ¡Baskos, pueblo sensible y primitivo, que a la sombra de los árboles sagrados dictáis leyes inspiradas por la sabiduría patriarcal! Mostraos dignos de vuestros progenitores, cuyas frentes nunca se humillaron a la monarquía, ya la encarnase César, Carlomagno o Luis XIV. Vosotros, que rendís culto a la libertad natural, rendidlo igualmente a la civil y republicana. Unidos a los descendientes de los ilustres Foceos, convertid cada una de esas salvajes montañas en otras tantas Termópilas, donde sucumban los satélites del déspota borbónico español, los horrendos sicarios de la Inquisición. Nuevo Plutarco relatará vuestras hazañas; el representante Fabre llevará a la Convención nacional el testimonio de vuestro civismo, y el Areópago ilustre de la libre nación francesa inscribirá con letras de oro vuestros nombres virtuosos en el altar sagrado de la patria.

Escuchaban Pedro Mari y sus amigos sin pestañear, por respeto, las palabras del capitán Mendiri; pero el discurso, aunque dicho en baskuenze, por sus neologismos y reminiscencias clásicas no lo entendían. Al concluir, el orador esperaba un aplauso, un signo de asentimiento siquiera. Reinó breve silencio, y fijando su mirada dura en Pedro Mari, exclamó:

—¡Ah! ¡Tú eres el que ha roto las cadenas que te unían a la causa de la superstición y el despo-

tismo? Pronto comprenderán los demás españoles que la República hace la guerra a los reyes y no a los pueblos. Libre de sus Borbones, de sus frailes e inquisidores, la generosa España profesará a Francia eterna gratitud. Tú tendrás la gloria de haberte adelantado a tus compatriotas, cautivos aún en las mallas de la superstición. ¿Qué hacen ahora? ¿Tiemblan? ¿Huyen despavoridos antes que el francés, vengador de la humanidad y la razón, rompa las puertas del altivo Pirene?

Repetida la pregunta con términos más llanos, pudo contestar Pedro Mari que, lejos de huir, los españoles se disponían a invadir a Francia.

—¿Y crees eso?—preguntó, irónico, el capitán Mendiri—. ¡Necedad inconcebible! Apenas los viles satélites del Rey Católico pisen los límites de esta tierra republicana se desharán, sin más, como los fétidos vapores de los pantanos bajo las flechas del Sol.

Carraspeó brevemente, y apoyando su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Pedro Mari, le dijo en tono que quería ser cariñoso:

—¿Tú te vienes con nosotros, eh? Mandaré que te pongan en lugar preferente, como premio a tu espontánea emancipación. ¡Desde hoy eres hombre libre!

—Pues si soy libre—replicó candorosa y alegremente Pedro Mari—, mañana mismo me despediré de estos amigos. Ni la herrería ni la carbonería...

El capitán Mendiri le cortó la palabra con enojo.

—¿Crees que la libertad es el egoísmo? ¿Que no

te liga el pacto social? Tu castigo será presenciar nuestras inmortales hazañas, sin tomar parte en ellas, dedicado a las más viles faenas: el esclavo, desde la ergástula contemplaba los hechos de los ciudadanos.

Y moviendo despreciativamente los hombros, salió arrastrando el sable.

—Todas las noches—dijo Churio—nos mete su prédica, cuando no le da por leernos en un librico que siempre lleva consigo, escrito por Juan Jacobo. No sé quién es ése; lo que es yo, por de contado, no lo he conocido.

—¡Cuánta embustería!—murmuró filosóficamente el de Banka.

—¡Vaya, chicos, a bailar, que aun es temprano!—gritó Istebe Arrechea.

Y sacando del bolsillo una *chirola* (1) de hojalata, comenzó a modular silbidos.

Momentos después, alrededor de la mesa bailaban los baskos, ejecutando las piruetas y brincos historiados del *mutil-dantza* (2).

XIII

Pedro Mari se despertó con una sacudida nerviosa. Su sueño había sido profundo. Incorporóse sobre el saco de paja, y escuchó. La luz del día pe-

(1) *Chirola*, silbo; la baska tibia.

(2) *Mutil-dantza*, baile de los mozos.

netraba por la buharda del cobertizo, situado al extremo de la puerta. Oíase mucho ruido en la calle: gentes que gritaban y corrían llamándose, disparos de fusil lejanos.

Pedro Mari quiso subir a la casa; la puerta estaba atrancada. Forcejeó inútilmente, sin conseguir forzarla. Retrocedió a lo largo de la tapia, deslumbradora de blancura; caían golpes sobre ella, y notó que se desprendían trocitos de cascarilla; silbidos pasaban, al parecer, rozándole las orejas; sonó un choque a pocos pasos de él, saltaron piedrecitas y levantóse polvo; examinó el suelo y recogió una bala. Sacó del cobertizo un banco, y, encaramándose a la tapia, saltó a la calle.

Estaba desierta; en medio de ella había un charco y un rastro de sangre. El estampido de los cañones cubrió los demás estrépitos, y comenzaron a caer sobre el pueblo los primeros proyectiles, haciendo volar tejas y horadando paredes. Pedro Mari dobló la esquina y entró en la plaza; varios cadáveres de voluntarios narboneses, en diversas y airadas posturas caídos, le causaron siniestra impresión. En medio, solo entre los muertos, Pello el tamborcillo tocaba llamada. Hería el parche con verdadera furia, arrancándole presurosos redobles, que repetía el eco.

—¡Bien tocas, muchacho!—exclamó Pedro Mari sonriéndose—. Pero ¿qué haces aquí? ¿Dónde están los demás?

—No lo sé; el capitán me dió orden de venir aquí y tocar llamada. Ninguno acude; no me oyen, sin

duda... Toco con toda mi alma; los muertos acaso se levanten; pero lo que es los vivos...

Parecía que el pergamino iba a estallar; tal era la violencia con que caían los palillos, movidos por las manos nerviosas del muchacho; los rubios mechones de su cabellera estaban pegados a la frente por el sudor. De súbito cesó el redoble; Pello dió media vuelta y cayó de espaldas, produciendo un ruido seco el tumbo de su cabeza sobre la losa; su ojo izquierdo se había convertido en agujero horrendo, de donde salían sangre y fragmentos de masa encefálica.

—¡Bandidos!—gritó Pedro Mari, rabioso ante el cadáver del niño.

En aquel momento, por las bocacalles de la plaza entraron soldados a paso de carga. Pedro Mari se inclinó al suelo, recogió un fusil y apuntó a los que entraban, fuesen quienes fuesen, que él ya no veía. Antes de disparar le rodearon y desarmaron los asaltantes.

Miró a los uniformes: había caído prisionero de los españoles.

XIV

Evacuado el pueblecillo por los franceses, los vecinos acudían con vituallas y bebidas a obsequiar a los invasores, cuyos oficiales severamente reprimían los desmanes que algunos procuraban cometer. Sonó el toque de alto, y ocupadas militarmente

te las posiciones, comenzó a servirse en la plaza el rancho a las tropas, que eran del regimiento de Soria. Por la izquierda sonaba vivo fuego de fusilería y cañón: el mariscal de campo Escofet, con el resto de la vanguardia, proseguía el ataque de San Lorenzo de Cerdá, vigorosamente defendido.

Recibió Pedro Mari algunos culatazos que le molieron espalda y pecho. Sujeto de pies y manos, permanecía silencioso, tétrico, sentado en medio de un corro, junto al cadáver de Pello, contemplando la rápida alteración de sus facciones, de femenil delicadeza, y el reguero de sangre que, lento, se escurría por la losa. Hubiese querido tener las manos libres para ahuyentar a las moscas, que zumbando se sumían por la dislacerada herida y obscurecían con su negro hormiguelo los rojos cuajarones. Los soldados miraban torvamente a Pedro Mari y le insultaban; algunos le arrojaron cortezas de pan que le arañaron la cara; él bajaba la cabeza; se veía irremisiblemente perdido.

Notó que los soldados, dejando de comer y hablar, se cuadraban y saludaban militarmente a un grupo de alta graduación, del cual se destacaron dos personajes. Era uno de ellos un viejecito con peluca a la federica, pulcro y atildado como si estuviese en las antecámaras de Aranjuez, vestido de general; el otro, joven, alto, apuesto, recio de cuerpo, de fisonomía marcial y bondadosa a un mismo tiempo, patillas cortas y rubias, llevaba con mucho donaire el uniforme de coronel.

—¿Es verdad—preguntó el general bruscamen-

te, encarándose con Pedro Mari—, es verdad que eres nabarro?

¡Pedro Mari creyó volverse loco! ¡El general le hablaba en baskuenze! Descendió un resplandor de la gloria a su infierno y levantó su frente abatida, transfigurada por júbilo infinito; demasiado profundo, sí, porque le disolvió las energías renacientes en un vaho de enternecimiento.

Aunque Pedro Mari se quedó sin poder contestar, el general interpretó la actitud emocionada de él como respuesta afirmativa. Salieron chispas de sus ojos; su cuerpo estaba agitado por temblor nervioso, únicamente perceptible en los bucles de la peluca; hirió el suelo con el bastón de mando, y dijo:

—¡Nabarro, nabarro! ¡Mentira! ¡Tenías miedo a morir! ¡Ignoras que la mayor honra y la satisfacción mayor es verter su sangre por el rey? ¡Voto a Cristo! ¡Nabarro y desertor! ¡Nabarro y volviendo la cara al enemigo! Me han dicho que perteneces al regimiento de Córdoba; tus hermanos de armas están ahora cubriéndose de gloria sobre las posiciones de San Lorenzo de Cerdá, y tú aquí, maniatado por criminal... Voy a dar orden que en cuanto cese el combate te entreguen a tu regimiento para que te fusilen. No, tú no eres nabarro; tu madre, sin duda, se fué con algún advenedizo... ¡Canalla!

Pedro Mari, que esperaba palabras de consuelo o de compasión, al ver que la lengua nativa servía para denostarle tan despiadadamente, recibió en mitad del corazón el golpe más cruel de cuantos había recibido hasta entonces. Cerráronse los cie-

los, y abrióse de nuevo el cráter del infierno; en vez de fresco rocío, cayeron sobre él abrasadores tizones... Fué su desengaño amargo cual la muerte; parecióle que las palabras del general vibraban sobre él la maldición de Nabarra, el anatema de sus conterráneos... Experimentó la tortura del réprobo de quien todos son enemigos, y se echó de bruces, ocultando la cara y mordiéndose el brazo por no gritar.

Una voz llena y armoniosa llegó a sus oídos, pronunciando en baskuenze palabras consoladoras. ¡Quién lo dijera! ¡Aun había en el mundo simpatía y piedad! Incorporóse, no sin recelo de ilusión o burla. El general se había unido al grupo. El coronel, solo ya, le preguntaba por su nombre, pueblo de naturaleza y razón de su estancia en Cataluña.

Pedro Mari rompió el silencio; a borbotones saltaron sus comprimidos afectos, y contó su historia, repitiendo cien veces el mismo hecho, según hábito de los hombres del pueblo, a quienes las ideas entran por repetición y por repetición las explican.

El coronel escuchaba sin interrumpirle ni impacientarse. La tristeza iba empañando su bondadosa fisonomía a compás de la narración.

—¡Han cometido una infamia contigo! ¡Han violado los fueros inicuamente! ¡Yo denunciaré el atropello a las Cortes, al Reino! ¡Por mi nombre hemos de obtener la reparación debida! Pero...

El coronel se calló un instante; apagáronse los timbres coléricos de su voz, y con aire tan triste que sobrecogió a Pedro Mari, le preguntó:

—¿Tienes familia?

—Sí; hermanas casadas.

—¿Quieres que les diga o dé algo de tu parte, y aun de la mía?

—¿Para qué, señor?... Mejor es que no sepan...

Pedro Mari bajó la cabeza, queriendo ocultar una lágrima... Había entendido el alcance de la pregunta. El coronel, sin poderse dominar, le apretó afectuosamente las manos agarrotadas.

—¡Infeliz, infeliz! ¿Cómo has cometido este imperdonable crimen? ¿Cómo renegaste de la patria y el rey?

Su reconvención era cariñosa, propia de quien se lamenta y no acusa.

—Señor—dijo Pedro Mari, procurando comunicar firmeza a su voz—, / *eso* no estaba en mi alma! *Ellos* eran *euskaldunas*...; yo también...

Fué tan intensa, tan intensamente profunda la expresión que Pedro Mari dió a las palabras *eso*, *ellos* y *euskaldunas*, que el coronel se estremeció... Al grito de la naturaleza se tambaleaban, sin cimiento firme, ideas, convicciones y hábitos que a él, hasta entonces, le parecían la verdad misma. ¡Por primera vez en su vida notó que *euskalduna* significa «el que habla baskuenze!»

—¡Adiós!—exclamó de súbito, como avergonzado de sí propio, con el arranque del que se substraer a sugestión maléfica.

—¡Señor, una merced!

—Pide—respondió secamente.

—¿Su nombre?

—Soy el marqués del Socorro, D. Francisco Solano.

—Yo pediré a Dios le conceda larga vida y muerte dichosa..., más que la que me espera.

Conmovióse el marqués de nuevo, y acercándose a Pedro Mari, volvió a estrecharle las manos en señal de despedida.

—Gracias por tus preces, Pedro Mari; te encomendaré a la Virgen, de quien soy muy devoto...

Y fundieron sus sentimientos en un mutuo afecto de confianza. ¡Ay! Lo por venir, piadosamente ocultaba las calles de Cádiz, donde fué arrastrado, tirando de la cuerda manos españolas, el cuerpo del marqués del Socorro, al comenzar la guerra de la Independencia.

XV

.....

 Sintióse ruido de pasos, voces y armas; la puerta del calabozo se abrió violentamente, despertando a Pedro Mari, que dormía el sueño horroroso del sentenciado a muerte; sueño sin descanso, de puro enervamiento físico, perturbado por las imágenes de las escenas sucedidas durante treinta y seis horas: la entrega del preso al regimiento de Córdoba, la sumaria instruída por el sargento mayor, el consejo de guerra, la lectura de la sentencia, la capilla...

Por la ventana penetraba a raudales la luz lim-

pia y perfumada de la mañana, palpitante de gorjeos. ¡Cuán hermosa, y, sin embargo, la última!

La última; esta idea traspasó como un clavo candente el cerebro de Pedro Mari.

—¡Venís a matarme!—exclamó en su lengua—. ¡Quién os dió ese poder?...

Y agarrado a los barrotes, tendió la mirada por la alegre campiña rosellonesa, saturando sus pulmones de aire libre, de ese aire que era la vida que le iban a quitar.

Interpretada su actitud y sus palabras, que no entendieron, como actos de resistencia, el jefe del piquete ordenó que le atasen los brazos; mientras le pasaban las cuerdas, el capellán le mostró el crucifijo, incitándole a tomar ejemplo. Pedro Mari, llorando, besó fervorosamente los pies ensangrentados de Jesús.

Momentos después salían a la calle. Doquiera, los estragos de la guerra: escombros, casas humeantes y arruinadas; en medio de un charco de sangre una boína roja, de la que no pudo apartar los ojos Pedro Mari hasta que la perdió de vista.

Llegaron a una llanura; las tropas formaban en batalla; a la derecha, el regimiento de Córdoba, con su bandera al frente. Tocaron los tambores y se leyó el bando, prohibiendo, en nombre del rey, a cualquier soldado, de cualquiera calidad o condición que fuese, dar voces por la gracia, so pena de la vida. ¡Prevención inútil! A nadie le hubiese ocurrido entonces semejante súplica: las miradas asesadas a Pedro Mari eran de odio.

Mandáronle que se arrodillase; leyó en voz alta el escribano la sentencia, y conducido el reo al sitio de la ejecución, se reconcilió con el capellán por breves momentos. Atáronle al madero; quisieron sentarle en una silla baja, pero él la tiró al suelo desdeñosamente de un puntapié, diciendo:

—No tiemblan mis piernas.

Vendáronle los ojos, hizo la seña el sargento, y aproximándose la primera hilera del piquete a seis pasos, le fusiló por la espalda.

Una bandada de pinzones voló del árbol cercano, piando lastimeramente.

Cuando desataron el cadáver, éste dió media vuelta y cayó de espaldas, pero con la honrada cara mirando hacia Nabarra.

Redoblaron otra vez los tambores, y desfilaron las tropas delante, de cuatro en fondo, gritando: ¡Viva el Rey! ¡Viva España!

¡Oh, cuán roja era la mancha de sangre euskara!

Pamplona, 12 de julio de 1895.

GRACHINA

(TRADICIÓN NABARRA)

Euskal-Erriaren alde.

I

Límpidas, transparentes, argentinas, vibrantes, en alegres cascadas, se precipitan las risas de las segadoras de helecho. Así como los pajarillos saltan de rama en rama, así las carcajadas brincan de labio en labio.

El campo parece una inmensa cesta de flores: en vez de rosas se ven mujeres. La enramada está cuajada de gorjeos; la selva, de rumores; el arroyuelo, de quejas; el valle, de aterciopeladas sombras; la hierba, de rayos de Sol filtrados al través de las amarillentas hojas; las cumbres, de pálidas nieblas; el ambiente, de balsámicas emanaciones. Aquel día de otoño parece un renuevo de la primavera. La luz se hunde tras las montañas, dejando envueltos los objetos en una atmósfera azulada, húmeda y rumorosa.

Veinte o treinta muchachas, provistas de hoces, cortan los cimbreantes tallos de helecho. Las ra-

mas, al caer, esparcen gotas de rocío, que a la luz del sol brillan como explosión de diamantes. La escala cristalina de la risa sube, baja, se quiebra; ora murmura grave, ora resuena estridente; aquí se apaga, allí se dilata; una vez se confunde con el monótono gemir del agua, otra eclipsa el canto del ave, y al fin se ensancha por el resonante espacio, en cuyo seno expira, de igual modo que una ola sobre las áureas arenas.

Ya el helechal está desprovisto de su ondulante cabellera, y las segadoras empiezan a transportar los fajos a las *bordas*, llevándolos sobre las cabezas. Con las sayas remangadas hasta la rodilla, desnudas las piernas, que aun conservan el tostado barniz del verano, erguidas, moviendo cadenciosamente los brazos como militares en marcha, pasan rápidas, unas detrás de otras o en grupos, y entre las frescas ramas que del fajo caen, tapándoles las caras, se descubren nubes de carmín, argentadas sonrisas y reflejos sombríos de brillantes ojos.

En el extremo más septentrional de la extensión segada, junto al bosque, hay cuatro muchachas, sentadas unas en los fajos y ocupadas otras en atarlos. Una de ellas es delgada, morena, pálida, de nariz aguileña, boca grande, ojos muy negros, que brillan como fraguas, y tiene un enorme lunar en el borde del labio inferior y ángulo de la boca. Todo su cuerpo y actitud revelan fuerza, agilidad y decisión. Su traje negro, pegado al cuerpo, dibuja formas escuetas, pero elegantes y nerviosas, como las de un árabe.

La muchacha que habla con ella es, por el contrario, algo regordeta, blanca, sonrosada, con hoyuelos en la barba y en las mejillas, de ojos azules grandes, transparentes como un manantial que deja contar sus guijas, pestañas largas y curvas que reflejan sus hilos de oro en el cercano y azulado cristal; de nariz suavemente remangada, que comunica a su cándido rostro cierta expresión de maliciosa a la vez que infantil curiosidad: niña que apenas es mujer; mariposa que rompe el capullo y sacude sus pintadas alas en tímido ensayo de vuelos.

—Esta noche, a las nueve—decía la morena—, te espero sin falta. ¿A qué viene esa cobardía? ¿Has de ser tú la única de todas nosotras que se quede sin ver esas maravillas? Busca otras compañeras; nosotras, si no vienes, no te querremos ya.

La jovencita volvió la cabeza hacia otra muchacha que estaba atando un fajo de helecho y exclamó, sorprendida:

—¿Cómo, Miquela, tú también piensas asistir al...?

—Ya lo creo—replicó la interpelada, que era una moza de veintidós años, gruesa, de mediana estatura, de cara ancha y sin expresión—; y siento no haber asistido antes.

—¿Lo ves, Grachina, miedosa, lo ves? Te hemos de pegar una zurra, como a las chiquillas que no van a la escuela.

—Pues bien: si la Miquela va, yo no quiero ser menos—dijo Grachina, repentinamente resuelta—. ¿Estás contenta, Josepa Antoni?

—Ya lo creo—contestó la muchacha morena, dándole muchos besos y abrazos—. ¡Verás qué noche! ¡Qué placeres tan grandes! ¡Qué bailes tan largos! ¡Qué sucesos tan estupendos! ¡Qué fogatas, como por San Juan! ¡Qué *tuntún* como por fiestas! Allí encontrarás todo lo que puedes apetecer.

Y al pronunciar estas palabras, los ojos de la Josepa Antoni brillaban como chispas, desprendidas por un martillazo, de un hierro candente, y las ventanas de su nariz, violentamente dilatadas, parecían aspirar embriagadoras emanaciones.

La fisonomía de Grachina fué perdiendo paulatinamente su expresión resuelta. Después de un breve silencio, dijo con voz temblorosa:

—Hablar es fácil. La lengua se mueve sin estorbos en la boca; pero el cuerpo... ¿Cómo salgo yo a esas horas de casa?

—¿Y cómo salimos las demás, tontaza? Andando callando y listas. ¿Cómo sales tú, más de cuatro noches, a la puerta del corral y hablas con Martín Miguel, el de la *borda* de Zugarrondo? Y por cierto que ha noches alguien creyó ver que no sólo hablabais, sino que te acariciaba.

Grachina se puso colorada hasta las orejas. De igual modo, la cumbre de *Archuri*, cubierta de nieve, se oculta entre velos de grana, cuando el naciente Sol levanta las nieblas de la noche.

—¡Mentirosa! Verdad es que hablé con Martín Miguel, pero no lo es que me acariciase.

—Pues si no fué entonces, sería en otra ocasión, o nunca, si así lo quieres—replicó la Josepa Anto-

ni riéndose a carcajada tendida—. De poco te apuras. Cada una, en esas cosas, hace lo que mejor le acomoda. Ahí tienes a la Miquela que no es tan melindrosa. En cambio, yo, al hombre que se me acerca demasiado, le espanto las moscas de la cara. Esta noche, a las nueve, te espero detrás de la iglesia. Allí estarán la Miquela, la Mai Andrés, la Vithori, la Mai Cruch, la Juana Mari, la Cathalin y la Mai Batichta. Buena compañía, ¿verdad? Con los trajes del domingo y los zapatos en la bolsa del delantal, como cuando vamos al mercado de Sara, ¡pecho arriba hasta la punta de *Archuri*! Y una vez allí, venga el tamboril, la pandereta... y el placer. Ahora, a casa, que es tarde.

Las cuatro muchachas cogieron a cada fajo de helecho, se lo colocaron sobre la cabeza, y con paso rápido se dirigieron al pueblo de Urdax, pues las cuatro eran de la *calle* y no del *caserio*. Poco a poco se dispersaron todas. La que vivía más lejos era la Josepa Antoni. Esta se internó por unas callejuelas, convertidas, con el rodar de las carretas de bueyes y las pesuñas del ganado mayor, en barrizales profundos y espesos, en los que se revolcaban los cerdos.

La Josepa Antoni, para no mancharse los pies, iba saltando ágilmente de piedra a piedra. Estas, colocadas en ambos lados de la calle, formaban una especie de acera. Al doblar una esquina apareció un labrador mozo. Este, apenas vió a la Josepa Antoni, comenzó a sonreírse muy burlescamente y a mirarla con ojos desvergonzados y provocati-

vos, además de pararse y cerrarle el paso ocupando todo el ancho de la acera. Al llegar junto a él, la muchacha tuvo que salirse al arroyo, metiéndose en el barro hasta cerca de la rodilla.

La Josepa Antoni se puso muy encendida, y al pasar, con un tono extraordinariamente desdeñoso, dijo en alta voz:

—*Ergela!*

—*Sorgiña!* (1)—replicó el mozo, riéndose con tanto estrépito, que dos o tres viejas, para curiosar y oler, se asomaron a las ventanas.

II

Urdax yace silencioso como un muerto. La Luna invade las tortuosas callejuelas del lugar con su luz fría y blanquecina. Algún perro ladra. La torre proyecta su silueta sobre el plateado suelo. El reloj lanza al espacio, una tras otra, nueve campanadas unísonas, cuyas vibraciones se apagan en el aire como un suspiro.

De lado a lado de la plaza, destacándose sobre el fondo blanco del claro de Luna, pasan algunas sombras. Estas se agrupan junto a la iglesia, gesticulan y se mueven. Ya no es uno, son varios los perros ladradores. Una sombra más pequeña que las anteriores cruza la plaza y se une al grupo. Este se pone en movimiento. Véase el disco de la Luna, y

(1) *Ergela*, simbécils; *sorgiña*, «brujas».

las campanas de la torre, movidas por el errante viento, súbitamente desatado, como balbuceando, exhalan sordos tañidos.

El grupo se compone de once mujeres. Sin pronunciar palabra van de prisa, muy de prisa, trepando por las ásperas vertientes de Archuri; de cuando en cuando se oye la voz de la Josepa Antoni, que, a la cabeza de todas, dice: *Aurrerá! Aurrerá!*

El valle se muestra negro y profundo como un pozo. En la boca tenebrosa de la hondonada flotan undívagos y multiformes vapores, pálidos unos fosforescentes otros. Entre las ramas de los árboles brillan inmóviles los redondos ojos de los buhos, que asoman sus cabezas curiosas. Los sapos cantan en las charcas; las culebras silban, ocultas en la hierba. Las matas aparecen coronadas de fuegos fatuos, y al resplandor incierto de aquellos cárdenos penachos se divisan perezosos limacos, que dejan un argentado rostro, a manera de estela. Inmensos rebaños de ratas y ratones corren sobre el pedregoso camino, produciendo un estrépito como de tamborilesco redoble. La obscuridad y la luz, a medida del paso de las nubes, transforman el aspecto de las cosas, haciendo de ellas otros tantos proteos. Los árboles, sacudidos por el huracán, parecen inmensos manojos de serpientes. Los picachos de Archuri, medio envueltos en niebla, a la claridad, semejan escuetos fantasmas cubiertos de sudarios, y a la sombra, tétricas mujeres vestidas de luto.

—¡Ay, ay!—gritó Grachina, notando que bajo las plantas de sus pies desnudos brotaban rojizas llamas que le subían por las pantorrillas.

—No hagas caso; eso no quema—dijo la Josepa Antoni pegando el suelo con sus anchos pies.

Y al golpe de ellos saltaron innumerables chispas, como cuando se sacude un tizón.

Repentinamente el espacio se llenó de voces: gritos, suspiros, carcajadas, imprecaciones, lamentos, quejas y amenazas resonaron de Norte a Sur, pasando como un turbión que barre la tierra. Los vapores del abismo centellearon, y durante unos instantes la campiña se bañó en lívidos resplandores. En seguida las tinieblas fueron completas.

—Echate a un lado, Grachina—gritó la Josepa Antoni—; ¡sepárate, sepárate!

Apenas tuvo tiempo Grachina para apartarse. Un enjambre de hombres y mujeres, montados en cerdos, en escobas y en gallos, hendió los aires con vocerío y estrépito indecibles de hierros, tambores y trompetería, dejando tras sí humo y hedor de azufre y hollín. Por donde pasaba la alborotadora caterva, la tierra arrojaba bocanadas de fuego, con acompañamiento de estridentes detonaciones.

La montaña, un momento antes solitaria, se había poblado de gente. A todas partes que se mirara descubría la vista personas: unas, jóvenes gallardas; otras, viejas retorcidas y como aterradas por el peso de los años; las de aquí, elegantes y finas; las de allá, harapientas y soeces. Parecía un hormiguero. Los fuegos fatuos avanzaban en zig-zag.

huyendo de las rocas y buscando las zarzas, los helechos y las argomas.

Por la parte de atrás resonaron pisadas de caballo y surgió un resplandor. Momentos después llegaba junto al grupo de las mujeres de Urdax un hombre vestido con traje de eclesiástico, montado en un macho blanco, llevando a la grupa una horrible vieja, desdentada y barbuda, de ojuelos brillantes, tan flaca y nudosa que parecía un haz de leña envuelto en trapos. Aquella mujer se reía con voz chillona que rasgaba los oídos, saludando a todos con inmundos dicharachos. Alrededor de los jinetes iban unos cuantos hombres y mujeres ebrios, brincando y bailando al son de un destemplado tamboril y llevando humosas teas en la mano.

Grachina fijó sus curiosos ojos en el grupo del macho blanco y dijo a sus compañeras:

—¡Osambela! ¡El señor cura de Zugarramurdi!

—¿No te dije yo—contestó la Josepa Antoni—que íbamos lo mejor de la tierra?

En aquel instante llegaron el del macho blanco y su acompañamiento junto a las muchachas de Urdax.

—Cuidado, Miquela—gritó la vieja—; se te conoce mucho la gordura del talle, y el día menos pensado, tu padre, que es muy bruto, te acariciará con la vara de acebo.

Miquela se tapó la cara con las manos y lanzó un sollozo; las amigas, excepto Grachina, que le tuvo lástima, se sonrieron maliciosamente. Pero aquella

impresión se borró pronto, porque acaeció un nuevo prodigio.

De los cuatro puntos del horizonte avanzaban, en columna cerrada, formas humanas, cabalgando en grullas, en buitres, en lechuzas y en cuervos, con tal barullo de aleteo, gritos desaforados, sonar de cencerros y cuernos y martilleo de almireces y calderas, que parecía propiamente que el firmamento se iba abajo. Los jinetes del espacio atravesaban las tupidas nubes, saliendo de ellas con copos de grasientos vapores pegados al cuerpo, los cuales brillaban un levísimo instante al rayo intermitente de la Luna con un fulgor pálido que se perdía en seguida en la negrura de otras nubes.

—Ya hemos llegado—dijo la Josepa Antoni, parándose.

Y sacando los zapatos de la bolsa del delantal, se los calzó, imitándole sus compañeras.

III

El lugar en donde se hallaban era una extensa meseta alfombrada de menuda y espesa hierba. La concurrencia era también innumerable, como las hierbas del suelo, y cada minuto se acrecentaba con nuevas personas que desembocaban por todos los senderos de la montaña.

Muchos se agrupaban en torno de hogueras. A la luz de éstas se distinguían muy diversos tipos. Niños, jóvenes, hombres, mujeres, viejas rotas y

remendadas, tizado el cuerpo de hoilín, desdentadas, narigudas y pelonas. Gran parte de los allí congregados llevaban enroscada al cuello una víbora, o puesto sobre el pecho un lagarto. La misma Josepa Antoni, con gran maravilla de Grachina, sacó del seno uno de estos animales y se lo colocó encima del corazón a manera de escudo, insignia o escapulario.

Por el acento y variedad del baskuenze, así como por los trajes y tipos, comprendió Grachina que en aquel yermo se hallaban presentes gentes de toda la Nabarra baska, desde Roncal y Salazar hasta la Burunda, de los pueblos más cercanos de Guipúzcoa, como Oyarzun, Irún, Rentería, Pasajes, Fuenterrabía y Lezo, y del país del Labourd.

No tardó Grachina en quedarse sola. Cada una de sus compañeras fué encontrando un compañero, al que se reunió, no sin demostrar antes con expresivos gestos, cuán grande era el placer que proporcionaba el encuentro. Según notó Grachina, la mayor parte de los asistentes andaba apareada.

Al poco rato de estar sola topó Grachina con una jovenzuela, que en sus ojos negros, pelo crespo, tez curtida y bronceada, formas esbeltas y olor a sardinas, revelaba a cien leguas ser una *Cascarota* de Zubiru.

—¿Tú eres nueva, como yo? ¿Tú no has estado nunca aquí, verdad?—preguntó la *Cascarota* con ese apresuramiento en el hablar propio de las mujeres de su raza y clase, las cuales, como siempre van corriendo para vender la sardina, ahorran en

pronunciación el tiempo que las paradas les hacen perder.

—Jamás—contestó Grachina.

—Pues unámonos—replicó la Cascarota tomándole el brazo—. Antes de ser de los de aquí, conviene ver lo que hacen. Mi madre y mis cinco hermanas son, y se relamen de gusto los dedos cada vez que asisten al *akelarre*. Mira: en medio de todo tengo un poquito de miedo de estar aquí, entre esta gente endemoniada, por más que haya visto llegar a los curas de Ascain y Saint-Pé.

—Y yo también—contestó temblando Grachina.

—Pues mejor que mejor para permanecer juntas. Dos semicobardes hacen un casivalente.

El tañido de una campana puso en movimiento a la muchedumbre. Grachina y la Cascarota, imitando a los demás, se dirigieron al centro de la meseta.

Allí había un trono de madera negra, con dosel rojo, y en él, sentado, un ser espantoso y grotesco a la vez, medio hombre y medio chivo, con la frente armada de dos enormes y retorcidos cuernos, panzudo como un hidrópico y flaco como un esqueleto, de ojos encandilados y saltones, boca hendida hasta las orejas, negro desde la pesuña hasta la raíz de la cornamenta, y cubierto de lana lacia e inculta. Sentados a sus pies estaban Osambela y la vieja que con él cabalgó en grupas. A la izquierda se levantaba un campanario de madera, y a la derecha, un tablado y una cruz toscamente formada con dos troncos de árbol retorcidos y nudosos. Del trono

brotaban llamaradas de olor azufrado, unas veces rojizas, otras cárdenas, otras azuladas, otras lívidas, pero jamás claras y alegres.

El diablo—llamémosle por su nombre—se puso de pie, y resonó una inmensa aclamación de amor y entusiasmo. En seguida el tétrico monarca del abismo se volvió de espaldas, se echó a gatas sobre el trono, levantó la cola y presentó el trasero al público. Ejecutar este acto soez y precipitarse la gente a adorarle, poniéndose para ello de rodillas, todo fué uno. Aquel inmundo besuqueo duró cerca de una hora.

Terminado ese pleito homenaje, dos hombres subieron al tablado, provisto el uno de un *chistu* (1) y el otro de un tamboril.

Grachina los conoció en seguida: eran los tamborileros de Echalar. Las agudas notas de la *chirola* rasgaron el aire; los redobles del tamboril despertaron a los ecos de las montañas, y la mayor parte de la muchedumbre, cogida de las manos, comenzó a bailar dando vueltas alrededor del trono.

La música de los tamborileros era como nunca la había oído Grachina: viva, embriagadora, excitante, una especie de tentación carnal diluida en notas chillonas que se filtraba por los oídos y desataba todos los instintos y enardecía todos los sentidos e irritaba todos los apetitos. La chusma bailarina brincaba y se movía delirante, lanzando alaridos,

(1) *Silbo*, instrumento músico del país; *chirola* significa lo mismo.

carcajadas y blasfemias, presa de un ardimiento bestial. El trono vomitaba llamaradas rojizas, que envolvían a los seres y objetos en una aureola infernal; la montaña trepidaba. El cielo estaba negro y las nubes tan bajas, que los bordes de las más próximas a la cumbre se teñían con los reflejos de las llamas del trono, apareciendo como inflamadas. El viento ululaba en los barrancos y en los bosques. La niebla, abismada en el valle, se movía lentamente de un lado a otro, como una densa humareda.

La danza cesó a una señal que el diablo hizo a los tamborileros. Jamás a un movimiento más vertiginoso sucedió inmovilidad más completa.

La vieja que estuvo sentada a los pies del demonio y junto a Osambela se levantó y, sin sombra de pudor, tan cínica como fea, comenzó a desnudarse. Eran de ver sus carnes denegridas, sus pies ásperos y mugrientos, sus pechos flácidos y arrugados como dos vejigas desinfladas, su vientre abombado, sus melenas grises y despeinadas, sueltas por la espalda; sus rodillas nudosas, sus brazos secos como cañas, sus piernas retorcidas como sarmientos, sus manos huesudas, anchas y vellosas como las zarpas de un orangután.

Sobre la espalda de la vieja echaron un paño blanco, y ella se colocó a cuatro patas, formando una especie de mesa o altar; Osambela se revistió de alba, roquete, casulla, etc., como para celebrar misa. Y, en efecto, ayudado por un chicuelo de aspecto miserable, practicó una parodia del santo

sacrificio, alzando una hostia negra y un cáliz coronado de llamas carmíneas y humeantes. Terminada la misa negra, el celebrante y la vieja adoraron al cabrón demoníaco, y los tamborileros volvieron a sonar sus instrumentos, bailando al son de ellos la bruja y el diablo una danza obscena y torpísima, que alcanzó aplausos y vítores sin cuento.

El diablo tomó asiento en el trono y dijo con voz cavernosa:

—Si hay algún neófito que quiera profesar mi religión, salga fuera, acompañado de su padrino o madrina. Yo estoy dispuesto a admitirle en mi iglesia, concediéndole todas las gracias, beneficios y privilegios que disfrutaban mis creyentes.

Hubo unos instantes de expectación general, y la Josepa Antoni, acompañada de la Miquela, salió al centro del círculo.

—Hola, mi bien amado Izarbeltz—dijo el diablo dirigiéndose a la Josepa Antoni—, veo que persevera tu buen celo de apóstol; si todos mis vasallos fuesen como tú, pronto el mundo estaría sometido a mi regimiento y gobierno. Esta noche serás mi pareja en la gran danza de los cuerpos desnudos.

La Josepa Antoni se arrodilló y besó tres veces la pesuña al diablo. En seguida dijo:

—Gracias, señor; no soy digna de tanta distinción; pero tú lo puedes todo, y al humilde lo levantas en alto.

—Ponte de pie, mi predilecta Izarbeltz, y habla.

—Señor, aquí hay una mujer que desea entrar en tu iglesia para adorarte y servirte eternamente.

—¿Con qué nombre?

—Con el de Osiñbeltz.

—¿Ha cometido algún acto grave contra los dogmas o la moral de mi enemigo?

—Sí, ha cedido a los halagos de un amante.

—Bueno. Adelántate, Osiñbeltz. ¿Es cierto que quieres entrar en mi iglesia?

—Sí, señor; es cierto—respondió la Miquela con voz temblorosa.

—¿Es cierto que estás dispuesta a adorarme y a servirme, obedeciéndome en todo y amándome sobre todas las cosas?

—Sí, señor; es cierto.

—¿Es cierto que confesarás mi fe en público cuando sea preciso, y que sufrirás por ella la muerte y el martirio?

—Sí, señor; es cierto.

—¿Es cierto que estás dispuesta a abominar de todo lo que has adorado hasta el día, y a despreciarlo y a cubrirlo de ludibrio y que reniegas de ello?

La Miquela vaciló un instante, y con voz más temblorosa todavía, añadió:

—Sí, señor; es cierto.

—Pues bien: adórame, Osiñbeltz.

El diablo se volvió de espaldas, y la Miquela le adoró según rito.

Una formidable exclamación estalló como un terremoto. El tronó arrojó, a manera de surtidores, dos inmensos chorros de fuego, que se perdieron, culebreando, en las nubes.

El diablo se sonrió con expresión de siniestra alegría y dijo:

—Osiñbeltz, antes llamada María—Agustina—Micaela Goyeneche, hija del caserío Gañekoborda, donde siempre habitaron cristianos, me perteneces para siempre. En testimonio de mi perpetua soberanía, márcala con mi sello, Izúrritebeltz.

Osambela, o sea Izúrritebeltz, se acercó a la apóstata, y agarrándola por el cogote con la mano izquierda, sin hacer caso a sus gritos de espanto y de dolor, le marcó con una moneda de oro en la niña del ojo izquierdo la imagen microscópica de un sapo, distintivo tradicional de los sectarios de Satán en la Euskal-Erría.

—Arrodíllate nuevamente, Osiñbeltz.

Así lo hizo ésta, y el diablo, sacando de su seno un gran lagarto, se lo entregó diciendo:

—Cuida más que de tu propia vida de este animal sagrado y maravilloso. Con su baba fabricarás el unguento que te tornará invisible y te permitirá volar por los aires montada en cualquier objeto o animal, sin que nieblas, ni ríos, ni paredes, ni cadenas sean parte bastante a detenerte; y el licor que ciega, atonta, enloquece, enferma a hombre y ganados y mata, lenta o súbitamente, según se quiera. Llévalo siempre contigo y siembra de maleficios los campos, las casas y los corrales de mis enemigos y de los tuyos. Sé libre y sacia todos los deseos de tu cuerpo. Siembra la soberbia, la gula, la avaricia, la lujuria y todos los demás pecados por el mundo. Cuando nazca tu hijo no lo bautices y

mátalo. Nadie sabrá nada, excepto yo, que estaré contento. Coge ahora tres piedras del suelo, ponte frente a esa cruz, repite mis palabras y haz lo que te mande. Concluído esto, bailaremos todos y nos entregaremos a la orgía, hasta que la aurora blanquee las nubes de Oriente.

Osiñbeltz cogió las tres piedras y se dispuso a obedecer.

—Repite mis palabras: «Maldito seas tres veces, signo de obediencia, de caridad y de abnegación. Maldito seas, amuleto nazareno, porque consuelas. Reniego de ti y me voy con el eterno Proscrito, con el gran libertador.» Apedrea a la cruz.

Había estado Grachina siguiendo toda esta escena con una curiosidad mezclada de terror y repugnancia inauditos. Las piernas le flaqueaban, y, sin embargo, levantaba la cabeza todo lo que podía para mirar por encima de los hombros de las personas que estaban delante. Pero al oír las blasfemias repetidas por la Miquela y ver la primera piedra lanzada por ésta rebotar en el leño de la cruz, dió un salto hacia atrás, y horrorizada exclamó:

—*Ah Jesús ona! Ene andre biryina Marta!* (1).

Estas palabras, pronunciadas a media voz, resonaron extraordinariamente con un timbre cristalino, dulcísimo. Un alarido desesperado y rabioso las contestó, y aquella obscena y sacrílega chusma, como ceniza aventada por el huracán, se despeñó monte abajo o se absorbió en las brumas del hori-

(1) «¡Ah Jesús bueno! ¡Mi Señora la Virgen!»

zonte, quedando solitaria en medio de la alta planicie la pobre Grachina, ya medio muerta de miedo y pena. La hermosa niña se arrodilló delante de la cruz, lloró mucho, pidió perdón a Dios de todos sus pecados, se encomendó a la Santísima Virgen, y herida en el corazón, tras un congojoso grito, cayó exánime.

Un ángel más radiante que el Sol y más perfumado que un jardín de mayo bajó lentamente, se cernió sobre Grachina, recogió su alma, fugitiva del cuerpo, y la subió al cielo.

.....

.....

Varios arrieros que aquella noche atravesaron el puerto de Osondo dijeron al día siguiente que, a eso de las dos de la madrugada, notaron sobre Archuri un reflejo como de arco iris, pero mucho más brillante; que los pájaros, creyendo, sin duda, ser aquella tornasolada luz la aurora, rompieron en gorjeos y trinos; que aquella claridad fué alejándose hacia arriba, hasta extinguirse completamente, y que oyeron repique de campanas, música de arpas y cánticos muy dulces y lejanos.

Tres días después, los pastores de Urdax y Zugarramurdi encontraron el cadáver de Grachina en la cumbre de Archuri, hermosa como en vida, sin más desmerecimiento que la palidez de los labios y de las mejillas.

EL ULTIMO TAMBORILERO DE ERAONDO

Al P. José Antonio de Donostia. (O. M. C.)



I

Los rayos matinales del Sol doraban el sombrío cuerpo de Tetrikápolis-Alemánica: sol de mayo festejado por el piar de los nidos y el suave aroma de las flores.

Tan alegre como el sol y los pájaros salía por el portal de San Nicolás Pedro Fermín Izko. Las pocas personas con quienes se iba encontrando volvían la cabeza curiosas. Aunque la boína, las alpargatas y el tipo de Pedro Fermín eran los del país, le acusaban de forastero los colores de la tela y la

hechura de la ropa, notoriamente exóticos, como de campesino de lejanas tierras. Pero, sobre todo, se llevaban la atención de las gentes el silbo y el tamboril, colgados del cuello.

—¡Vaya un viejo divertido!—decían o pensaban los caninantes.

Porque Pedro Fermín era viejo, y más viejo de lo que a primera vista parecía. Delataban la vejez las arrugas de la cara barbilampiña, la falta completa de dientes en la boca sumida y las canas de su poco poblada cabellera. Pero los años no pesaban sobre los hombros erguidos, ni le trababan las piernas ligeras, ni le enturbiaban la mirada gris de los ojillos, ni le enronquecían la respiración del pecho, ni le alteraban las pulsaciones del corazón. Llevaba el hatillo de ropa pendiente de un palo, y el paraguas en la diestra.

¿Cuántos años tenía? *Irurogoi ta amar eta...* (setenta y...) habría contestado en su lengua materna, única que hablaba de corrido. Los años, agazapados debajo de la copulativa *eta*, pedían un cálculo difícil y la ayuda de recuerdos particulares; es decir, una labor inútil y fatigosa. El solo daba valor a los *amarrekos*, y sabía con certeza que no contaban todavía para él los ochos.

Asimismo conocía el número cabal de su residencia en América, que eran cincuenta, transcurridos desde que, apenas cerró los ojos su padre y maestro de música, Martín Izko, el *tchuntchunero* del valle, emigró de la pobre aldea por no servir a Carlos V ni a María Cristina. ¡Cincuenta años! Re-

lámpago fugaz de estío, vuelo raudo de gavilán, largo espacio de la breve vida, disipado en el insondable abismo del tiempo. Cincuenta años al servicio de Araluze y compañía, de Buenos Aires, curtidores y salazoneros famosos y riquísimos, dueños de la descomunal estancia «Los Papagayos», donde prestó sus servicios de pastor, único que él sabía.

Pasó de la rústica aldeúca nabarra al desierto de las Pampas, sin que la ignorancia pueril del entendimiento se enriqueciese con nuevas ideas, ni los candorosos afectos del corazón descubriesen desacostumbrados blancos al apetito. Nació y vivió en la monótona margen serena de la civilización pastoral, como si aun perdurasen los días bíblicos de la primitiva Caldea.

Baskos de ambas vertientes del Pirineo poblaban la estancia. Nacidos en bordas y caseríos montañoses, inhábiles para ganarse el pan en las ciudades, la necesidad y los instintos inconscientes de su propio natural de consuno los arrastraban al campo, y allí reanudaban los inveterados hábitos, rindiendo gustosamente parias al nativo individualismo.

En las múltiples labores de las numerosas lecherías se ocupaban mujeres baskas y campesinas como ellos. Concertábanse muchos matrimonios, y las nuevas familias habitaban casas sueltas, al estilo de la tierra patria. Eran allá todos baskos, desde el capataz D. José *el barbudo*, natural de Goizueta, al capellán de la iglesia, D. Fulgencio, natural de Bermeo, que después de una vida relajada

y aventurera, herido de la gracia, se había retirado al desierto por ganarse la vida eterna. Y era todo basko también: las costumbres, los juegos, las diversiones, el idioma; ¡hasta los loros de los bosques circunvecinos hablaban baskuenze! Diminuta Euskal-Erría, íntegramente baska, cuyos mojones no traspasaban las horrendas pasiones de política extranjera, arrasadoras de la grande.

* * *

Cincuenta años de vida sana, inocente, sin quebraderos de cabeza, ni vicios, ni penas de ningún bien perdido, ni recuerdos siquiera. Descuajado del terruño nativo, arraigó con vigorosas raíces en la tierra argentina, olvidándose totalmente de la aldea y de la patria, de los deudos y de los amigos lugareños. Escribió una vez diciendo dónde se hallaba, y le escribieron otra comunicándole el fallecimiento de su hermana única. Entonces advirtió con sorpresa que las cosas de allende los mares no le interesaban.

Los honrados y celosos servicios, unidos al natural despejo, le encumbraron paulatinamente a rabadán de la cabaña mayor. Ganaba un jornal subido, que casi se lo economizaba sin merma. En semejantes soledades sólo los jugadores podían gastarse el dinero. No le ensoberbeció la prosperidad, y de rabadán grave siguió tocando, en la campa de «Los Papagayos», el mismo *tchuntchun* con que se ganaba unos cuantos pesos anuales de añadidura cuando era ínfimo pastor, mozo recién venido de la

aldea. Mas ahora tocaba de balde, por el gusto de condescender con los jóvenes, y sobre todo por amor a la música, al rústico *chistu* agrio, que en los labios habilidosos de él eclipsaba al pico de los rui-señores.

Apenas ponía los pies un nuevo basko en la estancia, buscábale Pedro Fermín y le hacía cantar y tararear todas las canciones y bailes de la comarca. Aumentábase el repertorio del *tchuntchunero* continuamente. Al cabo de unos cuantos años abarcó el círculo musical entero de la tierra baska, esmaltado de estupendas y exquisitas «antiguallas», que sólo los «abuelos» de las más escondidas caserías podían transmitir a sus descendientes. La música aquella fué cruzando sus tenues hebras—hiladas por la novia que espera, la madre que mece la cuna, la esposa que escruta el horizonte marino aturbonado, la segadora que corta el helecho, las parejas que bailan sobre la era—en torno del corazón de Pedro Fermín, hasta aprisionárselo entre irrompibles mallas.

Ello es que Pedro Fermín cierto día, de súbito, sin causa aparente, después de años de profundo olvido, recordó su aldea, su casa, sus deudos, como si el baskismo, diluído en la música, emanación directa de la personalidad racial, hubiese tomado cuerpo, formándole de la materia de las primeras cosas baskas que la niñez le hizo conocer. Luchó consigo mismo, pretendió reírse de la inexplicable cariñada, torcer el curso impetuoso de los redivivos afectos, arrancar los brotes inesperados del te-

rruño natal... Fué en vano; y al fin se presentó a D. José el *barbudo* para arreglar las cuentas.

Don José procuró disuadirle: «¿Qué vida va usted a llevar en aquel villorrio de mala muerte, desconocido en los mapas, donde nadie tiene noticia de usted ni le quiere? Su familia acaso habrá desaparecido—como sucede con la mía, ¡caracho!—; a lo sumo, encontrará unos cuantos sobrinos, y será usted el «tío del herencio», el tío cuya muerte se desea durante todo el año, rezándole novenas a Santa Pulmonía y a San Torozón, para que le metan cuanto antes en el hoyo. Hoyo para usted, pesebre para ellos. Supuesto el cambio sobre Europa, perderá una parte, nada pequeña, del modesto capital. Modesto, sí; no haga usted visajes de protesta. Es claro: en Rahondo será usted como Rothschild en Londres. ¿Se cansó de trabajar? ¡Enhorabuena! Bien ganado tiene el descanso, ¡caracho! Le construiremos a usted una casita en la estancia; vivirá ricamente en medio de esta gran familia, que tan de veras le aprecia. Seguirá tocando el *chistu*, y bailarán los nietos de los que ahora bailan, porque usted ha de vivir más años que los cuervos. Y si prefiere probar de la vida ciudadana, tampoco faltan ciudades y poblados en la Argentina; aunque a usted no le crió Dios para las calles, sino para los montes.»

«¡Ciudades, no; ciudades, no!—fué la contestación de Pedro Fermín—. Aldeas; pero la mía, la aldea en que nací y en la que pienso morir.»

No hubo modo de cambiarle el propósito. Las

razones resbalaban sobre la corteza impermeabilizada del cerebro, sin llegar al meollo. Se liquidaron las cuentas; dejó a rédito el capital en manos de «Araluze y Compa a»; diéronle éstos una carta de crédito para el banquero de Iruña «Olaso e hijo mayor», y se embarcó, llevándose consigo el tamboril, deleite y alegría de «Los Papagayos».

«Entre los parches de esa valija va encerrada el alma de Pedro Fermín», dijo, riéndose, D. José *el barbudo* al despedirse. Y los oyentes asintieron a aquella observación aguda.

II

Ahora, Pedro Fermín, recién desembarcado, camina fijos los ojos en las moles de Izaga y Elo, hitos naturales del valle patrio, vestidos de azul por el ambiente limpio, y por el sol primaverales, de oro.

Camina despacio adrede, a no llegar temprano. Su propósito es de entrar en la plaza de Erraondo después de vísperas, a la hora del baile, y obsequiar a sus paisanos con las más dulces tonadas del tamboril, de las de antiguo sabidas y de las que aprendió después. Sonri se ante el cuadro que su imaginación le pinta: la plaza inundada de sol; el alcalde y los viejos sentados debajo de los tres frondosos nogales del centro; los mozos y las mozas distribuídos en grupo, a la espera de que las agudas notas del *chistu* se levanten sobre los sordos golpes del *tchuntchun*, como banda jovial de alondras so-

bre los pardos surcos... Y él, presentándose de improviso, la gente curiosa señalándosele con el dedo, atrayendo sobre sí las miradas de todos y profiriendo con voz estentórea: «Yo soy Pedro Fermín Izko, de la casa de Mandazain», y por remate, el *Inguruko*, tonada especial del valle, una sola vez oída al año, y la juventud, enardecida, desbordándose briosamente en la tradicional *karrikadantza*, al son de la predilecta música inesperada.

A mitad del camino, junto a una fuentecilla del soto que Pedro Fermín seguía, por apartarse del polvoriento camino real, descansó, comió su provisión de víveres y bebió un trago de agua fresquísima «a la salud de los baskos de su pueblo y de todos los baskos del mundo».

* * *

Jadeando un poco, por razón de la empinada subida, se detuvo sobre el alto de Mendinueta, a contemplar el valle paterno, distante, pero ya visible. Estrechábase el llano entre los montes, cuyas faldas recogían las once aldeas diseminadas formando círculo en derredor de su capital, Erraondo, al pie de las lomas de Bizkayeta y a orillas del riachuelo Izaga.

Pedro Fermín aguzó la vista, se frotó los ojos como para mejor empaparlos de luz, exprimió el contenido de los antiguos recuerdos borrosos... Dudaba de su visión, dudaba de su memoria, dudaba de la realidad de sus sensaciones...; veía peñas calvas, cauces secos de arroyos, grupos de flacos cho-

pos torcidos por el noroeste: un campo triste, sin verdor, sin pájaros; un horizonte mustio, de terrosas colinas amarillentas... «Dónde están mis hayales—exclamó—, dónde mis robles, dónde mis fragantes prados? ¿Quién secó mis arroyos, qué red cazó a mis tordos, a mis gallos, a mis oropéndolas? ¿Acaso equivoqué el camino y me desvié hacia el país de los *kokos*? (1).» Se restregó varias veces los párpados y recorrió delante de sí el espacio con la vista. Mil pormenores le certificaron el acierto del derrotero seguido. Recordó las dos guerras civiles que mediaban entre la emigración y el retorno. A ellas achacó la causa mayor de la mudanza. «Habrán talado los bosques por pagar las deudas, y con los árboles, a una, desaparecieron agua, pájaros y prados.» En nombre de su íntima tradición baska maldijo a las guerras tradicionalistas extranjeras.

* * *

Entró en la plaza de la aldea, solitaria y desierta. Algunos perros jugueteaban revolcándose en el polvo. Los tres nogales, trono y dosel de alcaldes,

(1) *Koko* significa, según los diccionarios, fantasma, máscara, bobo, majadero. En Nabarra, los baskos llaman *kokos* a los habitantes de los valles que no son el suyo; por ejemplo: en Baztán, a los ulzameses; en Ulzama, a los de Juslapeña, etc. En el mercado de Tolosa llaman, o llamaban—pues la persona que me lo refirió es de años—, *kokos* a las mujeres que venían de los valles nabarrros de Araiz y Larraun; pero en Larraun dan ese nombre a los naturales de Irurzun y sus aldeas vecinas. Nadie quiere ser *koko*; mas por la transferencia del nombre resulta que todos lo son.—(N. del A.)

habían sido cortados de raíz. Una mujer, por su manera de andar, joven, cruzó de acera a acera. Le extrañó el vestido negro, la pañoleta del mismo color anudada debajo de la barbilla, las sayas largas y estrechas. Viniéronle a la memoria las tocas chillonas, las trenzas colgantes, las amplias mangas de lienzo casero, pero blanquísimo; el justillo gris, el pañolón de colorines sobre el pecho, el refajo rojo, a media pierna, de las mozas de antaño. Miró al reloj de la torre; la hora de las vísperas era muy pasada; por tanto, la gente habría salido ya de la iglesia. Cumpliendo el propósito con que a sí mismo se recreó durante largos meses, represó la onda de tristeza que le comenzaba a sumergir el corazón, subió el *chistu* a los labios y esparció las notas alegres del *Inguruko* y los pausados golpes rítmicos del tamboril, mientras en la acera solitaria de la casa consistorial daba pasos solemnes de procesión.

La plaza, que momentos antes, al parecer, dormía a pierna suelta, se despertó súbitamente. Abriéronse puertas y ventanas, asomáronse caras curiosas, se preguntaron unas a otras las vecinas el por qué de aquella música, sonaron carcajadas y exclamaciones de sorpresa, voces y silbidos de burla, y salieron de todas las esquinas y de todos los zaguanes, corriendo y gritando desafortadamente, chiquillos que rodearon al *tchuntchunero* y le contemplaron, más abiertas aún las bocas que los ojos, como a bicho raro.

Tras los niños vinieron mozos y mozas. El corro,

muy compacto, impedía a Pedro Fermín moverse. Pronto observó que todos hablaban el castellano; pero no el meloso, suave y musical de América, acariciador de oídos con dejos y estelas cariñosas, sino un castellano duro, rajante, contraído, modulado con asperezas de carretero. La onda de tristeza rompió el mal estribado dique y le anegó el corazón. «¿Este es mi pueblo?», pensaba, con ganas de llorar. Las lágrimas sonaban en el *chistu*, y los destellos alegres del *Inguruko* se iban obscureciendo, como las ilusiones, delante de la imprevista realidad. Despechado, dió tres o cuatro notas agudas, y se calló: brevísimo silencio, interrumpido por ensordecedora gritaría. Un mozo muy moreno fijó descaradamente la mirada de sus ojos claros en el rostro afligido de Pedro Martín.

—La borrachera, o qué, t'ha dau por chiflar, agüelo?—preguntó, riéndose con malicia.

Pedro Fermín comenzó a declarar en baskuenze sus propósitos.

—Nosotros no semos montañeses, ¡rejonos! ¡Guárdate tu vaskuenz pa los d'arriba!—dijo el mozo, interrumpiéndole y señalando con el dedo las montañas del Norte.

—¿Pues qué sois pues?—replicó Pedro Martín—. ¿Gauchos, negros, o? Yo, aquí nasiro; aquí, montañés de baskuenze, montañés de montaña. Me vengo d'América; mi primer pensamiento, vosotros por hacer bailar tamboril ha tocaro.

—¿De veras, agüelo, eres de Rahondo? ¡A mí nadie me mete la patata! ¡De Rahondo, y bailar de esa

traza? ¡Con el *chulubit* de los capadores? ¡Cenón, traí ad'aquí la vigüela! Aura verá el agüelico nuestro baile. Si de veras es del pueblo, y endemás americano, hay que obsequiale. ¡Hala, hala! ¡Venidsus adaquí, saladas; tú, Lorenza, Leocadia, Rosa... toas! ¡Leña, güena jota; arre!

Tomó el mozo la guitarra que Cenón le tendía y, rasgueándola con mano ruda, entonó a grito pelado la siguiente copla, por mozos y mozas ágil y airo-samente danzada:

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Se me fríe el almaa!

¡Ay qué burro soy, qué burro soy;
Abrime la cuadraaa!

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Del suelo la pajaa,

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Será nuestra cama!

Pedro Fermín, recostado contra la pared, extendidos desmayadamente los brazos a lo largo del cuerpo, contempló el bullicioso baile a través de la nube de polvo que envolvía y blanqueaba a las parejas. Las fiestas domingueras de antaño se le pintaban en la memoria con sus más nimios pormenores. Los cuerpos, las cosas, los tipos, la complexión de la gente no habían variado; los modales, los gestos, el tono de la voz, el idioma, los trajes, sí. Los cincuenta años que habían intensificado el bas-kismo de Pedro Fermín habían borrado completa-

mente el de su aldea, y no acertaba a entender, a la escasa luz de su inteligencia inculta, los porqués de la deformación sin el asiento, por lo visto no acaecido, de gentes extrañas en la tierra.

Cuando se acabó el baile, los mozos, aunque cerriles, liberales y hospitalarios, se empeñaron en obsequiarle con vino y merienda. Condescendió Pedro Martín, al cabo, con la porfía del buen corazón de ellos, y los siguió a la taberna, donde, por encubiertas preguntas, averiguó que en la casa de los Izkos ya no quedaba ninguno de su sangre, salvo una sobrina tercera casada con labrador, hijo de un valle comarcano. Esta noticia fué como la última pesa que hizo caer las balanzas, y determinó de partirse a América, por cerrar allá los ojos, cuando sonase la hora, entre los baskos de la estancia argentina.

De cuanto le oyeron al «agüelo» los mozos, lo que más los maravilló es que el nombre de la casa de los Izkos, o casa de *Mandazain*, que ellos pronunciaban de continuo, fuese baskongado. De esta manera aprendieron un vocablo de aquel guirigay que hablaron en su tiempo, según contaban ellos mismos, los dos o tres «agüelicos» ochentones de la aldea.

III

Pedro Fermín, que movió de madrugada piernas juveniles, arrastra a la hora del atardecer pies añosos. No mantiene erguida la cabeza, sino que la

recuesta sobre el pecho desmayado, yermo de sus postrimeras ilusiones. Llega con el corazón anheloso, más de sentimiento que no de cansancio, a la cima de Mendinueta, donde un caduco roble solitario ofrece diminuto renuevo entre los brazos descarnados, en son de flaca protesta contra la muerte. Pedro Fermín le mira con cariño y tristeza. «Eres como yo—dice—: un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto morirás, como yo moriré pronto, y entonces ni aun el recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. ¡Oh miseria sobre todas las miserias: ni aun el recuerdo!»

Antes de proseguir su ruta, quiere contemplar por última vez su valle, ya lejano. Las cumbres de Izaga y Elo reciben, sobre sus caperuzas de niebla, los nacientes fulgores de las estrellas crepusculares; arrebújanse en mantos negros los apiñados montes del septentrión; la Val de Orba, al Sur, recorta con sus crestas azuladas el cielo radiante de la Ribera.

Pedro Fermín vuelve a contemplar el caduco roble solitario. «Tal vez—dice—algún pájaro, atraído por el verdor de tu renuevo, se posará sobre las tenues y escasas ramitas, y te obsequiará con su canto como cuando te adornaba espeso follaje. Sea yo el pájaro que cante el adiós a mi tierra, más lóbrega que el árbol; a mi tierra descastada, sin renuevos.»

Según lo piensa lo hace. Sentado al pie del roble, con habilidad nunca por él superada, porque

nunca penetró tan hondamente en el sentido íntimo de la música baska, va tocando, una después de otra, las tonadas predilectas, hasta que la congoja le oprime y las lágrimas le ciegan. Entonces se levanta y se va monte abajo, llevándose dentro del tamboril no solamente el alma propia, como dijo D. José *el barbudo*, sino la de Rahondo y toda su comarca.

Iruña, 5 de enero de 1917.

FIN



INDICE

	<u>Páginas.</u>
El bardo de Italtzu	6
Roedores del mar	85
Pedro Mari.	127
Grachina.	174
El último tamborilero de Erraondo.	193

